
HARLEQUIN
Jazmín
ESPECIAL
2
HISTORIAS
Marion Lennox
Viaje al corazón
Olas de emoción



Marion Lennox

Viaje al corazón

Olas de emoción



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

VIAJE AL CORAZÓN, N.º 2507 - mayo 2013
Título original: Her Outback Rescuer
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

OLAS DE EMOCIÓN, N.º 2507 - mayo 2013
Título original: A Bride for Maverick Millionaire
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicadas en español en 2013

I.S.B.N.: 978-84-687-3072-1
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Índice

Viaje al corazón

Capítulo 1

EL LIBRO tenía un título fascinante, *Estructura e historia del granito.* El mayor Hugo Thurston sintió curiosidad, aunque los libros no estaban en ese momento en su lista de prioridades; como miembro de un comando de élite de las Fuerzas Armadas de Australia, lo habían adiestrado para tomar decisiones con rapidez. Y decidió que la lectura de la desconocida que estaba al otro lado de la mesa era perfectamente inocua.

Sin embargo, las cosas no eran siempre lo que parecían; así que observó la escena con más atención.

La desconocida no estaba sola; la acompañaba una segunda mujer, que tampoco llegaba a los treinta años. Hugo pensó que su juventud podía ser un problema, teniendo en cuenta que su abuela estaba a punto de llegar; pero se tranquilizó al ver el título del libro que estaba leyendo, *La prehistoria en piedra.*

–Estoy aquí, abuela...

Antes de que Maudie pudiera protestar, Hugo la sentó y llamó al camarero para que se acercara a la mesa. Con un poco de suerte, las dos jóvenes seguirían leyendo y no le causarían ningún trastorno.

Él no quería estar allí. Viajaba con su abuela en el *Ghan,* el legendario tren que cruzaba el interior de Australia. Sus billetes eran de primera clase, lo que significaba que podían cenar en un comedor privado; pero Maudie se había empeñado en cenar en el público con el argumento de que su difunto esposo lo habría querido así.

Al final, Maudie se había salido con la suya. Y como el tren estaba abarrotado de gente, no tendrían más remedio que compartir mesa con la chica del granito y con la chica de la prehistoria.

Hugo cruzó los dedos para que la cena fuera más agradable que la comida. En su primer día en el tren, habían tenido que coincidir con dos personas de mediana edad que reconocieron a Maud y se mostraron irritante y excesivamente simpáticos.

–Leímos la noticia de la muerte de su esposo. Es una pena –dijo una–. Pero tuvo una vida fabulosa... y no se llora mucho a un hombre tan rico que muere tan viejo, ¿verdad?

Como Maudie no contestó, se giraron hacia él.

–Y usted vuelve a casa para hacerse cargo de la empresa de su

abuelo... Ya era hora. Hace años que su vida es la comidilla de la prensa. Siendo tan rico, nadie entiende que lleve tanto tiempo en el Ejército y en lugares tan terribles.

Si hubiera estado solo, Hugo habría dicho alguna grosería y los habría puesto en su sitio; pero la silenciosa dignidad de su abuela lo instó a responder de forma casi civilizada. Y como su abuela siempre había sido una mujer valiente, había querido arriesgarse otra vez y volver al vagón comedor para cenar.

–¿Les importa que compartamos mesa con ustedes? –preguntó Maudie a las dos jóvenes.

La chica del granito dejó de leer el libro y la miró. Era rubia y tenía una expresión tan ausente que Hugo se preguntó si habría estado enferma.

–No, en absoluto. ¿Verdad, Amy?

Amy, la chica de la prehistoria, bajó su libro. Hugo pensó que podían ser hermanas. Las dos eran rubias y de ojos marrones; las dos estaban delgadas y, además, debían de medir más o menos lo mismo, poco más de metro sesenta.

Hugo estuvo a punto de soltar un suspiro de alivio cuando la del granito siguió leyendo y la otra se limitó a sonreír a Maudie y a decir que no había ningún problema. Su abuela, que tenía ochenta y tres años, le preocupaba; la muerte de sir James la había sumido en una depresión profunda y no tenía fuerzas para enfrentarse a entrometidos como los que habían comido con ellos.

Un momento después, su mirada se cruzó con la de Amy.

Y se quedó asombrado.

Era exquisita, absolutamente adorable. Llevaba leotardos negros, zapatillas de ballet y un jersey azul. Tenía el pelo recogido en un moño del que se había soltado algunos mechones y se había pintado los labios de color rojo; pero Hugo pensó que, con una sonrisa tan bella como la suya, no necesitaba carmín.

Se sintió como si un rayo de sol lo hubiera cegado.

–Además, así no tendré que leer más páginas de rocas –añadió Amy, sin dejar de sonreír–. Rachel, mi hermana, cree que disfrutaré más del viaje si entiendo lo que veo; pero a pesar de eso...

–Es que son rocas muy interesantes –comentó Maudie, sonriendo.

Hugo se alegró al ver su sonrisa. A fin de cuentas, estaba allí por eso.

Maudie había planeado aquel viaje con mucha antelación; quería llevar a su esposo con la esperanza de que recobrara la salud, pero sir James falleció antes y Maudie quedó tan destrozada que

Hugo decidió sustituir a su difunto abuelo y viajar con ella. Pero hasta ese momento, no había servido de nada. Y de repente, gracias a una desconocida, había recuperado la sonrisa.

–Tú eres bailarina... –continuó su abuela.

–Sí, lo soy.

Hugo las miró con perplejidad. No esperaba que, en lugar de ser la joven quien reconociera a Maudie, fuera Maudie quien la reconociera a ella.

–Dios mío, eres Amy Cotton... bailaste en *Giselle*, en julio. Me acuerdo porque fuimos a los camerinos y nos presentaron.

–Pero no tenía un papel principal. ¿Cómo es posible que... ?

–Oh, conozco a todas nuestras bailarinas –explicó Maudie–. Además, has sido primera bailarina en otras funciones.

–Sí, aunque ha pasado mucho tiempo desde la última vez –declaró con tristeza–. Ahora estoy retirada.

–Lo siento mucho, querida –Maudie se inclinó hacia delante y la tomó de la mano con afecto–. ¿Sabes que mi James murió hace un mes? Detesto que la gente me hable todo el tiempo de su muerte y, sin embargo, acabo de hacerte lo mismo que me hacen a mí... lamento haberte recordado que ya no bailas. Lo lamento sinceramente. ¿Prefieres que hablemos otra vez de rocas? ¿O seguir leyendo, quizás?

Rachel apartó la vista de su libro e intervino en la conversación.

–No hace falta que leas, Amy. Solo era una sugerencia para que...

–¿Para que se distrajera un poco? –dijo Maudie con humor–. Igual que mi nieto. Hugo insiste en intentar animarme... cada vez que ve un camello o una montaña por la ventanilla del tren, me lo señala como si fuera un tesoro. No entiende que no hay camellos ni montañas que puedan borrar a James de mi pensamiento. Y sospecho que los libros sobre rocas serán aún peor.

Hugo sintió pánico cuando su abuela se refirió a él. La muerte de James no había servido para que Maudie olvidara su obsesión favorita, la de buscarle pareja. Y la presencia de dos mujeres jóvenes y bellas podía complicar mucho su situación.

Tenía que andarse con cuidado. Cerrar la boca y mantenerse al margen.

–Bueno, no es para tanto –dijo Amy–. Han pasado tres meses desde que me retiré, y ya debería haberlo superado. Pero la muerte de su esposo...

–Oh, no me hables de usted, querida. Tutéame.

Amy sonrió.

–Sesenta años de matrimonio con un hombre como sir James... Tu esposo y tú hicisteis mucho por el ballet. No imaginas cuánto lo agradecemos en mi profesión ni cuánto se echa de menos a tu difunto marido.

Maudie le devolvió la sonrisa.

–Supongo que las dos tendremos que acostumbrarnos a nuestras respectivas pérdidas, ¿verdad? Y pensándolo bien, quizás deberíamos dar alguna oportunidad, de vez en cuando, a los camellos y las rocas.

Maudie se giró hacia la ventanilla del tren y añadió, súbitamente:

–Hablando de camellos... ¡Mirad!

Todos se giraron. Cuatro camellos salvajes corrían junto al tren. Los camellos habían llegado a Australia en el siglo XIX, para usarlos como medio de transporte; pero con el tiempo habían dejado de ser útiles y ahora vagaban por los desiertos del interior.

–Son increíbles... –dijo Amy.

–Fantásticos –declaró Maudie.

–En Alice Springs organizan carreras de camellos, pero no habrá ninguna cuando lleguemos. Por eso, Rachel ha propuesto que nos concentremos en las rocas.

Amy lo dijo con un tono de resignación tan desesperado que Maudie rio, Rachel rio y hasta el propio Hugo se sorprendió sonriendo.

Se sorprendió y se preocupó. En primer lugar, porque hacía tiempo que ninguna mujer le hacía sonreír y, en segundo, porque la mujer en cuestión era bailarina.

Y el ballet era la pasión de Maudie. Con su metro cincuenta de altura, jamás habría podido ser una profesional; pero adoraba la danza y no se perdía ni una representación de las grandes compañías que visitaban Australia.

Miró a Amy y se preguntó si tendría uno de esos cuerpos de sílfide que parecían flotar. No había estado en un ballet desde los dieciséis años, cuando aún seguía traumatizado por el último escándalo público de su padre. Por entonces, sus abuelos estaban en la mira de la prensa y, como buen adolescente, pensó que todos los espectadores del teatro le observaban. Pero a pesar de ello, el espectáculo le gustó. Y hasta entendió por qué le gustaba tanto a su abuela.

Ahora, a sus treinta y siete años de edad, se sintió como si estuviera viendo un reflejo del mundo que había visto veinte años antes.

Sacudió la cabeza y se intentó concentrar en la conversación. Amy hablaba con Maudie como si fueran viejas amigas, mientras Rachel se mantenía en segundo plano, como si ardiera en deseos de volver a su lectura.

–Supongo que los camellos se ponen a correr cada vez que pasa un tren. ¿No te parece que son maravillosos? Parecen tan libres...

–Y tan jóvenes –puntualizó Maudie–. Corren tanto que les van a doler las patas.

–Como sigan así, tendrán que tomar antiinflamatorios y ponerse bolsas de agua caliente para poder dormir.

Maudie soltó una carcajada y Hugo pensó que en las palabras de Amy había algo más que ironía; también había dolor y coraje.

Pero no quería interesarse por una desconocida que viajaba en el mismo tren, así que borró el pensamiento de su cabeza y se limitó a observar.

Rachel se puso a leer al cabo de un rato.

Amy se guardó un trozo de carne en el bolso.

Y Hugo, que no lo pudo creer, pensó que su imaginación le estaba gastando una broma.

Durante los minutos siguientes, se dedicó a mirarla con más atención. De vez en cuando, cortaba un pedazo de su filete y lo guardaba rápida y subrepticiamente en el bolso, sin dejar de hablar con Maudie en ningún momento.

Como militar que era, Hugo estaba acostumbrado a fijarse en los pequeños detalles. Había estado en Iraq y en Afganistán y sabía que cualquier cosa fuera de lo normal podía ser un peligro. Pero ya no se encontraba en zona de guerra. No podía quitarle el filete y exigirle que le diera una explicación.

Justo entonces, sus miradas se encontraron.

Amy debió de notar que se había dado cuenta, porque sus ojos parecieron rogar que guardara silencio y que no se lo dijera a nadie.

Aquello aumentó el interés de Hugo hasta el punto de que, poco después, cuando el camarero le sirvió su propio filete, cortó unos pedacitos, los metió en una servilleta y se los pasó a Amy por debajo de la mesa.

Al hacerlo, le rozó la rodilla. Amy lo miró con sorpresa, pero sonrió cuando sus manos se encontraron y comprendió lo que estaba haciendo.

–¿Ocurre algo? –preguntó Maudie.

–No, no... –respondió Amy–. ¿Qué tal está tu pescado?

–Excelente. Aunque no puedo decir lo mismo de la guarnición.

Hugo decidió romper su silencio.

–Tu carne debía de estar muy buena, Amy. Has dejado el plato completamente limpio.

–Es que tenía hambre.

–Yo no tengo mucha, pero me voy a terminar mi filete. Entre la cena y el desayuno hay demasiadas horas... Deberían ofrecer bocadillos a medianoche, ¿no te parece? Me pregunto si tendrán pan para prepararlos.

Amy lo miró fijamente y él se recostó en la silla. Se estaba empezando a divertir.

Segundos más tarde, un camarero pasó a su lado y le ofreció la excusa perfecta para seguir divirtiéndose a costa de la joven.

–¿Podría traerme otra servilleta, por favor? He perdido la mía.

Amy lo volvió a mirar con cara de pocos amigos.

–Entonces, ¿os bajáis en Alice Springs? –preguntó Maudie.

El *Ghan* terminaba su recorrido en Darwin, pero muchos pasajeros se bajaban del tren en el interior para admirar las formaciones rocosas: las Olgas, Monte Connor y Uluru, que durante un tiempo se había llamado Ayers Rock.

–Sí, por supuesto que sí. Dedicaremos unos días a la exploración. Hay tantas rocas grandes... ¿Qué podría hacer más feliz a Rachel?

Rachel sonrió, pero la miró con seriedad.

–¿Vais a subir al Uluru? –se interesó Maudie.

–No, el Uluru es sagrado para los indígenas; no permiten que nadie lo escale. Pero subiremos a las Olgas... ¿Sabías que se llama así en honor a la reina Olga de Wurtenburg? El nombre de los indígenas era Kata Tjuta, pero se lo cambiaron. Igual que hicieron con Uluru, aunque luego se lo volvieran a cambiar. Es curioso, ¿no?

–Sí –contestó Hugo.

Cada vez estaba más interesado por ella. Había hablado con pasión, pero también con un fondo de indignación, como si el asunto de los nombres le importara especialmente.

La miró con detenimiento y descubrió detalles que había pasado por alto. Amy era tan rubia y de aspecto tan anglosajón como Rachel, pero las dos tenían una piel morena muy poco habitual entre los anglosajones.

–¿Tienes sangre indígena? –se interesó.

–Has acertado de pleno –respondió Amy–. Mi hermana y yo descendemos de irlandeses, pero nuestra abuela por parte materna era de una tribu de la zona de Alice. Dejó a su gente cuando era muy joven.

–¿Y no volvió nunca?

–Me temo que no; falleció cuando nosotras éramos unas niñas.

Pero nos contaba tantas historias de Kata Tjuta y Uluru que le prometimos que iríamos algún día –respondió Amy–. Y ahora, con las rocas de Rachel...

–¿Vais a escalar el Kata Tjuta?

–Dudo que Rachel pueda. Ha estado enferma... pero yo subiré, recogeré las muestras que quiere y haré fotos.

–Lo cual es un gran problema –Rachel rompió su silencio–. Las fotografías de Amy suelen ser imágenes acarameladas de nubes o instantáneas de los hombres que le gustan.

–Eso no es justo –protestó su hermana–. Puedo hacer fotografías magníficas.

–Si tú lo dices...

–Mi nieto es un fotógrafo excelente –dijo Maudie, que ya había empezado a ejercer de Celestina–. Y si Rachel necesita muestras de rocas...

–Sí, las necesito. El Kata Tjuta y el Uluru son de un tipo de roca arenisca muy particular. Tienen cristales rosados de feldespatos sobre los que hay mucha controversia. He conseguido que me den permiso para analizarlos y confirmar su composición.

–Hugo os podría echar una mano con las piedras. Es muy fuerte. Es miembro de un comando de élite.

–Pensaba que los comandos de élite cargaban ametralladoras, no piedras –ironizó Rachel.

–Ametralladoras, piedras y pedacitos de filete –dijo Hugo con humor–. De hecho, mi última misión ha consistido en robar pedacitos de filete.

Amy, que estuvo a punto de atragantarse, decidió intervenir.

–De todas formas, no estamos aquí para trabajar. Estamos de vacaciones.

–Igual que nosotros –afirmó Maudie–. ¿Os vais a alojar en algún hotel de Uluru?

–No, tenemos habitación en un hostal que...

–Oh, no, no, de ninguna manera –la interrumpió Maudie–. Hugo y yo nos alojaremos en la Thurston House, una casa de campo que en general se alquila a altos ejecutivos. Es muy grande y tiene piscina y empleados que se ocupan de las necesidades de los clientes. ¿Por qué no os quedáis con nosotros? Hugo tiene que visitar una de nuestras minas y yo odio estar sola... ¿Sabes jugar al Scrabble, Rachel?

–Sí, claro –admitió, confundida–. Pero...

–No –dijo Amy con firmeza–. No sabemos.

–Claro que sabemos –declaró Rachel, más confundida que antes.

–Bueno, es verdad… –su hermana la miró con exasperación–. De hecho, a Rachel le gustan los juegos de palabras casi tanto como las piedras. Pero no necesitamos alojamiento, Maudie. Te agradezco el detalle.

–Oh, vamos. Si tu hermana ha estado enferma, habrá cosas que no pueda hacer contigo. Y a mí me pasa lo mismo con mi nieto… no estoy en condiciones de acompañarlo a las minas ni de subir montañas con él. A decir verdad, nos haríais un favor. La casa tiene cuatro dormitorios y, como ya he dicho, es muy grande. Además, Hugo ha contratado un servicio de coches de alquiler para que nos lleven de vuelta al tren. Viajaríamos juntos y nos divertiríamos.

–Abuela, no podemos… –empezó Hugo.

–Ni nosotras –se sumó Amy–. Gracias, pero…

–Aún tengo veinticuatro horas para conseguir que cambiéis de opinión –afirmó Maudie, entusiasmada–. Y Rachel no querrá andar por ahí con los macutos a cuestas, ¿verdad?

–No, pero…

–¿Lo veis? Pues no hay más que hablar –sentenció Maudie–. Entre tanto, si os apetece jugar al Scrabble por la mañana, nos podéis encontrar en los compartimentos 4 y 5 del segundo vagón. Tenemos una salita preciosa.

Amy se sintió completamente atrapada. Casi tanto como el propio Hugo.

–Bueno, será mejor que me acueste –dijo Rachel, que seguía confundida–. Si me perdonáis…

–Yo también me voy –Amy se levantó del asiento–. Muchas gracias por la oferta, Maudie, pero no podemos aceptar. Ya hemos reservado la habitación. Buenas noches.

Amy ya se disponía a marcharse cuando Hugo la llamó. Había estado cortando más pedazos de filete.

–¿Amy?

–¿Sí?

Hugo le dio una servilleta con los pedazos. Amy la miró con asombro y la guardó rápidamente en el bolso.

–Gracias.

Luego, las dos hermanas se alejaron.

–Son encantadoras, ¿verdad? –dijo Maudie unos segundos después.

–Sí, lo son.

–Nos vendría bien su compañía.

–Pero la han rechazado.

–No lo decían en serio... es evidente que Amy está preocupada por su hermana. Le gustaría que se quedara en un lugar cómodo mientras ella y tú os dedicáis a explorar. Aunque vayas a visitar esa mina, tendrás mucho tiempo libre. Me pregunto qué le habrá pasado a Rachel.

–No es asunto nuestro, Maud.

–Por supuesto que lo es. Amy fue bailarina de una compañía de ballet que prácticamente fundamos tu abuelo y yo. Me he llevado un buen disgusto al saber que se había retirado... suelo estar informada de todo lo que ocurre en la compañía, pero ya sabes que la enfermedad y el fallecimiento de James me alejaron de esas cosas.

Maudie sacudió la cabeza y siguió hablando.

–Sin embargo, la que ha estado enferma es Rachel. Y ella no es bailarina. Si estuviera en casa, haría unas cuantas llamadas telefónicas y...

–No es asunto nuestro –repitió él.

–Por supuesto que lo es –repitió ella–. Son dos chicas maravillosas que tienen algún tipo de problema. Estamos en la obligación de ayudarlas... y por cierto, has actuado como un caballero al dar a Amy tu filete.

Hugo se quedó atónito. No sabía que se había dado cuenta.

–Bueno...

–Aunque el filete frío estará espantoso. Si Amy quiere asegurarse de que su hermana coma algo, tendría que darle dulces. Lo cual me recuerda que tenemos chocolates en nuestro compartimento... –dijo, pensativa–. Deberíamos llevárselos.

–No. Además, no sé en qué compartimento están.

–Si quisieras, podrías averiguarlo.

–Pero no quiero.

–Hugo... –su voz sonó cargada de reproche.

–No.

–Pues es una pena. Pero supongo que las veremos por la mañana. Y si no las vemos entonces, las veremos después –declaró, absolutamente convencida–. Cuanto más lo pienso, más me gusta la idea de que se alojen con nosotros. Nos divertiríamos. Y Dios sabe que necesitamos divertirnos.

Hugo se dijo que su abuela tenía razón.

Maudie necesitaba divertirse. Pero con dos mujeres solteras, los problemas estaban asegurados.

Capítulo 2

–¿LOS conocías? –preguntó Rachel.

Amy se quedó desconcertada con la pregunta de Rachel, pero respiró hondo y siguió dando los pedacitos de filete a Buster.

Buster era un fox terrier pequeño, del tamaño de un gato, que Rachel había encontrado en la calle doce años antes. Le faltaba una oreja y cojeaba, pero se había empeñado en quedárselo y Amy se lo había concedido a pesar de que, por entonces, eran dos jovencitas que vivían en una casa de acogida. Rachel lo adoraba; y como en el tren no aceptaban animales, lo habían escondido en un bolso y lo habían subido sin que el revisor se diera cuenta.

–¿Los conocías? –insistió.

Amy se giró hacia su hermana.

–La anciana es Maud Thurston, una de las mecenas más importantes del ballet australiano. Su difunto esposo era casi tan encantador como ella... hicieron una fortuna con las minas y crearon una fundación dedicada a la cultura y la beneficencia.

–¿Y él?

A Amy no le apetecía hablar de Hugo. Por algún motivo, la incomodaba.

–No lo había visto antes. Como ya sabes, es su nieto.

–Pero seguro que sabes algo de él...

Rachel se sentó y la miró con intensidad. Al parecer, Hugo le interesaba. Y Amy sintió una punzada en el corazón al recordar lo que había sucedido dos años antes, cuando Rachel se presentó en los camerinos y se fijó en Ramón, un bailarín que trabajaba con ella. Había sido el principio de una tragedia que terminó destrozando a su hermana.

–No me malinterpretes, Amy –dijo Rachel, adivinando sus pensamientos–. Es un hombre muy atractivo, pero no estaba pensando en mí, sino en ti. Es obvio que le has gustado.

–No es cierto.

–Lo es.

–Rachel...

–Lo que tú digas –se burló–. Pero háblame de él de todas formas.

–No nos vamos a quedar con ellos.

–Por supuesto que no. Y ahora, dime lo que sepas.

–No sé demasiado; solo lo que se rumorea en los círculos del ballet. Y ya sabes que las bailarinas solo nos preocupamos por nosotras.

–Pero sabes algo.

Amy asintió a regañadientes.

–Bueno, sir James era el propietario de Thurston Holdings. ¿Sabes que es una de las empresas mineras más importantes del mundo? Seguro que lo habrás visto alguna vez en los periódicos… con tanto poder y dinero, es imposible que la prensa no se fije en ti.

–Sí, leí la noticia del fallecimiento de sir James… ¿Y quién dirige la empresa? ¿El padre de Hugo?

–No, su padre ha muerto. Pero Bertram era un desastre.

–¿Un desastre?

–La Thurston Holdings invierte mucho dinero en ballet, teatro, investigación médica y ayuda a los más necesitados. Hay muchas organizaciones que dependen de ellos –contestó–. Sin embargo, Bertram no era tan generoso como sus padres. Todos daban por sentado que, cuando sir James muriera y él heredara la empresa, pondría fin a ese tipo de inversiones.

–Comprendo.

–Dicen que era un vividor. Por lo visto, iba de fiesta y fiesta y de mujer en mujer… Se casó una vez y su matrimonio duró dos minutos. Se rumorea que su esposa se suicidó, aunque también corren rumores de que fue por una sobredosis –Amy se sentó en el borde de su cama–. En cualquier caso, su forma de vida era tan desenfrenada que rompió el corazón a sus padres.

–¿Cómo es posible que no me suene nada?

–No tiene nada de particular. Ten en cuenta que eso pasó cuando tú y yo éramos niñas –contestó, paciente–. Lo sé porque Bertram murió en circunstancias desagradables hace ocho años, cuando empecé a trabajar en la compañía de ballet. A nuestro director le faltó poco para organizar una fiesta. Por entonces, nadie sabía si Hugo sería mejor que su padre, pero todos sabían que Bertram nos habría retirado la financiación de la Thurston Holdings.

–¿Y Hugo?

–Se alistó en el ejército cuando era un adolescente. Volvía muy pocas veces a Australia y, cuando lo hacía, los periodistas se abalanzaban sobre él… decían que era el soltero más deseado del país. Y por lo visto, Hugo lo detestaba.

–Pero ha vuelto para sustituir a su abuelo en la empresa.

–Supongo que sí.

–No tiene aspecto de hombre de negocios. Parece…

–Un guerrero –dijo Amy, que ya se había entusiasmado con la conversación–. Ese pelo negro, esos músculos, esa cara como esculpida en piedra… ¿Te has fijado en lo tensa que le quedaba la camisa? Se nota que hace mucho ejercicio. Y qué decir de sus ojos azules… es verdaderamente impresionante.

–Vaya, lo has mirado muy bien –dijo Rachel con humor.

Amy sonrió a su hermana.

–No hay nada malo en disfrutar de la belleza. A una distancia prudencial, por supuesto –puntualizó.

–¿Te has fijado en lo anchos que son sus bíceps? Seguro que los tiene así por el combate cuerpo a cuerpo.

–Sí, con luchadores de sumo –ironizó–. Supongo que derriba a diez todos los días, antes de desayunar.

–Y pensar que Buster se está comiendo el filete de un hombre tan magnífico… –Rachel miró al perro–. Oh, Buster, ¿cómo has podido?

Las dos mujeres rompieron a reír.

Y en ese momento, vieron otro camello por la ventanilla.

–Mira…

El hecho de que el animal estuviera solo les llamó poderosamente la atención. Pero el compartimento solo tenía ventanilla en el lado derecho del tren, así que Amy abrió la puerta y salió al pasillo para asomarse por las ventanillas del lado contrario y comprobar si había más camellos.

Y los había. Cinco más.

–Qué maravilla –dijo Rachel–. Me pregunto si Maudie también los habrá…

–¡Oh, no!

Amy no tuvo tiempo de reaccionar. En sus prisas por salir del compartimento, se habían olvidado de cerrar la puerta; y el viejo y tranquilo Buster, que se pasaba el día durmiendo y que jamás se alejaba de ellas, vio los camellos que corrían y se lanzó en su persecución por el pasillo del tren, aullando como un lobo.

Por suerte, la aventura de Buster terminó a pocos metros, cuando llegó al final del vagón. Amy lo alcanzó y se lo metió debajo del jersey, para esconderlo.

Justo entonces, aparecieron un anciano y una mujer con un niño.

–Un perro. ¿Ha visto un perro por aquí? –preguntó el anciano–. Juraría que he oído unos ladridos…

–Habrá sido fuera del tren.

–No, yo también lo he oído –dijo la mujer–. Y odio los perros... mi hija, Polly, es alérgica.

–Pues yo no he visto ninguno.

–¿Usted tampoco lo ha visto? –preguntó la mujer a Rachel.

–¿Un perro? Ah, sí... no era un perro, sino un dingo –mintió–. Estaba fuera ladrando a los camellos.

–A mí me ha parecido que sonaba dentro. Deberíamos llamar al revisor.

Amy y Rachel se disculparon y volvieron rápidamente al compartimento. Rachel no dejaba de reír, pero Amy estaba tan seria que su hermana intentó tranquilizarla.

–No te preocupes, no hablará con el revisor. Tiene que cuidar a su hija... que, por cierto, es horrorosa. La vi hace un rato en el cuarto de baño.

–Pero el anciano podría hablar...

–No importa. Buster está a salvo.

Amy se levantó el jersey y dejó el perro en el suelo.

–¿Y qué pasará si alguien lo busca?

–No lo buscarán –insistió Rachel–. Pero si te quedas más tranquila, lo meteré conmigo en la cama y lo taparé con el edredón... De ese modo, si el revisor aparece en mitad de la noche, no verá nada.

Amy no pareció muy convencida.

–Me gustaría darme una ducha, pero me quedaré unos minutos contigo, por si acaso.

–Como quieras.

Rachel se metió en la cama con Buster.

Y Amy esperó media hora entera, conteniendo la respiración.

Pero no pasó nada.

Al final, agarró el pijama y una toalla y se dirigió al cuarto de baño, que estaba al final del vagón. Una vez dentro, se duchó, se lavó el cabello e intentó dejar de fantasear con Hugo Thurston y pensar en Rachel.

Su hermana estaba contenta. Por primera vez en mucho tiempo, había vuelto a sonreír. Y si Rachel estaba contenta, ella también debía estarlo.

Recogió su ropa y se puso un pijama de satén rosa y unas zapatillas. Normalmente, Amy dormía con una simple camiseta; pero como estaban en un tren y compartían servicio con otros viajeros, Rachel le había prestado uno de sus pijamas.

Cuando salió del cuarto de baño, se sentía limpia y feliz y tenía un aspecto razonablemente respetable.

–Señorita... ¿Ha visto un perro?

Amy se detuvo en seco. Era el revisor, que acababa de cruzar la puerta que separaba los vagones.

–¿Un perro? No.

–Es que nos han informado de que han visto uno y tenemos órdenes de revisar los compartimentos.

–Ah... ¿Ya ha entrado en el nuestro?

–¿Cuál es?

–El siete.

–No, solo he comprobado el uno y el dos. Estaré con ustedes dentro de un momento –respondió con seriedad.

–No creo que sea necesario. Mi hermana se ha quedado dormida y ha estado tan enferma que... preferiría que no la molestaran.

–Lo siento, señorita. No tengo otra opción.

–Pero...

–Lo siento –repitió–. No puedo hacer excepciones.

–Está bien. En ese caso, le ruego que no haga mucho ruido. Rachel... Oh, vaya, acabo de recordar que había quedado con alguien. Es posible que no esté en el compartimento cuando llegue.

Eran las diez de la noche y Hugo no sabía qué hacer.

Maudie estaba agotada y se había acostado después de cenar, dejándolo en el saloncito que separaba sus dos lujosos compartimentos. Pero Hugo no se llevaba bien con el lujo; por su profesión, estaba acostumbrado a dormir en camastros o en el suelo. Y aunque llevaba un mes de civil, seguía teniendo problemas para dormir en una cama.

Además, se aburría; ardía en deseos de volver con los chicos de su unidad.

Y se negaba a ver la televisión.

Solo podía leer o salir del compartimento y charlar con alguien. Pero solo tenía una novela de misterio que ya había leído y, en cuanto a la posibilidad de charlar con alguien, solo había una persona en el mundo con quien le apeteciera intercambiar impresiones: una bailarina de ojos marrones que se guardaba trocitos de filete en el bolso.

Sonrió para sus adentros y se dijo que Maudie se pondría muy pesada si llegaba a saber lo que estaba pensando.

Un momento después, llamaron a la puerta.

Hugo estaba tan ansioso por librarse de su aburrimiento que abrió con brusquedad y asustó al hombre que había llamado.

Era Henry, el camarero que habían asignado a su compartimento. Y por algún motivo, estaba tan incómodo que no podía hablar.

–¿Sí? –dijo para animarlo.

–Señor...

–¿Qué ocurre?

–Ha llegado una mujer, señor. En pijama... Afirma que usted la ha invitado.

–¿Una mujer? ¿En pijama?

–Una joven –puntualizó.

–¿Le ha dicho su nombre?

–Sí, se llama Amy Cotton. Lleva un bolso grande y dice que trae algo que la señora Maud necesita.

–¿Y va en pijama?

–En efecto, señor. De color rosa –contestó con toda la dignidad que pudo–. ¿Quiere que le diga que se marche?

Hugo pensó que habría sido lo más adecuado. Amy Cotton era sinónimo de problemas, y en pijama, aún más.

–No, no... le dijo a mi abuela que le traería unas recetas de comida fría. Lo hablaron durante la cena. ¿Dónde está ahora?

–Al final del vagón. Como sabe, nadie puede pasar a primera clase sin permiso previo.

–Pues tiene mi permiso. Hágala pasar, por favor.

Cuando Amy terminó de hablar con el revisor, esperó a que entrara en el compartimento siguiente y se dirigió al que compartía con su hermana. Al llegar, sacó un bolso grande, escondió a Buster, y corrió al vagón donde viajaban Hugo y su abuela.

Sin embargo, descubrió que nadie podía pasar a primera clase sin la autorización de la persona a quien se fuera a visitar. Y ahora estaba allí, en pijama, esperando a que un hombre vestido de camarero avisara a Hugo Thurston. Era una situación humillante. Amy pensó que seguramente la habría tomado por una prostituta.

Cuanto más tiempo pasaba, peor y más desnuda se sentía. Quería vestirse. Y huir.

–Amy...

Amy se giró y vio que Hugo y el camarero se acercaban por el pasillo.

–Hola –dijo con voz débil.

–Tengo entendido que traes algo para mi abuela.

Ella bajó la cabeza y miró el bolso.

–Así es.

–Excelente. Pasa a nuestra salita y siéntate. Estoy seguro de que mi abuela querrá darte las gracias.

Hugo miró al camarero y añadió:

–Ya se puede ir, Henry. Yo me encargo de la señorita Cotton.

Amy no se lo podía creer. Estaba en los dominios de un guerrero multimillonario, en pijama, con zapatillas de andar por casa y un perro metido en un bolso.

Hugo cerró la puerta y la miró como si no fuera una mujer sino una bomba de relojería.

Ella echó un vistazo a su alrededor y se quedó aún más perpleja al contemplar la salita que separaba los compartimentos de Hugo y Maudie Thurston. Sabía que las suites del tren eran grandes porque las había visto en un folleto cuando reservó los billetes, pero no imaginaba que resultaran tan lujosas.

–Supongo que has venido para devolverme mi filete –dijo Hugo.

–Sí, más o menos.

–¿Más o menos?

–Bueno... supongo que, en cierto sentido, tu filete está dentro del bolso –respondió con nerviosismo.

–Ah.

–Lo siento, Hugo. Es que estoy desesperada.

–No me digas –ironizó.

–Yo...

–¿Qué puedo hacer por ti?

Amy suspiró.

–¿Esconder a mi perro?

–¿Tu perro?

Él le dedicó una sonrisa y Amy pensó que tenía la boca más expresiva y más bonita que había visto.

–Lo subimos al tren sin permiso.

–Casi me tranquilizas. Mi abuela pensó que la carne era para tu hermana, pero yo había imaginado que sería para una mascota... y por lo poco que te conozco, no me habría extrañado que fuera una pitón.

–No, solo es un perro.

–Un perro que cabe en un bolso.

–No, qué va, es un San Bernardo –dijo con brusquedad.

Hugo arqueó una ceja y ella se disculpó.

–Lo siento. Es que estoy muy nerviosa.

–Ya me había dado cuenta… ¿Puedo ver a tu perro?

Ella respiró hondo y abrió el bolso. Buster asomó la cabeza, miró el compartimento con interés y saló inmediatamente al suelo para subirse al sofá, donde se sentó e inspeccionó el tablero de Scrabble que Maudie había dejado allí como si reconociera las letras.

–Parece un perro bien entrenado –comentó él.

–Lo está.

–Y por lo visto, sabe jugar al Scrabble.

El nerviosismo de Amy se disipó un poco, pero solo un poco. Hugo se había soltado la corbata que llevaba durante la cena y se había desabrochado varios botones de la camisa. Amy admiró su pecho, moreno y fuerte, de músculos bien definidos, y se estremeció. Como bailarina, estaba acostumbrada a trabajar con hombres de cuerpos perfectos; pero Hugo Thurston los superaba a todos.

–Es tan listo que, si quisiera, aprendería. Pero dudo que se tome esa molestia; Buster tiene un instinto natural para decidir qué es importante y qué no lo es.

–Eso parece. No ha hecho ningún ruido que pudiera llamar la atención del pobre Henry.

–No, aunque cometió un pequeño error hace un rato… vio unos camellos y salió en su persecución.

–¿Camellos? ¿En el tren?

–No, estaban fuera, claro… Rachel y yo salimos a verlos por las ventanillas del pasillo y Buster se escapó y los persiguió.

–Como habría hecho cualquier perro bien entrenado –dijo él con gravedad.

–Por suerte, lo alcancé a tiempo y lo escondí debajo del jersey.

–Ah, ahora lo entiendo… me parecía extraño que llevaras jersey en el tren. Aquí hace mucho calor.

–El jersey es para emergencias. Normalmente lo llevo en el bolso.

–¿Lo vas a dejar en un bolso hasta el final del viaje?

–No, lo dejamos en el compartimento, escondido. Como es muy obediente, hace sus necesidades en una alfombrita para perros. Y de vez en cuando, voy al cuarto de baño y la limpio.

–¿Y también te la metes debajo del jersey? –preguntó, tan fascinado como irónico.

–No es para tanto… Buster se porta bien hasta en eso.

–Pero pierde el control con los camellos.

–Sí –admitió con voz trémula.

Amy estaba desconcertada. Había bailado con algunos de los

hombres más atractivos del mundo sin sentir nada por ellos; y sin embargo, Hugo Thurston le gustaba tanto que ardía en deseos de meter una mano por debajo de su camisa y acariciarle el vello del pecho.

–El pijama te queda muy bien. Es bonito.

–Es de Rachel –se defendió.

–Pues tiene buen gusto.

–Gracias.

–Pero dime... ¿por qué lleváis un perro en el tren?

Hugo la miró a los ojos con una intensidad abrumadora. Pero su mirada no era especialmente dura; no era la mirada de un hombre que la estuviera juzgando por sus actos; solo era la de un hombre implacable, acostumbrado a dar órdenes en mitad del combate y a hacerse obedecer en cualquier circunstancia.

Amy decidió ser sincera con él. A fin de cuentas, se había presentado en su compartimento en mitad de la noche y necesitaba que la ayudara.

–Mi hermana sufrió un accidente de coche hace un año –empezó a decir–. Su marido conducía borracho y Rachel estaba embarazada de siete meses... se rompió la pelvis, perdió el bebé y, como consecuencia de aquello, también perdió a su marido. Luego, se quedó sin trabajo y se sumió en una depresión tan profunda que decidí hacer algo para distraerla.

Amy respiró hondo y siguió hablando.

–La convencí de que nos mudáramos a Darwin y de que hiciéramos este viaje. Pero Buster ha estado con nosotras desde que éramos niñas. No nos podíamos ir sin él –explicó–. Además, es un perro encantador, incapaz de hacer daño a nadie. De modo que...

–Podríais haberlo dejado en una residencia. O enviarlo a Darwin en avión.

–Sí, pero Rachel no quería separarse de Buster.

–Y lo subisteis al tren a hurtadillas.

–Exactamente. Y si nos echan del tren por eso, habrá merecido la pena –declaró con orgullo–. Este viaje ha devuelto la alegría a mi hermana... No había sonreído desde que perdió al bebé.

–Dudo que os echen.

–Nos echarán. Solo somos viajeros de segunda.

Él se quedó en silencio y la estudió con sus fríos ojos azules, como si estuviera sopesando su historia y a ella misma.

–¿Por qué has venido a mí?

–Porque tu abuela y tú sois las únicas personas que conozco.

–Tú no nos conoces.

–Maud me conoce.

–Pero está dormida.

Ella bajó la cabeza y clavó la mirada en sus zapatillas, intentando encontrar la forma de mantener la compostura y de salir de aquel lío sin su ayuda.

Entonces, llamaron a la puerta.

–¿Sí? –preguntó Hugo.

–Necesitamos hablar con usted, señor Thurston.

Amy se supo perdida. Era la voz del camarero, pero había sonado tan seria que llegó a la conclusión de que la habían visto.

–Esperen un momento, caballeros...

Hugo actuó con rapidez. Alcanzó el bolso, tomó al perro en brazos, abrió la puerta que daba a su compartimento y ordenó a Amy, en voz baja:

–No te muevas.

Ella lo miró con asombro mientras él abría el bolso y sacaba los pelos del animal antes de meter un libro y un par de revistas en su interior.

Luego, se abrió un poco más la camisa y sonrió con picardía.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó, atónita.

–Calla... no digas nada.

Amy jamás habría imaginado lo que iba a pasar.

Hugo le desabrochó dos botones de la chaqueta del pijama, dejando un escote más que generoso a la vista.

Y a continuación, la besó.

Capítulo 3

AMY no supo ni qué hacer. Era como si el mundo se hubiera vuelto loco de repente. Segundos antes, estaba aterrorizada con la posibilidad de que el revisor la descubriera con un perro; y ahora, Hugo Thurston la estaba besando.

Ni le había dado permiso ni él se lo había pedido. Simplemente, se había acercado y la había besado.

No tenía ni pies ni cabeza.

Amy pensó que debía romper el contacto; pero, para ello, necesitaba analizar lo que ocurría y tomar una decisión, algo que estaba fuera de su alcance porque no podía pensar. Los labios de Hugo le habían robado toda su capacidad de resistencia. La besaba como si ella fuera la mujer más deseable del Universo, y ella respondía con idéntica pasión.

Sin poder evitarlo, se arqueó contra su cuerpo y le acarició el cabello. La habían besado muchas veces, pero nunca se había encontrado en brazos de un hombre tan fuerte, tan masculino y de ojos tan azules.

No pudo hacer nada salvo dejarse llevar.

Y de repente, Hugo se apartó y se desabrochó el cinturón de los pantalones.

–¿Qué demonios... ?

Amy dejó la frase sin terminar al ver que Hugo abría la puerta mientras hacía ademán de abrocharse el cinturón otra vez. Por fin lo había entendido. Era un montaje. Le había desabrochado la chaqueta del pijama y la había besado para que pareciera que eran amantes y que ella había ido a su compartimento para hacer el amor.

Un segundo después, Henry y el revistar entraron en la salita.

–Caballeros... –dijo Hugo.

Henry los miró con incomodidad y se disculpó al instante, pero el revisor no pareció impresionado ni por la escena ni por la presencia del poderoso y rico Hugo Thurston.

–Tenemos razones para creer que esa señorita tiene un perro – declaró.

–¿Un perro? –preguntó Hugo, fingiendo sorpresa–. ¿Amy tiene un perro?

–La señorita Cotton –bramó el revisor–. Es pasajera de segunda clase.

Hugo le lanzó una mirada fría como un témpano.

–De segunda clase –repitió.

–En efecto. He registrado su compartimento y...

–¿Ha registrado el compartimento de mi Amy?

El revisor se empezó a poner nervioso.

–Sí, pero el perro no estaba y he supuesto que lo habría traído aquí. Henry me ha dicho que ha llegado con un bolso.

–¿Insinúa que mi Amy tiene un perro en el bolso?

–Sí.

Hugo cerró los ojos un momento, como si estuviera contando hasta diez para tranquilizarse, y los volvió a abrir.

–¿Usted qué opina, Henry? ¿Cree que la señorita Cotton tiene un perro en el bolso? –preguntó al camarero.

–No sé qué pensar, señor...

Hugo suspiró y asintió.

–Está bien, si se empeñan... Amy, ¿podrías hacer el favor de abrir tu bolso y enseñar su contenido a estos caballeros?

Amy estaba tan desconcertada que no fue capaz de moverse. Todo había pasado demasiado deprisa. Y se quedó aún más perpleja cuando Hugo se acercó, la volvió a besar en los labios y dijo:

–Lo siento, cariño. No, no te levantes... Yo lo abriré por ti.

Hugo le dio una palmadita en la cara y abrió el bolso. Después, sacó el libro y las dos revistas, los dejó encima de la mesa y puso el bolso bocabajo para que Henry y el revisor supieran que no contenía nada.

–Amy ha tenido la amabilidad de traer el libro y las revistas para mi abuela, junto con una receta que le había pedido –explicó–. Y como ustedes mismos pueden comprobar, ni siquiera hablan de perros.

–Pero el perro está aquí –insistió el revisor.

–Si creen que tenemos un perro, búsquenlo –dijo con paciencia.

–La señorita lo habrá escondido en el dormitorio.

El revisor avanzó hacia el compartimento más cercano, el de Maudie. Pero fue un error. Antes de que se diera cuenta de lo que pasaba, Hugo lo interceptó y lo agarró por el cuello de la chaqueta.

–Ya basta –bramó–. He permitido que pasen a la salita y hasta permitiría que entren en mi dormitorio, pero mi abuela es una mujer de ochenta y tres años y está durmiendo. Si quieren molestarla, adelante, háganlo. Les aseguro que pagarán las consecuencias.

Las palabras de Hugo fueron tan convincentes que Henry decidió poner fin a aquella situación. Tomó del brazo a su compañero, le ordenó que saliera de allí y se disculpó ante ellos.

–Lamento lo que ha pasado, señor Thurston... y espero que nos perdone, señorita Cotton. Tengo entendido que se bajará del tren en Alice Springs y que volverá con nosotros a la semana siguiente... ¿es correcto?

–Sí –respondió Amy.

–Mañana por la mañana, me encargaré personalmente de que su hermana y usted realicen el resto del trayecto en primera clase. Las cambiaría esta noche, pero su hermana está dormida y usted... bueno, es evidente que no tiene tiempo de andar cambiando de compartimento –dijo con nerviosismo–. Le ruego que acepte mis disculpas y las de mi compañero, Albert.

–No se preocupe, no ha sido nada.

–En su defensa, debo decir que Albert tenía la obligación de comprobar la denuncia que hemos recibido. Pero las cosas han ido demasiado lejos... En fin, será mejor que me vaya. ¿Necesitan algo? ¿Champán? ¿Fresas?

–No, gracias –intervino Hugo, que lo acompañó a la salida–. Solo espero que no nos vuelvan a molestar.

–Descuide, señor. Buenas noches.

–Buenas noches.

Hugo cerró la puerta y se giró.

–¿*Mi* Amy? –preguntó ella.

Él arqueó una ceja.

Y Amy rompió a reír.

Hugo la miró mientras reía, hasta que cayó en la cuenta de que aquella no era una risa normal. Tenía un fondo de desesperación, cercano a la histeria.

Se arrodilló, le apartó las manos que se había llevado a la cara y le dio un abrazo.

–Tranquila. No se van a llevar a tu perro.

Amy se resistió al abrazo durante unos segundos, pero luego se rindió y se apretó contra su pecho.

–Lo siento... es que he estado tan preocupada por Rachel... y esta noche...

–¿Sí?

–Has estado... has estado...

–¿Heroico? –dijo con humor.

Amy rio y empezó a llorar. Hugo la abrazó con más fuerza y pensó que tenía un cuerpo precioso, el cuerpo de una bailarina, esbelto, duro, de músculos que servían para algo más que para estar. Y algo estalló en su interior. Algo que no pudo entender. Una emoción que creía haber perdido.

Cuando se tranquilizó un poco, le dio un pañuelo para que se limpiara la nariz Los miembros de los comandos de élite no solían llevar pañuelos en el bolsillo; y mucho menos, de lino y con la T de los Thurston bordada. Pero Hugo llevaba uno desde que había vuelto con su abuela. Y en ese momento, se alegró de llevarlo.

En cambio, Amy no pareció contenta. Miró el pañuelo con asombro, lo miró a él y preguntó:

–¿Esperas que me limpie la nariz con esto?

–Sí, ya sé que es algo excesivo, pero es lo que hay.

Ella se encogió de hombro y se sonó la nariz.

Hugo sonrió.

–Esta es mi chica.

–Yo no soy tu chica –protestó–. Aunque tú seas un héroe... Dime, ¿los héroes suelen llevar pañuelos de lino?

–Normalmente, no.

–Y normalmente, yo no lloro.

–No estabas llorando, estabas riendo. Es que has perdido el control –la excusó.

–Es posible... –Amy lo miró a los ojos–. Me has besado, Hugo.

–Sí. Y ha sido muy agradable.

–Henry y el revisor habrán pensado que...

–Sé lo que habrán pensado, pero era la única salida, ¿no te parece? Si les hubiéramos dicho que has venido a mi compartimento en plena noche para darle una receta a mi abuela, no se lo habrían creído.

Amy asintió y dijo:

–Gracias.

–No me des las gracias por haberte besado. He sido sincero al afirmar que ha sido muy agradable.

–¿Quieres dejar de tomarme el pelo? –dijo con indignación–. Y a todo esto, ¿dónde has metido a Buster?

Hugo estaba a punto de responder cuando Maudie se le adelantó.

–Se lo lanzó a su abuela mientras te besaba.

Los dos se giraron hacia el compartimento de Maudie, que estaba con Buster en brazos y cara de pocos amigos.

–Imaginad el susto que me he pegado cuando Hugo ha abierto la

puerta, me ha lanzado al perro y la ha vuelto a cerrar –añadió con indignación.

La expresión de Maudie cambió de repente. Miró a su nieto con humor y, acto seguido, se giró hacia Amy.

–Hugo es de gran utilidad en momentos de crisis. Has hecho bien al acudir a él, querida.

–Sí, ya me he dado cuenta –admitió–. Primero salva a mi perro y luego me ofrece un pañuelo de lino.

–Y es un pañuelo precioso, ¿verdad? –dijo Maudie–. Encargué más de cien porque mi James los perdía siempre... Ahora son de Hugo y, sinceramente, me alegra que los comparta. Puedes limpiarte la nariz con toda tranquilidad. Tiene muchísimos más.

Maudie se acercó a Amy y le dejó a Buster en los brazos.

–Bueno, me encantaría quedarme con tu perro, pero tengo sueño y me he dado cuenta de que Buster ronca. Además, Hugo lo ha rescatado y es justo que sea responsabilidad suya durante el resto de la noche... Quédate con él y juega al Scrabble un rato, Amy.

–No, prefiero irme a la cama.

–De eso nada, querida –Maudie la miró con severidad–. Sé que los tiempos han cambiado, e incluso admito que me pareces adecuada para mi nieto, pero esta noche no te vas a acostar con él.

Amy la miró con horror.

–Me refería a acostarme en mi cama, sola. Lo sabes perfectamente.

–Sí, bueno, pero...

–Pero nada. Mi cama es mi cama. Y en cuanto a Buster... yo...

Maudie sonrió de oreja a oreja.

–Ah, veo que por fin lo has entendido. Ahora no puedes volver a tu compartimento. Estoy segura de que Henry ya no estará buscando perros, pero el revisor de tu vagón no se ha quedado convencido con la historia de mi nieto. Si te escabulles ahora...

–Yo no me escabullo –dijo, indignada.

–Pero podrías si quisieras –declaró Hugo con ironía–. Si sabes bailar, sabrás escabullirte.

–Deja de tomarle el pelo. Lo has hecho muy bien esta noche, pero cualquiera se daría cuenta de que nuestra invitada no está para más tonterías –le recriminó su abuela–. Te recomiendo que te quedes un par de horas, Amy. Buster pasará la noche con mi nieto y tú volverás después a tu compartimento. Pero quiero que la acompañes, Hugo... No me parece bien que ande por ahí sola y en pijama.

–Pero... –Amy quiso protestar.

–Silencio, querida.

Amy guardó silencio.

–Esto es lo que vamos a hacer –continuó Maudie–. Mañana por la mañana, tu hermana y tú vendréis aquí con el bolso, donde meteréis algunos libros. Desayunaremos juntos en la salita y esperaremos hasta llegar a Alice Springs. ¿Alguna objeción?

–Bueno... –empezó a decir Amy.

–Yo... –empezó a decir Hugo.

–Entonces, no hay más que hablar –sentenció Maudie–. Si no hay que rescatar a más a animales, me vuelvo a la cama. Buenas noches.

La anciana soltó una risita y volvió rápidamente a su compartimento, dejando a Hugo con Amy y con Buster.

Él la miró y se preguntó qué podía hacer con una mujer preciosa durante dos horas.

Si hubiera sido otra, la respuesta habría sido evidente.

Pero no era otra.

En el mundo de Hugo había tres clases de mujeres. En primer lugar, estaban las que eran como su madre, que se había casado con su padre porque anhelaba su dinero, su fama y su posición social. En segundo, estaban las mujeres con las que él trabajaba; compañeras del ejército y a veces amigas que lo trataban como a un soldado y que no tenían ningún interés por el poder de los Thurston.

Hugo solo se sentía cómodo con las segundas. De vez en cuando, mantenía alguna relación amorosa con alguna de ellas, pero eran relaciones pasajeras y nadie se llamaba a engaño. A fin de cuentas, su trabajo los obligaba a viajar con frecuencia.

Y curiosamente, su abuela encajaba en la segunda categoría. Había luchado codo a codo con su difunto marido para construir un imperio, así que conocía las normas. Era una mujer excepcional. Muy rara de encontrar fuera del ejército.

La tercera categoría englobaba a las mujeres normales, que ni conocían las obligaciones de los Thurston ni, por supuesto, la vida militar. Hugo era consciente de que esas mujeres no habrían entendido los peligros de su trabajo, lo que hacía, las pesadillas que lo asaltaban de noche. Y en consecuencia, mantenía las distancias con ellas.

Las mujeres como Amy no estaban hechas para él. No pertenecían a su mundo. Era rubia, encantadora y vulnerable en todo, hasta por su nombre.

Evidentemente, pertenecía a la tercera categoría.

Y Hugo se dijo que no debía besarla otra vez. Por mucho que lo deseara.

–Ni lo pienses –dijo ella.

Él dio un paso atrás.

–¿A qué te refieres?

–Lo sabes de sobra.

Hugo se preguntó si sus deseos eran tan evidentes como que Amy lo hubiera notado. Pero supuso que era una deducción lógica; estaba solo con una mujer extraordinariamente atractiva que, además, solo llevaba un pijama.

–Yo no pensaba...

–Me alegro. No pienses. Salvo en las palabras del Scrabble, claro... –Amy miró el pequeño tablero–. ¿Esta es tu posición? ¿O la de tu abuela?

–La mía.

–Pues estás perdiendo.

–Lo sé. Es la historia de mi vida –ironizó–. ¿No me vas a besar otra vez?

–No.

–¿Puedo preguntar por qué?

Ni el propio Hugo supo por qué había preguntado eso. Y por supuesto, Amy tampoco; pero se armó de paciencia y respondió de todas formas.

–En primer lugar, porque no estoy aquí para arrojarme a tus brazos. He venido porque estaba desesperada con lo del perro, pero nada más. Y si yo estuviera en tu lugar, no abusaría de mi suerte. Por lo poco que conozco a Maud, sospecho que bastaría un grito mío para que te castigara como si fueras un niño de seis años. Puede que seas soldado, pero eres un soldado con abuela.

–Comprendido. ¿Y en segundo lugar?

–¿En segundo? Que no estoy interesada en ningún tipo de relación. Si has pensado que ese beso puede ser el principio de una aventura, aunque sea de una discreta y pequeña, te has equivocado.

–¿Por qué?

–Hugo, puede que seas un hombre impresionante, rico y hasta heroico, pero yo no estoy en el mercado de las relaciones. Tardé meses en convencer a Rachel de que me acompañara a este viaje... ¿crees que lo voy a interrumpir para decirle que siga con sus libros y me deje en paz porque he encontrado a un tipo extraordinariamente sexy en un compartimento de primera clase?

–Entiendo.

En realidad, Hugo no entendió lo más importante. El sentido de

las palabras de Amy estaba perfectamente claro, pero no explicaban su repentino sentimiento de pérdida.

Entre ellos había una atracción física que lo había pillado por sorpresa. La había besado sin más intención que llevar un poco de rubor a sus mejillas y a sus labios, para que Henry y el revisor creyeran que eran amantes. No podía sospechar que un beso inocente pudiera despertar emociones tan profundas en él.

–Muy bien, juguemos al Scrabble. Siéntate –ordenó ella.

–Sí, señora.

Hugo se sentó y jugó.

Pero ninguno de ellos fue capaz de encontrar una sola palabra que hubiera enorgullecido a Rachel o a la propia Maud.

Al fin y al cabo, no estaban pensando precisamente en el Scrabble.

Capítulo 4

DOS horas después, el revisor ya se habría convencido de que eran amantes y que, Amy podía volver tranquilamente a su compartimento. Estaban hartos de jugar.

En otras circunstancias, Amy le habría preguntado un montón de cosas. Hugo se había alistado en el ejército a los diecisiete años y había visitado algunos de los países más fascinantes del mundo, mientras que ella no había salido de Australia. Pero aquel hombre tenía algo que la disuadió de preguntar.

Dejó a Buster en la cama y se llevó una sorpresa al ver que se tumbaba tranquilamente y que no hacía ademán de seguirla; por lo visto, su mascota prefería un colchón de primera clase al camastro donde estaba condenada a dormir. Después, salió al pasillo y se giró hacia Hugo, que la había seguido.

–No es preciso que me acompañes.

–Son órdenes de Maud –le recordó.

–¿Tienes miedo de tu abuela?

–Desde luego que sí.

–No te creo.

–Yo no miento.

–¿Eso lo dice el hombre que ha engañado a un revisor y a un... ?

–Calla... podrían oírnos.

–Lo dudo. Seguro que ya se han acostado –afirmó–. No necesito tu compañía.

–¿Y qué pasará si te encuentras con un camello? No tienes a Buster para que te defienda.

Ella sonrió a su pesar y siguió andando.

Se sentía completamente desconcertada; pero su desconcierto no se debía a los extraños acontecimientos de la noche, sino al hombre que caminaba detrás. La ponía nerviosa y no sabía por qué.

En ese momento, el vagón se bamboleó un poco y ella dio un traspié. Hugo la agarró por los hombros y la sostuvo, lo cual aumentó su perplejidad.

Hizo un esfuerzo e intentó dejar de pensar en él y de sentir su presencia, pero fue imposible. Y cuando llegaron al compartimento y se giró para darle las buenas noches, su intento resultó inútil.

Estaba demasiado cerca de ella y ni siquiera se había abrochado

los botones de la camisa. De hecho, Amy pensó que había perdido al Scrabble porque la visión de su pecho le impedía concentrarse. Pero no se había atrevido a pedirle que se la abrochara. Quizás, porque le gustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

–Gracias y buenas noches –dijo con voz débil–. Has sido... muy bueno conmigo.

–Sí, lo he sido –afirmó–. Por cierto, ¿Maud ha dicho la verdad? ¿Tu perro ronca?

–Eso me temo. Cuando sueña, ronca un poco.

–¿Y qué hago si tiene pesadillas? ¿Puedo venir a buscarte?

–¡Ni se te ocurra!

Él sonrió.

–Oh, vamos, no puedes condenarme a compartir cama con un perro con pesadillas...

–Eres muy grande. Seguro que lo puedes soportar.

–Sí, supongo que sí –la sonrisa de Hugo desapareció–. A estas alturas puedo soportar cualquier pesadilla.

Amy sintió el súbito deseo de abrazarlo.

Hasta ese momento, no se le había ocurrido que llevaba veinte años en el ejército, en una unidad famosa por su determinación y su coraje. Obviamente, habría pasado por situaciones tan difíciles que ahora no podía dormir sin sufrir pesadillas.

El vagón se volvió a mover de forma brusca y Amy se apoyó en su pecho. En parte por necesidad y, en parte, porque lo deseaba.

Alzó la cabeza un poco, como buscando sus labios.

Hugo la miró con intensidad.

Y de repente, vieron que un hombre les había sacado una fotografía con un teléfono móvil y se había escondido a toda prisa en el compartimento contiguo.

Hugo la soltó, se acercó a la puerta y llamó. El hombre no respondió, así que alzó el puño con intención de llamar más fuerte.

–¿Qué haces? Vas a despertar a todo el tren –dijo ella.

–Si esa foto...

–Si despiertas a la gente, me verán en pijama y contigo. Déjalo estar, Hugo. Habla con él mañana por la mañana y pídele que borre esa fotografía.

–Amy...

–De todas formas, es posible que no tenga importancia. Seguramente es la persona que denunció la presencia de un perro en el tren. Quizá se ha quedado despierto para fotografiarme *in fraganti*... además, no estábamos haciendo nada. No nos estábamos besando.

Amy le puso una mano en el brazo, en un intento por calmar su ira.

–Olvídalo –insistió–. Es mejor que nos vayamos a la cama. Mañana será otro día y no queremos arruinarlo con la tercera guerra mundial, ¿verdad?

Hugo no parecía dispuesto a atenerse a razones; era la viva imagen de la furia. Pero afortunadamente, Amy vio luces al otro lado de la ventanilla y decidió usarlas como excusa para ganarse su atención.

–Mira, estamos llegando a una ciudad –dijo–. Tal vez debería pulsar el freno de emergencia... como el tren no se ha parado ninguna vez desde que salimos, no he tenido ocasión de comprar ni un *souvenir*.

Hugo se tranquilizó un poco.

–Antes de pulsar el freno, recuerda lo que llevas encima. Los vendedores de las tiendas se quedarían asombrados si te ven entrar en pijama.

–Eso está mejor... –Amy lo miró y vio en él un mar de tensiones que no alcanzaba a entender–. No pasa nada. El pasillo del tren no es una zona de guerra. Relájate. Mañana hablaremos con el tipo del teléfono. Ahora, vuelve a tu compartimento y acuéstate con Buster... una tentación a la que nadie se podría resistir.

A continuación, Amy se puso de puntillas y le dio un beso en los labios. No supo por qué lo hizo. Tal vez, porque no se pudo resistir; tal vez, porque la expresión de Hugo era tan sombría como antes. Pero, en cualquier caso, fue un simple beso de agradecimiento, de ánimo y de buenas noches.

–Gracias. Eres un héroe de verdad. Gracias por haberme salvado el pellejo, Hugo. Me habría disgustado que me echaran del tren.

–¿Por qué? Habrías podido comprar un *souvenir*...

Hugo lo dijo con un conato de sonrisa, que ella le devolvió.

Luego, Amy entró en el compartimento y cerró la puerta.

Esperó en el pasillo hasta que tuvo la seguridad de que Amy no iba a salir otra vez. Estaba en silencio, alerta, tan preparado como en todos los lugares peligrosos que había pisado durante su vida en el ejército.

Después, se acercó al compartimento del hombre que había sacado la fotografía y llamó con suavidad.

No respondieron.

–Señor Murcott, usted sabe quién soy y conoce mi poder –su voz

sonó tranquila, casi agradable–. ¿Va a abrir la puerta? ¿O prefiere que la arranque?

Hugo esperó unos segundos más, hasta que la puerta se abrió y se encontró cara a cara con el hombre y la mujer de mediana edad con los que Maudie y él habían compartido mesa durante la comida.

–Ya la ha borrado –dijo la mujer–. Le he pedido que la borrara y él...

–Deme el móvil..

El hombre le dio el móvil. Hugo conocía el modelo; era avanzado y sacaba fotografías de alta resolución.

Comprobó las imágenes y solo encontró instantáneas del desierto, el tren y la pareja. No había nada más.

–Cuando Roger me ha dicho que los había fotografiado, le he rogado que borrara la foto –declaró la mujer con una mezcla de terror e inocencia–. Le he dicho que usted se enfadaría mucho.

Hugo los miró a los dos. No estaban fingiendo. Su miedo era real.

Y se preguntó por qué.

Se giró hacia la ventanilla y miró el exterior. No había nada. Estaban en mitad de ninguna parte y, según el registro del teléfono, no habían enviado ningún mensaje en las últimas horas.

Pero decidió presionarlos.

–¿Se la han enviado a alguien?

–No, claro que no. Aquí ni siquiera hay cobertura –respondió la mujer.

–Si se la han enviado a alguien...

–No habríamos podido. Ni siquiera usamos el correo electrónico.

–Está bien, les concederé el beneficio de la duda. Pero recuerden que soy un Thurston... si descubro que esa fotografía se ha distribuido por ahí, pueden estar seguros de que se arrepentirán.

–No se preocupe por eso –declaró Roger–. Le doy mi palabra de que he borrado la foto y de que no le diremos a nadie lo que hemos visto. Seremos discretos.

Hugo no se quedó muy convencido, pero no podía hacer nada. La fotografía no estaba en el teléfono y él no tenía los medios necesarios para comprobar si se la habían enviado a una tercera persona.

Cerró la puerta sin despedirse y se alejó.

Al pasar ante el compartimento de Amy, sintió el deseo de llamar; pero se contuvo. Era demasiado inteligente como para cometer ese error.

Tenía que acostarse. Con Buster.

Capítulo 5

RACHEL y Amy desayunaron con Maud, Hugo y Buster en primera clase. Buster se sentó sobre las rodillas de Maudie y comió pedazos de panceta. Tras el desayuno, Amy y su hermana volvieron a su compartimento; pero cuando el tren se detuvo en Alice Springs, descubrieron que la anciana ya les había organizado el transporte.

Llevarle la contraria habría sido como enfrentarse a un tornado. Amy lo sabía de sobra y, además, pensó que Maudie no pretendía tomar decisiones por ellas, sino facilitarles un poco la vida.

–Sé que pensabais ir al Uluru en autobús –dijo la abuela de Hugo–, pero es un viaje de cinco horas y Buster lo pasaría mal.

Amy no intentó resistirse. Sabía que había perdido la partida antes de empezar. Junto a la estación de autobuses se había detenido un Mercedes largo y plateado cuyo conductor se acercó a Hugo y le dio las llaves con deferencia, como si trabajara para él. Después, Hugo metió el equipaje de Maudie en el maletero y las miró, obviamente convencido de que su abuela se saldría con la suya.

Tenía un aspecto magnífico. Llevaba vaqueros y una camiseta blanca que enfatizaba sus músculos. El sol brillaba en su cabello y su piel morena encajaba en el paisaje con tanta naturalidad como si fuera un vecino de la zona.

Amy tuvo que hacer un esfuerzo para dejar de mirarlo.

–No voy a insistir en que os alojéis con nosotros. Sé que tenéis mucho aprecio a vuestra independencia –continuó Maudie–. Solo os ofrezco un coche para que no tengáis que ir en autobús. Sé que a tu hermana le duele la cadera... ¿verdad, Rachel?

Sorprendentemente, Rachel rompió su silencio y contestó.

–Sí, es cierto –respondió, mirando a su hermana–. Preferiría ir en coche.

–Está bien... Gracias, Maudie. Te lo agradezco mucho.

–¡Excelente! Hugo encargó comida para el viaje, dando por sentado que aceptaríais nuestra oferta... Dejad el equipaje en el maletero y entremos en el coche. Rachel y yo iremos en el asiento de atrás. Tú te puedes sentar delante, con Hugo.

–Maud... –dijo su nieto en tono de advertencia.

–¿Sí, querido?

–Tú te sentarás conmigo y Rachel irá con su hermana. No maquines a nuestra costa. Ni Amy ni yo estamos interesados.

Amy se ruborizó.

Ella, que no se había ruborizado en toda su vida, que ni siquiera sabía que pudiera ruborizarse, se ruborizó.

Y tenía un buen motivo para ello, porque ahora sabía que sus sospechas eran ciertas.

Maud pretendía emparejarla con Hugo.

Se acomodaron en el Mercedes y se pusieron en marcha. Era un coche rápido y cómodo, que devoraba kilómetros mientras ellas contemplaban el paisaje o sesteaban, porque Maud y Rachel se quedaron dormidas al cabo de un rato.

Amy estaba muy contenta por su hermana. La Rachel de la semana anterior se habría opuesto a viajar con los Thurston y habría preferido la soledad de un asiento de autobús en la última fila; pero Maudie se había ganado su afecto y su confianza; era como si le diera algo que los demás no le podían dar.

Quizás, una abuela.

Y no le parecía extraño.

Su madre, Dianne, había sido una mujer apasionada y libre que se quedó embarazada de un guitarrista mientras viajaba por Australia. Pero en la vida de Dianne no había espacio para dos bebés, así que las dejó en casa de su propia madre, Bess, quien las cuidó con todo su amor hasta el día de su fallecimiento.

Para entonces, Rachel y Amy tenían diez y doce años, respectivamente; y como Dianne había muerto de sobredosis y carecían de otros familiares que se pudieran hacer cargo de ellas, pasaron a ser responsabilidad de los servicios sociales del Estado.

Durante aquella época, se repitieron una y otra vez que se tenían la una a la otra y que no necesitaban a nadie más. Pero echaban de menos a su abuela Bess; extrañaban su afecto, sus historias, la certeza de pertenecer a una familia.

Amy pensó que, en cierta forma, Maud había ocupado el lugar de Bess. Y le estaba agradecida a ella y a Hugo, el soldado de hombros anchos que conducía el vehículo.

Mientras lo miraba, se preguntó cuántos nietos habrían sido capaces de dejar sus obligaciones para acompañar a su abuela en un viaje. Entonces, se acordó del imperio de los Thurston y cayó en la cuenta de que seguramente se vería obligado a abandonar el ejército para asumir la dirección de los negocios de su familia.

Al parecer, la vida de Hugo Thurston estaba a punto de cambiar radicalmente. Si no había cambiado ya.

Sacudió la cabeza y se dijo que eso no era asunto suyo. Acarició a Buster, se giró hacia la ventanilla y se dedicó a admirar el paisaje.

Momentos después, divisó el cauce del río Finke; estaba seco, pero daba la impresión de que una gran acometida de agua acababa de limpiarlo de arriba abajo, dejando una arena increíblemente clara y llena de líneas y dibujos extraños, como si fuera un cuadro surrealista.

–Es fantástico, ¿verdad? –Hugo habló en voz baja, para no despertar a Maudie y a Rachel.

–Sí, es mágico. ¿Lo habías visto antes?

–Mi abuelo me trajo una vez. Solo está así tras la estación de las lluvias –respondió–. ¿Quieres que paremos y demos un paseo?

Ella no lo dudó.

–Por supuesto.

Salieron del coche y se dirigieron el cauce. Buster, que generalmente era un perro de lo más tranquilo, lo empezó a olisquear todo y salió corriendo, entusiasmado con la aventura. Parecía haber olvidado que estaba cojo. Saltaba y daba vueltas una y otra vez, feliz.

A Amy se le hizo un nudo en la garganta.

Habían sido dos años muy difíciles. Amy se sentía culpable de la tragedia de su hermana porque, al fin y al cabo, era quien le había presentado a Ramón. Obviamente, ella no podía saber que tras la sonrisa de aquel bailarín encantador se ocultaba un egoísta y un canalla que le haría la vida imposible, pero se sentía culpable de todas formas.

Y luego llegó el accidente. Ramón solo sufrió heridas leves, pero ella estuvo a punto de morir y perdió al bebé que esperaba.

Rachel cayó en una depresión tan profunda que, meses después, Amy tomó la decisión de dejar el ballet, cuidar de ella y llevársela a Darwin para empezar una nueva vida. De hecho, era lo único que podía hacer. No podía bailar con Ramón sin sentir el deseo de asesinarlo y, por otra parte, su cuerpo ya no respondía bien a las exigencias del ballet profesional.

–Es increíble. Corre como si no fuera cojo... Muchas gracias, Hugo. Si no nos hubierais invitado a viajar en vuestro coche, el viejo Buster no habría tenido esta experiencia.

–No me des las gracias. Ha sido un placer.

Amy se volvió hacia él y vio que no miraba al perro, sino a ella.

Estaban tan cerca que no se pudo resistir a la tentación de

tocarlo. Le puso una mano en el brazo y él se acercó un poco más y cerró las manos sobre su cintura.

Amy todavía se estaba preguntando si aquel contacto era propio de amigos o de amantes cuando Buster regresó, se frotó contra sus piernas y empezó a dar saltos. Hugo rompió a reír y ella no se pudo contener; puso las manos en el suelo y dio varias volteretas laterales, aprovechando que llevaba ropa cómoda: una camiseta y unos leotardos como los que se ponía en los ensayos del ballet.

No había bailado en muchos meses. Un día, se cansó y colgó las mallas. Pero allí, en el cauce de aquel río, con el sol en la cara y Buster haciendo piruetas, su cuerpo parecía bailar solo.

Amy era consciente de que la presencia de Hugo no era ajena a su súbito entusiasmo. En poco tiempo, se había ganado su amistad. Y se dijo que, como amigo que era, no le importaría que se portara como una loca durante un rato.

Dio seis volteretas más y, cuando se detuvo, mareada y feliz, él la tomó de la mano y estalló en carcajadas como si se sintiera tan libre como ella.

Entonces, alguien aplaudió. Eran Rachel y Maudie, que habían salido del coche y los estaban mirando.

–¡Bocadillos! –gritó Maudie–. ¡Estoy hambrienta! ¿Ya ha terminado la función? ¿O solo es el intermedio?

Rachel rio y llamó a Buster, que pegó un par de saltos más y corrió hacia su ama y hacia los bocadillos.

–¿Nos vamos? –preguntó Hugo.

Amy asintió y volvió con él al coche, sin soltarle la mano. Se sentía como si la arena del suelo estuviera flotando y sus pies flotaran con ella.

Hugo conducía. A su lado, Maudie charlaba e intercambiaba impresiones con Rachel y Amy, que iban en el asiento de atrás. Pero él se mantenía al margen.

Estaba confundido.

La había tomado de la mano, había paseado con ella, había reído con ella e incluso había cerrado los dedos alrededor de su cintura.

Amy era adorable. No había nada malo en que le gustara.

Salvo por el hecho de que él no mantenía relaciones con mujeres que no habrían podido sobrevivir en su mundo, tanto si se trataba de los campos de batalla de Iraq o Afganistán como si se trataba de los salones donde se jugaba el destino de Thurston Holdings, la

empresa que había heredado de su abuelo.

Además, se dijo que no tenía derecho a arrastrarla a una vida como aquella, con desconocidos que sacaban fotografías en un tren para venderlas a los periódicos.

Hasta él mismo se sentía atrapado.

Mientras pensaba en Amy, se acordó de la vieja cajita de música con la que su abuela le dejaba jugar cuando era un niño. Al abrirla, aparecía una bailarina pequeña y frágil que giraba al ritmo de la música.

Una bailarina como ella. Ajena a los soldados, a las guerras, a los medios de comunicación y a los problemas de cualquier imperio económico.

Echó un vistazo al retrovisor y la miró. Se estaba riendo por algo que Maudie había dicho.

Inmediatamente, recordó las recomendaciones del Ejército para situaciones de peligro. No dejarse llevar por las emociones. No implicarse. Resistir hasta que la zona fuera segura.

Pero Amy reía.

Y la zona no era segura.

Había encontrado un campo de minas y caminaba hacia él.

Cuando llegaron al hostal donde habían reservado habitación, Amy supo que tenía un buen problema.

Era un establecimiento limpio y de aspecto agradable. Pero también parecía divertido. Excesivamente divertido. En cuanto el coche se detuvo, se vieron rodeados por un grupo de jóvenes de ambos sexos.

–¡Bienvenidos! –gritó alguien–. ¡Llegáis a tiempo para la barbacoa! ¿Habéis traído bebidas?

–La primera copa corre de nuestra cuenta –declaró otro–, pero estamos cortos de existencias. ¿Podríais ir a comprar? Como tenéis coche...

Amy se maldijo para sus adentros. Si hubiera estado sola, habría sido un buen sitio para quedarse; pero era responsable de Rachel y de Buster.

–No os podéis quedar aquí –dijo Maud, tajante.

Rachel tomó de la mano a la abuela de Hugo. Se había puesto tan tensa que Amy habría aceptado la invitación de Maudie en ese mismo momento.

Pero no quería compartir casa con él.

Le gustaba demasiado, le atraía demasiado, era demasiado

peligroso.

–¿Podríamos quedarnos con vosotros, Maudie? –dijo Rachel–. Me gustaría mucho.

Amy se llevó una sorpresa. Era la primera vez, desde el accidente, que su hermana tomaba una decisión.

Ahora solo podía hacer dos cosas; decirle que se callara o dejar que las cosas siguieran su curso.

Miró a Hugo y se preguntó si sería capaz de compartir casa con él sin terminar en su cama. Y la respuesta fue afirmativa. Por supuesto que podía. Durante su carrera profesional, había aprendido a convivir con bailarines en situaciones que nunca estaban exentas de tensión. El truco consistía en mantener las distancias y la calma.

Además, se dijo que no se iban a alojar en casa de Hugo, sino de Maud; y que Hugo sería un simple detalle secundario.

Pero un segundo después, cuando lo volvió a mirar, supo que se estaba engañando a sí misma. Hugo Thurston era cualquier cosa menos un detalle secundario.

Al final, aceptaron la oferta de Maudie. Hugo tomó dirección sur y enseguida pudieron ver el Uluru, Ayers Rock. Aún se encontraba a veinte kilómetros de distancia, pero a Amy le pareció lo más impresionante que había contemplado en su vida.

–Para –ordenó.

Hugo paró, obediente.

Ya había anochecido. Amy había supuesto que no verían nada, pero la luz de la luna bañaba la interminable extensión del desierto y el antiguo y enorme monolito que se alzaba desde la oscuridad.

No lo podía creer. Habían llegado al lugar del que su abuela les hablaba cuando Rachel y ella eran niñas.

–Me siento como si hubiera vuelto a casa –susurró Rachel.

Nunca habían tenido un hogar en el sentido estricto del término. Durante sus días con Bess, vivieron en una sucesión de habitaciones y pisos de alquiler desvencijados porque el dinero de su abuela no daba para más. Y cuando Bess murió, vivieron en una casa de acogida.

Para Amy, el ballet había sido su único hogar; para Rachel, la universidad. Pero siempre, en el fondo de su pensamiento, habían llevado el recuerdo del hogar de su abuela, Uluru.

–¿Vuestra familia procede de aquí? –preguntó Hugo.

–Sí, nuestra abuela nació en esta zona –contestó Amy–. Se

marchó cuando era una niña y no volvió. Esta visita es muy especial para nosotras.

–Lo comprendo.

Hugo dio media vuelta y se alejó para concederles la intimidad que necesitaban en aquel momento. Se retiró sin dar explicaciones, en silencio, por un elemental sentido de la cortesía. Y Amy se emocionó.

Aunque no supo por qué.

Seguía convencida de que sus sentimientos hacia Hugo no eran más que una debilidad transitoria; una debilidad que allí, en un sitio tan simbólicamente importante para ellas, desaparecería.

–Buster está nervioso –dijo Maudie–. Tendrá que hacer sus necesidades...

Amy sonrió para sus adentros y se hizo cargo del perro. El comentario de Maudie la había devuelto a la realidad de las cosas prácticas, de las verdaderamente importantes. Y si no quería caer en un abismo emocional como el de Rachel, sería mejor que lo recordara.

Además, Hugo era un soldado y un Thurston.

Pertenecía a dos mundos donde no había espacio para una mujer como ella.

Amy se quedó asombrada cuando llegaron al camino de la propiedad. De repente, el árido desierto había dado paso a un verdadero vergel.

–¿Qué es este sitio? –preguntó.

–Las minas de mi familia están al sur –explicó Hugo–, pero a mi abuelo le encantaba este lugar y decidió construir una casa de campo. Se supone que era para los directivos de la mina, pero siempre fue el refugio personal de mis abuelos.

–Es increíble...

Hugo sonrió.

–¿Sí, verdad? Los jardines se mantienen gracias a un río subterráneo. Mi abuelo plantó la mayoría de los árboles... por la mañana, a primera hora, se pueden ver animales de todas las especies del lugar, que se acercan al agua. Pero si te parece bien, podríamos entrar en la casa. Así podrás decirme si nuestro hogar está a la altura del hostal donde habíais reservado habitación.

La casa resultó ser un edificio largo y bajo, rodeado por un porche que parecía fundirse con la espesura.

–¿Nadie vive aquí? –se interesó Amy.

–No. Scott y Wendy tienen su propia casa en la parte trasera de la propiedad –intervino Maud–. Scott se encarga de los jardines y Wendy es el ama de llaves.

–No os preocupéis. Nos están esperando –dijo Hugo–. Como cabía la posibilidad de que fuéramos cuatro, les puse sobre aviso y han preparado cuatro dormitorios. Bienvenidos a Natangarra.

Hugo abrió las puertas y Amy contuvo la respiración. El interior de la casa era digno de un palacio.

–Incluso tiene piscina... –dijo Rachel.

–Sí, tuvimos que ponerla dentro, en el patio interior, porque los canguros se la habrían adjudicado si la hubiéramos puesto afuera –declaró Maud–. Pero en la parte de atrás hay una buena laguna; os aseguro que los animales no pasan sed... Y ahora que hemos llegado, ¿cuáles son vuestros planes?

Amy miró la piscina y pensó que, si hubiera sido posible, su plan habría consistido en tumbarse junto al agua y dejar de preocuparse por la depresión de Rachel.

Pero su hermana le dio una sorpresa y respondió, animada:

–Me gustaría pasear por el Uluru. Sé que no estoy en condiciones de subir, pero me gustaría acercarme de todas formas. Y luego...

–¿Sí?

–Primero tenemos que hacer una cosa, algo privado; y después, enviaré a Amy a que recoja muestras de rocas. Pero no sé cómo lo vamos a organizar.

–Bueno, para eso está Hugo –dijo Maudie, encantada–. Necesita divertirse un poco.

–Dudo que hacer de chófer sea muy divertido –observó Amy–. ¿No tenéis un coche o una camioneta que nos podáis prestar? Así molestaríamos menos y Rachel y yo tendríamos más independencia.

–Sí –respondió Hugo, aparentemente aliviado–, claro que tenemos...

–Tonterías –lo interrumpió Maudie–. Te vendrá bien, Hugo; ya te has aburrido bastante conmigo. Y ahora, propongo que cenemos y que nos acostemos. Hugo os puede llevar al Uluru por la mañana. Solo tenemos cuatro días. Hay que aprovecharlos.

–¿No os vais a quedar más? –preguntó Amy–. Somos nosotras las que tenemos que volver al tren dentro de cuatro días... vosotros no estáis obligados.

–¿De dónde te has sacado esa idea? –replicó Maudie–. Nuestro plan es básicamente el mismo; un viaje desde Adelaida hasta Darwin. Cuando lleguemos allí, tomaremos un barco e iremos a

Broome. Y después...

Maud miró a Hugo antes de continuar.

–Después, Hugo tendrá que tomar una decisión. Tendrá que decidir si vuelve al ejército o asume la dirección de nuestra empresa.

Hugo no podía conciliar el sueño.

La cama era demasiado cómoda; la noche era demasiado silenciosa y, por si eso fuera poco, Amy dormía al otro lado de la pared.

Al final, salió de la habitación y se dirigió a la laguna de la parte de atrás de la casa. Originalmente, había sido un simple abrevadero, excavado en la tierra; pero con el paso del tiempo se había fundido con el paisaje y ahora era un espacio natural al que las criaturas de la noche se acercaban a beber.

Caminó con sigilo, como un soldado. Los animales de la noche hicieron caso omiso de su presencia y siguieron a lo suyo.

Hugo se sentó a pensar en una roca lisa desde la que se veía el Uluru, con la luna detrás. Un ualabí estaba bebiendo agua a su lado. Era la única compañía que necesitaba en ese momento.

Decisiones.

Volver a Afganistán o hacerse cargo de la Thurston Holdings.

Refugiarse en el peligro y la adrenalina de la vida de un soldado o asumir la dirección de la empresa de su abuelo.

Hugo tenía las aptitudes y los conocimientos necesarios para dirigir la empresa. Su abuelo le había enseñado desde la infancia y, más tarde, lo mantuvo informado con cartas semanales donde le contaba todo lo referente al día a día.

Durante veinte años, aquellas cartas habían sido el único lazo de Hugo con su hogar; pero hasta hacía poco, no se había dado cuenta de que también habían sido una lección continuada de dirección de empresas.

En el fondo, sabía lo que tenía que hacer.

Y sabía que no tenía elección.

Si no asumía su responsabilidad, Thurston Holdings se convertiría en una empresa como tantas. Si la asumía, podría usar el poder para hacer más bien del que jamás podría haber hecho como soldado.

Sin embargo, eso no era lo que le preocupaba. Su inquietud nocturna se debía a un asunto muy diferente; a una joven preciosa que daba volteretas en los cauces de los ríos secos.

–Soy un tonto –se dijo en voz alta.

Al ver que había asustado al ualabí y a varios animales más, sacudió la cabeza y se disculpó.

–Lo siento. Tengo que tranquilizarme.

Cuatro días.

Solo serían cuatro días.

Pero sorprendentemente, la perspectiva de pasarlos con Amy le preocupaba mucho más que la decisión de cambiar de vida y dirigir la empresa familiar.

Capítulo 6

MAUD estaba en su territorio y, en consecuencia, se comportaba como un general del ejército. Nadie le llevaba la contraria. Y Hugo, que la conocía muy bien, menos que nadie.

Desayunó tranquilamente y se dedicó a observar mientras su abuela presionaba a Rachel para que comiera algo. Le alegraba que estuviera ocupada con las dos invitadas; mientras las molestara a ellas, no lo molestaría a él.

–¿Se puede saber por qué sonríes? –protestó Maudie mientras servía un segundo café a Rachel–. Tienes trabajo que hacer, Hugo. Si no preparas el coche, se hará tarde y hará demasiado calor para salir.

–Sí, señora.

Hugo se levantó y se dirigió al coche.

–Me temo que Buster se tendrá que quedar en casa –continuó Maudie–. En la reserva del Uluru no permiten llevar mascotas.

Amy no se atrevió a discutir. Además, Wendy se mostró encantada de cuidar al perro en su ausencia y, poco después, Hugo llevó el coche a la entrada.

Cuando él vio que Amy llevaba el bolso grande, declaró:

–Deja a Buster con Wendy; lo cuidará bien. Llevarlo al Parque Nacional sería peligroso.

–No llevo a Buster.

–¿Ah, no? Entonces, ¿qué llevas? ¿Libros de recetas?

Hugo se había dado cuenta de que llevaba algo grande en el bolso y, naturalmente, había pensado que sería Buster. Pero las dos hermanas se habían puesto tan tensas y su expresión era tan seria que llegó a una conclusión de inmediato.

Debían de ser las cenizas de su abuela y, quizás, las del bebé de Rachel.

–Bueno, no seré yo quien compruebe su contenido –dijo con suavidad.

Amy se relajó un poco. Hugo sonrió y ella le dedicó una mirada de agradecimiento que le llegó al corazón.

No estaba acostumbrado a que lo miraran así.

Maudie no dejó de hablar sobre el Uluru. Y Hugo no la interrumpió porque pensó que a todos les venía bien su cháchara.

De vez en cuando, echaba un vistazo al retrovisor. Rachel estaba pálida y su hermana le agarraba la mano con ternura.

Cada vez que miraba a Amy, se le hacía un nudo en la garganta.

Le prometía en silencio que ya faltaba poco; que después de tantos años, podría liberarse de su pesada carga.

Hugo lo sabía.

Amy se preguntó cómo se habría dado cuenta, pero se dijo que carecía de importancia. Era como si pudiera adivinar sus pensamientos. Y no habría sabido decir si le agradaba o le desagradaba.

Cuando llegaron a la base del Uluru, salieron del coche y avanzaron por un camino de tierra. Al cabo de un rato, Hugo comentó a Maudie que había visto unos árboles que tal vez le gustaría plantar en los jardines de la casa y se la llevó con él, dejándolas a solas con el contenido del bolso.

Amy miró a Rachel y asintió. Había llegado el momento.

Durante años, las cenizas de Bess habían descansado en una urna del columbario de la ciudad donde vivían. Pero las suyas no fueron las únicas que las dos hermanas lanzaron aquella mañana a las aguas de un arroyo; también estaban las del bebé de Rachel.

–Es lo correcto –dijo–. Mi hija está ahora aquí, con nuestra abuela. Ha llegado el momento de superar el pasado y seguir adelante.

Rachel rompió a llorar. Amy se dio cuenta de que necesitaba unos minutos de soledad y se alejó un poco.

Momentos después, vio a Hugo en la distancia. Él la saludó con la mano y le lanzó una mirada intensa, como si le estuviera diciendo que se tomara todo el tiempo que quisiera, todo el que necesitara.

Amy cerró los ojos con gratitud. Hacia aquel lugar y hacia aquel hombre.

Por algún motivo, el hecho de que Hugo supiera lo de las cenizas y de que las comprendiera hacía que se sintiera mejor.

Quizás fuera una estupidez, pero no lo podía evitar.

Hugo enseñó a Maudie los árboles que le había mencionado. Y Maudie los miró con detenimiento, pero era demasiado lista y tenía

demasiada experiencia como para dejarse engañar con un truco tan fácil.

–No han venido solo por el paisaje –afirmó–. Supongo que ya lo sabes.

–Sí, lo sé.

Hugo le dijo lo poco que sabía al respecto.

–Son unas chicas encantadoras –comentó Maudie cuando su nieto terminó de hablar–. Pero Amy es… especial.

–Las dos son agradables.

–Oh, son mucho más que eso. Y es evidente que Amy confía en ti; si no confiara, no te habría contado lo de su hermana y ese bailarín –Maudie frunció el ceño de repente–. Pero espera un momento… si me lo has contado a mí, es porque sabes que a Amy no le importará. Lo cual significa que la conoces bien, a fondo.

–Maud…

–¿Sí?

–¿Adónde quieres llegar?

Su abuela lo miró con picardía.

–No seas tan susceptible, Hugo; no pretendo nada. Solo quería decir que Amy es una chica especial y que merece que la traten bien.

Cuando volvieron a la casa, Maud se retiró a su dormitorio, Rachel se fue a la piscina y Hugo entró en el despacho de su abuelo para sumergirse en los asuntos de Thurston Holdings y no pensar en Amy.

Pero poco después, oyó un ruido en el exterior y se asomó al balcón por curiosidad.

Amy estaba afuera, apoyada en la barandilla del porche. Llevaba una camiseta y unas mallas y hacía ejercicios de ballet, estirando sus músculos al límite.

Hugo sintió tanta envidia que estuvo a punto de salir y unirse a ella, pero se refrenó porque sabía que se habría detenido al instante y se dedicó a mirar. Maud le había comentado que Amy había sido una de las mejores bailarinas de Australia y, mientras la observaba, se preguntó qué habría sentido al tener que abandonar su vocación.

Volvió al sillón, se sentó y se fijó en los recortes de prensa que Wendy había dejado sobre la mesa; probablemente, para Maud. Había varias columnas sobre el fallecimiento de sir James y unas cuantas fotografías de sus abuelos, cuya autoría era, en algunos casos, de personas como el hombre que los había fotografiado en el

tren.

Eran personajes públicos, sujetos al interés público.

Si aceptaba la dirección de Thurston Holdings, él también tendría que asumir esa faceta de su trabajo.

Sin embargo, ya había tomado una decisión. Su vida estaba a punto de cambiar. Como la vida de Amy. Y durante unos momentos, coqueteó con la idea de que sus nuevas vidas encajaran de algún modo.

Después, sacudió la cabeza y se dijo que aquello no tenía sentido y que debía olvidar el asunto y concentrarse en el trabajo.

Que Maudie quisiera emparejarlo con Amy, no significaba que tuviera alguna posibilidad de conseguirlo.

Maud y Rachel se llevaban tan bien como una mano y un guante. Rachel era frágil y necesitaba que la cuidaran; Maud era fuerte y necesitaba cuidar a alguien, porque Hugo no le servía para ese papel.

A la mañana siguiente, cuando Maudie empezó a recoger cojines para que las tumbonas fueran más cómodas, Hugo pensó que tenía cosas más importantes que hacer. Y Amy debió de pensar lo mismo, porque dijo:

–Creo que voy a dar un paseo.

Maudie sonrió.

–Es una idea excelente. Pero espera un momento, por favor. ¿Hugo?

–¿Sí?

–Rachel me ha recordado que necesita rocas de las Olgas, así que he trazado un plan.

–¿Un plan? –preguntó él con cautela.

–Hace un día precioso para salir a pasear. Le he pedido a Wendy que prepare comida para Amy y para ti. La podéis llevar en el viejo macuto de James y aprovecharlo para cargar las rocas... Ah, me encantaría ser más joven y poder acompañaros.

Hugo pensó que su abuela no tenía el menor interés por acompañarlos. De hecho, los miraba de forma maquiavélica.

–Me alegra que os guste la idea –continuó Maudie–. Antes de salir, poneos crema solar y unas buenas botas... ¿Tienes botas de montaña, Amy?

–Yo...

–Tened cuidado. No quiero que os perdáis. Si no aparecéis antes de medianoche, organizaré una batida para buscaros.

–Dudo que sea necesario, abuela –protestó Hugo.

–De todas formas, se me acaba de ocurrir que Rachel y yo podríamos salir a vuestro encuentro a última hora de la tarde, en el coche. No te importa pasar el día conmigo, ¿verdad, Rachel?

Rachel sacudió la cabeza.

–No, en absoluto.

Maudie sonrió de oreja a oreja.

–En ese caso, no hay más que hablar. Pero, ¿a qué estáis esperando? Marchaos de una vez... y divertíos.

Había cuarenta kilómetros hasta las Olgas. Y durante los quince primeros minutos de conducción, Hugo hizo lo que hacía siempre cuando se sentía incómodo, guardar silencio y encerrarse en sí mismo.

Sin embargo, la paciencia de Amy no duró más.

–Sé que Maudie te ha extorsionado vilmente, pero ¿es necesario que interpretes el papel de mártir?

–¿Cómo?

–Tu abuela y tú habéis sido muy generosos al permitir que nos alojemos en vuestra casa. Y Maudie ha sido aún más generosa al pedirte que me llevaras a las Olgas... Sé que no podías hacer otra cosa, pero yo tampoco podía. Estamos juntos en esto, Hugo. No te enfurruñes conmigo.

–No estoy enfurruñado –protestó.

–¿Ah, no?

–No. Es que me gusta el silencio.

–Como quieras... pero si vamos a estar juntos, podríamos mantener algo parecido a una conversación.

–Las conversaciones no se me dan bien, Amy.

–No, supongo que no –dijo, pensativa–. A fin de cuentas, eres un hombre de acción... ¿Te disgusta la idea de dejar el ejército y dirigir la empresa de tu abuelo?

–No –contestó, brusco.

Hugo no dio más explicaciones, pero Amy insistió.

–Está bien, cambiaré de tema. ¿Alguna idea?

–No me apetece hablar.

Ella lo miró con detenimiento y asintió.

–Está bien. Enfurrúñate tanto como te apetezca. Incluso es posible que yo también me enfurruñe.

Hugo le lanzó una mirada rápida y contempló el gesto decidido de su boca y el brillo de rabia en sus ojos.

Casi estuvo a punto de ceder.

Pero no cedió.

Si no podía estar solo, al menos tendría silencio.

Cuando llegaron a su destino, él se puso el macuto grande a la espalda y empezó a andar. Amy se puso el pequeño y lo siguió por el camino que Rachel les había indicado, el del Valle de los Vientos, que según decían era el más bonito del lugar.

Hacía calor, aunque la brisa de las montañas y el agua que se echaban de vez en cuando, al pasar junto a alguno de los arroyos, les mantenía frescos. No se veía a nadie por ninguna parte. En apariencia, estaban completamente solos. Pero Amy pensó que las peñas de aquel sitio eran tan grandes que podrían haber ocultado una multitud y ni siquiera se habrían dado cuenta.

Al cabo de un buen rato, cansada de seguirlo en silencio, preguntó:

–¿Por qué vas tan deprisa? ¿Tienes miedo de que me abalance sobre ti?

Él se giró y sonrió levemente, pero no se detuvo.

–Qué tontería.

–Hugo no me abalanzaría sobre ti ni aunque me pagaras por ello... ¿Quieres parar de una vez? Si mi presencia te molesta tanto, dame la mitad de la comida y la mitad de las rocas de Rachel. Nos iremos por caminos separados y nos encontraremos más tarde, junto al coche. Yo no tengo la culpa de que Maud quiera emparejarnos.

Hugo se detuvo y Amy miró a su alrededor.

El paisaje era espectacular, pero en ese momento carecía de interés para ella. Hugo se había detenido y, en consecuencia, se sentía obligada a decir algo.

–¿Qué te pasa? –preguntó–. ¿Es por mí? ¿O es por otra cosa?

Hugo no dijo nada.

–¿Es que no quieres estar aquí? ¿Preferirías estar en Afganistán o en el despacho de tu abuelo? –insistió–. Me parece increíble que te dejes dominar por un enfado infantil cuando nos encontramos en uno de los lugares más bellos de Australia.

–No estoy enfadado.

–¡Claro que lo estás!

Amy lo dijo tan fuerte que el eco de la frase resonó durante unos segundos interminables en las paredes del Valle de los Vientos.

La situación le pareció tan ridícula que estuvo a punto de reír; sobre todo, porque la seriedad de Hugo había desaparecido y ahora

la miraba con perplejidad, como si le pareciera la mujer más rara del mundo.

Podía hacer dos cosas; dejarse llevar por su humor o aferrarse a la frustración que había acumulado.

Y eligió la segunda.

–Deberíais habernos dejado en el hostal.

–¿Por qué lo dices en voz tan baja? –se burló Hugo–. Grita otra vez y así se oirá en todo el valle…

La frustración de Amy se convirtió en irritación absoluta. De repente, estaba tan tensa que necesitaba hacer algo para relajarse; cualquier cosa con lo que pudiera liberar un poco de energía.

Se giró hacia el valle y gritó, con todas sus fuerzas:

–¡Deberíais habernos dejado en… !

Hugo la agarró y le tapó la boca.

Ella se retorció con furia y él le destapó la boca; pero le puso las manos en los hombros, como si estuviera dispuesto a tomar medidas si volvía a gritar.

–Suéltame, Hugo. ¿O quieres que vaya más lejos?

–¿Más lejos? ¿Adónde? –preguntó con sarcasmo.

Amy no se pudo resistir.

Hugo tenía las manos en sus hombros. Era la posición perfecta.

Y lo hizo.

Capitulo 7

HUGO no tuvo tiempo de reaccionar.

Cuando se quiso dar cuenta, se sorprendió tumbado en el suelo, de espaldas, mirando el cielo azul.

Lo habían derribado.

Una joven mucho más baja que él, una bailarina, lo había derribado. Había tumbado a un comando de élite como si fuera un simple muñeco.

Ella retrocedió y se quedó esperando a una distancia prudencial, para saber si podía estar tranquila o debía salir corriendo.

Él la miró y su enfado se esfumó de golpe. Amy tenía una nariz preciosa y un cuerpo extraordinariamente sexy.

Clavó la vista en el cielo, contempló el halcón que pasaba en ese momento sobre su cabeza y consideró la posibilidad de quedarse allí un rato; en parte, para pensar en lo sucedido y, en parte, para asustar a Amy.

–¿Te he hecho daño? –preguntó ella.

–Sí, creo que sí.

–Oh, Hugo...

En la voz de Amy había miedo. Imaginaba que un hombre como él, experto en combate, se habría llevado muchos golpes parecidos; pero lo había tirado sin comprobar antes que no hubiera piedras u otros objetos peligrosos en el suelo.

–Descuida. Solo has hecho daño a mi orgullo.

Ella se sintió aliviada.

–Bueno, mientras no haya aplastado los bocadillos...

Él sonrió.

–No, están dentro de un recipiente de plástico. Lo sé porque lo tengo clavado en la base de la columna.

–Menos mal... había olvidado que llevas la comida.

–¿Y qué habrías hecho si te hubieras acordado? ¿Pedirme que me quitara el macuto y derribarme después?

–No. Te habría tirado de lado.

Él se sentó y la miró con incredulidad.

Ella le lanzó una mirada desafiante, pero también de preocupación.

–¿Qué ha sido eso? ¿Kárate? –preguntó Hugo.

–No, taekwondo.
–¿A las bailarinas os enseñan artes marciales?
Amy se relajó un poco.
–Mi abuela nos enseñó que una mujer debe saber defenderse. Nos envió al gimnasio cuando éramos niñas... de hecho, no habría descubierto el ballet si no hubiera sido por las artes marciales. Mi instructora me dijo que yo tenía una habilidad natural.
–¿Rachel también sabe derribar a un hombre?
–A cualquiera.
–Y pensar que os he invitado a mi casa...
–No te preocupes; somos pacíficas. Solo nos defendemos cuando nos atacan y, a diferencia de un hombre que yo me sé, no vamos por ahí con ametralladoras. Nos defendemos con nuestros músculos.
Hugo rompió a reír. No lo pudo evitar. Quizás no fuera una amenaza, pero debía reconocer que Amy era absolutamente encantadora. Y por otra parte, ella tenía razón; no era responsable de que Maudie estuviera empeñada en emparejarlos.
Se quitó la mochila y la abrió.
–Muy bien. ¿Qué te parece si declaramos una tregua?
–Me parece perfecto.
–¿Quieres un bocadillo?
Ella no se movió. Seguía a diez pasos de él, manteniendo las distancias.
–Te aseguro que los bocadillos no están cargados –siguió Hugo–. Según creo, solo llevan huevo y lechuga en un caso y carne y lechuga en otro.
–Siento haberte derribado, Hugo.
–No, solo lo sientes porque no has pensado que yo llevaba los bocadillos.
–¿Me prometes que no te vas a vengar?
Él asintió.
–Te lo prometo. Ya no soy un hombre de acción.
–¿En serio?
–En serio.
Ella siguió sin moverse.
–¿Insinúas que vas a dejar el ejército y que tu vida se va a volver aburrida de repente?
Hugo se quedó atónito. Amy había derivado la conversación de tal forma que ahora estaban hablando de su vida.
–Como tú con el ballet –respondió–. Nos pondremos zapatillas de andar por casa y nos dedicaremos a frotarnos los pies frente al fuego.

–No creo que vayas a dirigir Thurston Holdings en zapatillas.

–Eso lo dices porque no me has visto en la presidencia de la empresa –ironizó–. Venga, acércate y come.

Amy se acercó, se sentó a cierta distancia de él, alcanzó un bocadillo y se comió la mitad antes de volver a hablar.

–¿Te ves como ejecutivo de una gran empresa?

Él respondió con rapidez. Era una pregunta fácil.

–No. Me veo como soldado.

–Pero a pesar de eso, lo vas a dejar...

–En efecto.

–Será un gran cambio –observó ella–. De los solitarios campos de Afganistán, a las salas de reuniones y las portadas de la prensa.

–Bueno, no puedo decir que la prensa me agrade, pero tampoco es para tanto; cuando necesite estar solo, vendré aquí. Mi abuelo construyó la casa precisamente por eso, para tener un sitio donde nadie lo molestara.

–Supongo que ser un personaje público debe de ser terrible...

–Ni te lo imaginas.

–¿Te asusta?

–No.

–Pero seguro que te incomoda, ¿verdad?

–¿Por qué lo dices?

–Bueno, tengo entendido que a tus padres les gustaba salir en la prensa. ¿Por eso te alistaste en el ejército?

Hugo ya iba a responder cuando ella se disculpó.

–Lo siento, no debería habértelo preguntado. No es asunto mío... ¿Puedo comerme otro bocadillo?

–Por supuesto. Hay tres más.

–Y supongo que querrás que cierre la boca...

Hugo volvió a sonreír.

–Tú lo has dicho.

–Está bien.

Amy dejó de interrogarlo. Se comió el segundo bocadillo, dio cuenta de una manzana y echó un buen trago de agua mientras contemplaba el paisaje. Luego, se tumbó tranquilamente y se dedicó a esperar a que él terminara de comer.

Hugo la miró y pensó que era tan irritante como irresistible.

–Puedes hablar, Amy. Ya no estoy enfurruñado.

–Calla...

–¿Que me calle?

–Sí, estoy pensando.

–¿En qué?

–En un plan.

–¿Y se puede saber de qué plan se trata? –preguntó, asombrado con su capacidad para sorprenderlo.

–Intento encontrar la forma de que puedas soportar a los medios de comunicación. Tu abuelo lo hacía muy bien. Era magnífico.

–Pero nunca lo dejaban en paz.

–Porque era encantador y demasiado amable –dijo, pensativa–. Solo se mostraba duro cuando se metían con Maud; entonces, se enfadaba mucho. Aunque la ira tampoco es muy recomendable... atrae la atención de los medios y tiende a dañar la imagen pública.

Hugo la dejó hablar.

–Por otra parte, es normal que Maud y sir James salieran en la prensa. Ella era preciosa y él, un hombre poderoso y con un fuerte sentido de la dignidad –Amy lo miró con atención–. Me temo que no podrás escapar de los periodistas. Eres soldado y, además, muy sexy. Un objetivo seguro para las revistas del corazón... pero se me ocurre una idea.

–¿Cual?

–Que te tiñas el pelo de un color rubio ceniza y que empieces a llevar jerséis de lana, para dar una imagen de hombre familiar. Eso no le interesa a nadie.

Hugo se quedó asombrado.

–Y también tendrías que cambiar de actitud.

–¿Cambiar de actitud?

–Sí, claro. Cuando algún periodista te haga una pregunta, deberías responder de forma mortalmente aburrida. Por ejemplo, si se interesan por las acciones de Thurston Holdings, deberías responder con una conferencia sobre la Bolsa en la década de 1990 y relacionarla con algo como el clima.

–Como el clima –repitió él, atónito.

–Por supuesto. Podrías afirmar que el precio de las acciones varía tanto como el tiempo y contar alguna anécdota que aburra un poco más... Supongamos que ese día hace viento. Puedes decir algo así como «por cierto, ¿se han fijado en lo difícil que es leer el periódico cuando hace viento? Las páginas son tan grandes que se vuelan». Y a continuación, podrías añadir que deberían hacerlos más pequeños.

Hugo no dijo nada. Se había quedado sin habla.

–Pero eso son detalles. Si quieres que la prensa te deje en paz, necesitarás algo más contundente... ¿Qué podría ser? Ah, sí, ya lo tengo. Una esposa que tenga bigote y que se muestre especialmente interesada por algo absurdo, como la propagación de los nabos –

dijo, sonriendo–. Y a ser posible, deberíais tener seis niños tontos que también adoren los nabos y cuyo interés por las drogas se limite al fertilizante para nabos.

Amy arrugó la nariz y añadió:

–Creo que con eso bastará. Tendrás que planificarlo un poco, pero eres soldado y los planes se te dan bien. Y ahora, ¿podemos seguir con nuestro día?

–Supongo que sí…

–Excelente.

Amy se llevó una mano al bolsillo, sacó las notas que Rachel le había dado y las comprobó con rapidez.

–Parece ser que la peña que tenemos a la derecha es nuestro primer objetivo. Rachel quiere una muestra de rocas de la parte superior… ¿La sacas tú? ¿O la saco yo? Llevo un pico pequeño en la mochila, así que puedo hacerlo yo misma.

–¿Llevas un pico? Pero si has dicho que no vas armada… –dijo con humor–. No sé, quizás sea mejor que vayas sola. No me atrevo a acompañarte.

Ella empezó a recoger las sobras de la comida.

–Te prometo que no te atacaré con el pico ni con mis conocimientos de artes marciales. Pero si quieres que nos vayamos por caminos separados, me parece bien.

–No, no será necesario.

Él se levantó y se puso el macuto mientras hacía esfuerzos por contener la risa y por concentrarse en cualquier cosa que no fuera Amy.

Pensó en las notas de Rachel.

Y pensó en las Olgas.

Pero no sirvió de nada. Amy seguía ocupando el centro de su atención. Era una mujer impresionante.

Trabajaron durante dos horas seguidas, sin descanso. Sacaron las muestras y las fotografías que Rachel necesitaba y se divirtieron mucho. La situación había cambiado radicalmente. Los dos estaban relajados.

Fue un trabajo duro, pero el tiempo era magnífico y tenían agua y crema de sobra para protegerse del sol. Además, Hugo se llevó una grata sorpresa al comprobar que Amy podía seguir su ritmo sin dificultades; se movía por la montaña con tanta naturalidad como él, que había recibido formación militar. Era evidente que no había dejado el ballet porque tuviera problemas físicos.

Y decidió averiguar el motivo.

–¿Por qué dejaste de bailar?

Amy, que estaba sacando otra muestra de roca, sonrió.

–No deberías preguntar eso...

–¿Por qué?

–Porque te arriesgas a que te suelte una conferencia sobre el precio de las acciones, el viento y el tamaño de los periódicos.

Él sonrió.

Estaba encantado con ella.

Le gustaba tanto que hasta consideró la posibilidad de que se hubiera enamorado, aunque la desestimó. Eso era imposible. La gente no se enamoraba en un par de días. Y él no se enamoraba nunca, ni en un par de días ni en un mes.

Pero unos segundos más tarde, mientras ella se afanaba por encaramarse a una pared, la miró y tuvo dudas.

Amy se giró de repente y preguntó:

–¿Por qué te has detenido? ¿Es que estás cansado?

–No.

–¿Quieres sentarte un rato?

–Amy...

–Estoy pensando que el ejército australiano debería imponer clases de ballet a los soldados. Así serían más duros.

Amy siguió escalando. Cuando llegó arriba, se quedó mirando algo y dijo:

–¿Hugo?

Él notó que su voz había cambiado. Parecía preocupada.

–¿Qué pasa?

–Aquí hay un ualabí.

Hugo la alcanzó enseguida.

El animal, una hembra, estaba a unos quince pasos de Amy.

–Ya veo...

Los ualabís eran unas criaturas parecidas a los canguros, que saltaban por los riscos de las montañas con una facilidad asombrosa. Hugo había visto unos cuantos durante la mañana, pero muy brevemente, porque preferían descansar a la sombra durante las horas de calor.

Entonces, notaron un movimiento en el cielo y se dieron cuenta de que un águila estaba acechando al animal. Si no hubiera sido por su presencia, la rapaz habría atacado al ualabí y se lo habría llevado.

–Estará herida –dijo ella.

–Amy, no podemos...

–Sí, sí, lo sé –lo interrumpió–. No podemos llevarnos un ualabí y pagar una fortuna a un veterinario para que la salve, pero…

–¿Te has fijado en la bolsa? Está muy grande, lo cual significa que debe de tener una cría. Pero no la veo por aquí.

Él se acercó al animal lentamente, con cautela. El ualabí permitió que se acercara unos metros y luego pegó un salto y se alejó, demostrando que no estaba herido. Pero se alejó mucho menos de lo que habría sido normal.

Momentos más tarde, Hugo descubrió el motivo de su extraño comportamiento.

Su cría se había caído en una grieta del terreno y no podía salir. Era una grieta ancha, de más de dos metros de profundidad.

–Ya he descubierto el misterio…

Hugo se puso de cuclillas y consideró la situación. Estaban en un Parque Natural y no tenían derecho a interferir en los asuntos de la Naturaleza. Si salvaban a la cría de ualabí, dejarían al águila sin comida.

–Oh, no… –Amy se detuvo a su lado–. ¿Cómo lo podemos sacar?

Él se encogió de hombros.

–Supongo que no tendrás una escalera, ¿verdad?

–No.

Hugo volvió a mirar la grieta. Carecía de huecos o asideros en los que apoyarse para bajar primero y subir después. No encontró más solución que hacer una cuerda, pero no había nada adonde la pudiera atar.

–Si hago una cuerda, ¿podrás conmigo?

–¿Contigo?

–Sí, para bajarme y subirme… no peso tanto como parece. Mis compañeros me han subido y bajado muchas veces –respondió.

–Podría bajar yo. Peso menos y sería más fácil.

Hugo pensó que tenía razón, pero sacudió la cabeza.

–No, no lo voy a permitir. ¿Qué pasaría si te quedas atascada?

–Que tendrías que bajarme el agua y el resto de la comida e ir a buscar ayuda. No sería un problema. Los guardias forestales llegarían enseguida.

–Y descubrirían que te metiste en esa grieta por intentar salvar a un animal.

–Bueno… si soy capaz de esconder a Buster en un tren, también seré capaz de esconder a una cría de ualabí –alegó–. Pero descuida, no me atascaré. Solo necesito que me bajes y que luego tires con fuerza. ¿Tienes un cuchillo?

–Sí, claro.

Ella sonrió con satisfacción.

–Entonces, solo tenemos que hacer la cuerda. Ofrecería mis pantalones con mucho gusto, pero quiero salir de aquí con alguna dignidad… además, no es necesario. Tenemos los macutos. Solo tenemos que cortar las cintas de uno y atarlas.

–Vaya, me dejas atónito. No me digas que en ballet os enseñan a hacer cuerdas…

Amy rio.

–No, lo aprendí por Buster.

–¿Por Buster?

–Cuando Rachel y yo estábamos en una casa de acogida, nos obligaban a que el perro durmiera fuera y lo dejaban en el jardín. Nosotras no estábamos de acuerdo, de modo que nos descolgábamos por la ventana y lo subíamos sin que se dieran cuenta.

–Comprendo –dijo, asombrado.

–Al principio, intentamos atar sábanas y bajar por ellas; pero es más difícil de lo que imaginas… terminamos por cortar una bolsa de viaje de Rachel, con la que hicimos una escala de cuerda –explicó.

–Increíble…

–Sí, ¿verdad? –declaró–. ¿Y bien? ¿A qué estamos esperando?

Hugo se hizo la misma pregunta. A qué estaban esperando.

Pero sintió el deseo irrefrenable de mirarla una vez más antes de sacar el cuchillo y empezar a cortar las cintas de los macutos.

Amy pensó que Hugo era un fabricante de cuerdas mejor y más rápido que ella. Cortó las cintas, comprobó que tenían la longitud y la resistencia necesarias y las ató con nudos verdaderamente impresionantes. Por lo visto, Hugo Thurston no se andaba con tonterías. Era un comando de élite y lo demostraba.

Tras mirarlo un momento, se giró hacia la hembra de ualabí y dijo:

–No tengas miedo. Las Fuerzas Armadas de Australia están a punto de salvar a tu hijo.

Él arqueó una ceja.

–Las Fuerzas Armadas no suelen dedicarse a salvar crías de ualabí.

–Pues deberían –dijo ella.

Amy alcanzó la cuerda y la probó.

–Parece fuerte, pero no pretenderás que me deslice…

–No tienes que deslizarte. Bajarás como si fuera una escalerilla.

Consiste en pasarte la cuerda alrededor de la muñeca y apoyar los pies en un nudo. Cuando quieras bajar al siguiente nudo, solo tienes que cargar el peso en los pies, pasarte la cuerda por la muñeca contraria y bajar un poco más.

–Como un profesional.

Hugo sonrió.

–Por supuesto. Lo haremos como profesionales o no lo haremos. Cuando llegues abajo, mete a la cría en el macuto y ciérralo. La subiré y luego te subiré a ti.

–Eres todo un soldado... –ironizó.

–Ah, no intentes meter a la cría sin más. Usa mi camisa.

–¿Tu camisa?

Él se la quitó y la tiró a la grieta.

–Sí. Se la echas encima y la metes en el macuto antes de que se dé cuenta de lo que ha pasado. No queremos que te muerda.

Ella asintió. Era un buen plan.

Pero se quedó sin aliento al contemplar el pecho de Hugo. Tenía un cuerpo perfecto. El cuerpo de un guerrero. Tan bello como para dejar atónita a una mujer que estaba acostumbrada a bailar con bailarines medio desnudos.

Mientras lo admiraba, se dio cuenta de que tenía una cicatriz en las costillas y no se pudo resistir a la tentación de tocarla.

–¿Qué te pasó? –preguntó, insegura.

–Es una herida de guerra. Casi todos los soldados tienen una.

Amy sabía que no tenía derecho a insistir, pero quería saber lo que le había pasado.

–¿Cómo te la hiciste?

Él sonrió una vez más.

–¿Quieres saber la verdad?

–Por supuesto.

–Me caí de la bicicleta cuando tenía ocho años. Pero no imaginas la cantidad de historias que me he invitado al respecto.

–Ah...

–Bueno, ¿no tenías tanta prisa por salvar al ualabí?

–Sí, claro.

Amy apartó la vista de su cuerpo y respiró hondo.

–No me dejes caer... –continuó.

–Descuida. No te soltaría por nada del mundo.

Bajar a Amy fue fácil. Pesaba poco y era fuerte, así que llegó al fondo de la grieta en cuestión de segundos.

Desgraciadamente, atrapar a la cría no resultó tan fácil. Hugo había supuesto que estaría herida o debilitada por la caída, pero estaba bien y se puso a saltar. Cada vez que Amy tiraba la camisa para intentar capturarlo, el animal saltaba de nuevo y se volvía a escapar.

–Amy...

–Calla. No tenemos prisa. Me lo tomaré con calma.

Él asintió y la dejó hacer.

Amy estiró la camisa como si fuera una bandera y avanzó de nuevo. La cría retrocedió y ella avanzó un poco más.

Repitió los mismos movimientos varias veces, sin perder la paciencia. Y al final, cuando ya parecía que sus intentos estaban destinados al fracaso, le echó la camisa encima, lo metió en el macuto y lo ató a la cuerda con tanta rapidez que ni el propio Hugo se dio cuenta de lo que había pasado.

Entonces, miró hacia arriba y sonrió.

–¿A qué esperas?

Hugo subió el macuto y dijo:

–Ahora te toca a ti. Pon los pies en un nudo y te subiré.

–Suelta primero a la cría. Necesita a su madre.

–La soltaré cuando estés arriba. No querrás perderte ese momento, ¿verdad? Además, el águila se lo pensará dos veces antes de atacar si estamos juntos.

Hugo sabía perfectamente que el águila no atacaría mientras él estuviera allí, pero utilizó ese argumento para que Amy subiera y dejara de protestar.

–Está bien...

Él le tiró la cuerda y Amy se aferró a ella.

–¿Seguro que puedes subirme a pulso? Peso más de lo que crees...

Hugo soltó un bufido y tiró hasta que llegó al borde de la grieta. Después, se inclinó, cerró los brazos alrededor de su cuerpo y la sacó.

Amy sintió la tentación de quedarse pegada a él, pero no le pareció el momento adecuado. En cuanto recuperó el equilibrio, se dirigió al macuto donde había metido a la cría.

–Llévalo más cerca de su madre –sugirió Hugo.

Amy se acercó un poco a la hembra y abrió el macuto. La cría salió disparada y la miró un momento, pero enseguida corrió hacia su madre y se metió en la bolsa.

Segundos después, los ualabís habían desaparecido.

–Ni siquiera nos han dado las gracias –bromeó ella,

parpadeando.

Hugo le dio una palmada en la espalda.

–Lo has hecho muy bien, Amy.

–No, el éxito es todo tuyo –dijo, parpadeando con más fuerza que antes–. Has hecho unos nudos tan grandes y firmes que cualquiera podría haber bajado.

Hugo pensó que tenía una forma encantadora de parpadear. De hecho, le gustó tanto que alzó una mano y le acarició la mejilla.

Amy sonrió con timidez.

–Hemos dejado al águila sin comida.

–Es cierto. ¿Qué te parece si le damos la carne del bocadillo que queda? También hay uno de huevo y lechuga, pero dudo que le guste.

–Oh, Hugo... –dijo ella, con voz súbitamente rota–. Todo esto es mágico. Este lugar...

–¿Sí?

–Mi abuela decía que era especial. Es una lástima que Rachel no haya podido ver lo que hemos hecho.

–No te preocupes. Se lo enseñaremos después.

–¿Después?

Hugo sacó el teléfono móvil y lo abrió.

Amy se llevó una buena sorpresa al ver que había sacado fotografías de todo el proceso, desde el momento en que lanzó la camisa a la cría hasta el momento en que abrió el macuto para soltarla y permitir que volviera con su madre.

–Como ves, los paparazzi no son los únicos que llevan una cámara a todas partes. Y soy mejor fotógrafo que ellos.

–Oh, Hugo...

Amy sonrió y volvió a sonreír.

Sonrió tanto que terminó por llorar, emocionada. Y al verla, Hugo pensó que su extraña combinación de sonrisas y lágrimas era lo más bonito y apasionante que había visto en toda su vida.

De repente, supo que tenía que hacer algo al respecto.

E hizo lo que habría hecho cualquier hombre en su posición.

Guardó el teléfono, llevó las manos a la cara de Amy y la besó.

Hugo ya la había besado antes, en el tren. La había besado por motivos prácticos, para engañar a Henry y al revisor.

Sin embargo, aquel beso no tuvo nada de práctico. Fue un beso de pasión, ardiente. Un acto que llevó a cabo porque lo deseaba con toda su alma; porque Amy era adorable, inteligente, preciosa e

irresistible.

Durante un momento, llegó a considerar la posibilidad de que hubiera tomado demasiado sol; a fin de cuentas, hacía calor y habían hecho mucho ejercicio. Pero la desestimó al instante porque sabía que el sol no tenía nada que ver.

Simplemente, le gustaba.

Se sentía como si Amy formara parte de él, como si fuera suya.

Y la deseaba.

Hugo estaba acostumbrado a ser distante. Lo había aprendido de pequeño, como respuesta a los dramas emocionales de sus progenitores, que saltaban de los gritos a las lágrimas y de las lágrimas al entusiasmo con la facilidad de un niño. Al final, terminó por odiar las manifestaciones emocionales excesivas. Y cuando se alistó en el ejército, pensó que las había dejado atrás para siempre.

Desde entonces, había mantenido relaciones amorosas con muchas mujeres. Siempre eran relaciones rápidas y satisfactorias, entre adultos que sabían lo que querían y que no esperaban nada más.

Pero Amy no se parecía a ninguna de las mujeres que habían pasado por su vida.

Y él no había sentido nada parecido a lo que sentía con ella.

Si no hubiera estado en campos de batalla, habría pensado que la emoción que lo embargaba era una descarga de adrenalina; pero había estado en muchos campos de batalla y había tenido más adrenalina en las venas.

Si no se hubiera acostado con mujeres preciosas, habría pensado que la emoción que lo embargaba era simple deseo; pero se había acostado con tantas que no se pudo engañar.

Aquello era otra cosa. Algo más profundo.

Sin embargo, dejó de pensar y se concentró en Amy, que se había aferrado a su cuello y lo besaba con tanta pasión como él; pero también con un fondo de ternura que le llegó al corazón y que le pareció un regalo precioso.

Le parecía asombroso que una mujer como ella lo deseara.

No creía merecer su afecto.

Pero se dejó llevar por el sabor de su boca, por el roce de sus senos contra el pecho y por el contacto de su cuerpo y de sus piernas, que parecían querer fundirse con él.

No quería pensar. No quería preguntarse si estaba haciendo lo correcto.

En ese momento ya no era ni un soldado ni un Thurston. Solo era un hombre enamorado de Amy Cotton.

Lo demás, carecía de importancia.

Amy no se pudo refrenar.

Si Hugo no se hubiera quitado la camisa, quizás habría podido resistirse; pero el contacto de su piel y la pasión de sus besos la estaban llevando a una dimensión desconocida.

Era como si su cuerpo ya no le perteneciera.

Era como si su cerebro hubiera dejado de pensar.

Solo quería apretarse contra él, fundirse con su cuerpo y sentir la energía que emanaba de Hugo y que la rodeaba.

Lo deseaba tanto que habría sido capaz de hacerle el amor allí mismo.

–Oh, Hugo...

–Amy...

Súbitamente, él se giró hacia la pared por donde habían subido. Amy no supo por qué hasta que vio que un grupo de turistas se acercaban en la distancia.

Hugo se apartó de ella a regañadientes.

–En fin, será mejor que nos vayamos –dijo con frustración–. Pero antes, llamaré a los guardias forestales.

–¿A los forestales? ¿Para qué?

–Para solucionar el problema de la grieta. Estamos en un Parque Nacional y, naturalmente, no se puede poner una valla alrededor para que no se caiga nadie... pero bastaría con un tronco. Y de paso, serviría para que los animales que se caigan, puedan escapar.

–Es una buena idea.

–Podría encargarme de ello.

–¿Tú?

–Claro, tengo una mina al sur de aquí. Podría organizar una cuadrilla y traer un tronco mañana mismo.

Amy se dio cuenta de que su súbito interés por la grieta no se debía tanto al suceso de la cría como a su necesidad de marcar las distancias. Por lo visto, Hugo no sabía qué hacer con lo que había pasado entre ellos. Se estaba recordando a sí mismo, y recordándole a ella, que era un Thurston.

Pero la confusión de Amy no era menor. No se imaginaba como amante de Hugo. Estaba allí por Rachel, no para enamorarse de un soldado.

–Gracias por el beso... –dijo con tanta firmeza como le fue posible–. Ha sido muy... placentero. Pero deberíamos regresar. Mi hermana necesita esas rocas.

–Claro...

–Sin embargo, ahora solo tenemos un macuto útil. Tendrás que llevarlo todo.

–Descuida, puedo llevarlo solo.

Ella se encogió de hombros con tristeza.

–Sí, supongo que los dos estamos acostumbrados a llevar cargas sin ayuda de nadie. Y puede que sea mejor así.

Capítulo 8

TRABAJARON con rapidez y de forma metódica. Recogieron todas las muestras que Rachel necesitaba y hablaron muy poco, casi nada; pero ya no era el silencio de aquella mañana, el de un hombre atrapado y una mujer irritada, sino el de dos personas que habían compartido un momento mágico y que no sabían qué hacer.

Si hubiera sido posible, Amy se habría retirado a algún lugar donde pudiera estar sola y valorar lo sucedido. Se sentía como si le hubiera alcanzado un rayo, se hubiera derretido y hubiera tomado forma de nuevo.

Era tan consciente de la presencia física de Hugo que su mente se negaba a dejar de pensar en él, así que se concentró en las instrucciones de Rachel y puso todo su empeño y su alma en el trabajo.

Pero no sirvió de mucho.

Su mente se negaba a cooperar. Estaba llena de imágenes y de sensaciones que escapaban a su control.

Y por si no tuviera problemas suficientes, se volvió a excitar cuando se inclinó para meter unas piedras en la mochila y rozó inadvertidamente a Hugo. Fue una sensación maravillosa; una descarga de necesidad pura que él también sintió.

Amy no necesitaba que lo reconociera en voz alta. Lo había notado. Estaba en su forma de apartar la mano y la vista con rapidez.

Por fin, iniciaron el camino de vuelta y se dirigieron al coche. Ella pensó que hablarían de algo, porque a fin de cuentas estaban en un lugar precioso y había muchas cosas que ver, pero se mantuvieron en silencio hasta que llegaron al vehículo.

–Se ha hecho tarde –dijo él.

–Sí.

–Si nos damos prisa, puede que lleguemos al Uluru antes de que anochezca.

–Ah, es verdad... había olvidado que Maud y Rachel tenían intención de salir a nuestro encuentro –comentó.

Subieron al coche y se pusieron en marcha. Por el camino, Amy se dijo que Hugo estaba fuera de su alcance y que, además, no encajaba en su vida. Ya había tomado la decisión de ir a Darwin,

empezar a trabajar y vivir con Rachel.

Desesperada, intentó concentrarse en las vistas. El sol se empezaba a ocultar y el cielo se había teñido de tonos rojos y dorados. Al fondo, el Uluru brillaba como una enorme roca de carbón que acabaran de sacar de un horno.

–Es por los feldespatos de cristales rosa.

–¿Cómo?

–El Uluru. Brilla por los feldespatos –explicó Amy–. Es mágico, ¿verdad?

–Sí, lo es. Pero me gustaría saber por qué tiene esos feldespatos...

–Tú deberías saberlo. Tienes una mina.

–Que he heredado de mi abuelo. Él era el especialista en esas cosas.

–Pero lo vas a sustituir, ¿no?

–Supongo que sí.

–¿Lo ves? Tendrías que haber venido con Rachel en lugar de venir conmigo. Ella lo sabe todo sobre los minerales.

–No... creo que te prefiero a ti, Amy.

Ella se ruborizó.

–Hugo...

–Sobre lo que pasó antes...

–Fue una tontería, algo sin importancia –dijo ella a toda prisa, nerviosa–. Lo siento mucho. Seguramente, tanto como tú.

–Yo no lo siento.

Ella se quedó sin habla.

No sabía qué decir.

–¿Qué harás cuando llegues a Darwin? –preguntó él, de repente.

Amy supo que había cambiado de tema para que no se sintiera atrapada y se sintió enormemente agradecida.

–Daré clases.

–¿De ballet?

–De educación física, ballet incluido.

–¿A quién?

–A adolescentes.

Amy le iba a dar más explicaciones, pero se detuvo en seco cuando volvió a mirar el Uluru.

–Dios mío...

Ahora estaban tan cerca que la masa de la montaña parecía ocupar todo el horizonte. Y aunque el sol se había ocultado unos segundos antes, el Uluru brillaba como si fuera el sol mismo, con una potencia asombrosa.

Hugo salió de la carretera y detuvo el coche en el aparcamiento de un mirador. Acababan de bajar cuando Maudie y Rachel aparecieron.

–Por fin llegáis...

–Pensábamos que os ibais a perder el espectáculo.

Rachel tomó a Amy de la mano y se la llevó casi a rastras.

–Ven a ver esto. Es precioso...

Hugo se quedó a solas con Maudie; pero naturalmente, su abuela no estaba interesada en las vistas del Uluru.

–¿Y bien?

–Y bien, ¿qué?

–¿Qué ha pasado? Tu camisa está rota.

Él bajó la mirada y se dio cuenta de que, efectivamente, estaba rota. Supuso que la cría la habría desgarrado.

–Ah, eso... ha sido un ualabí.

–¿Un ualabí? No pretenderás que me lo crea.

–Olvídalo, abuela.

Hugo se giró hacia el Uluru y lo miró. O más bien, miró a Amy.

–Es encantadora, ¿verdad? –dijo Maudie.

–Pero no encajaría en nuestro mundo. La destruiría.

Maudie se quedó inmóvil y lo miró con atención.

–¿Por qué has dicho eso? ¿Es que estás pensando en... ?

–No sé qué pensar. Solo sé que nuestro mundo es muy difícil y que no quiero condenar a una mujer a ese destino. Terminaría como...

–¿Como tu madre? –bramó, súbitamente enfadada.

–Maud...

–Deberías confiar más en Amy. Es una mujer fuerte –afirmó–. Además, tus padres no terminaron mal por las obligaciones y responsabilidades de ser un Thurston, sino por el estilo de vida que llevaban.

–De todas formas, no quiero formar parte de eso.

–Pero vas a dirigir la empresa, ¿verdad?

Hugo supo que había llegado el momento de la verdad. Podía lavarse las manos y volver al ejército o asumir la dirección del sueño de James y de Maudie; pero en cualquier caso, su abuela merecía una respuesta.

–Sí, contestó.

Maud suspiró y él se sintió como si le hubieran quitado un peso de encima.

–Tu abuelo estaría orgulloso de ti.

Ella se acercó y le dio un abrazo. Hugo pensó en su padre y se

dijo que no terminaría como él, superado por la responsabilidad de dirigir una empresa que daba empleo a miles de personas y abrumado por el dinero y por los medios de comunicación.

–Sí, abuela. La dirigiré. Yo solo.

–Dicho así, suena horrible... cualquiera diría que un tribunal te ha condenado y que vas a ir a prisión.

Hugo sonrió. Odiaba la perspectiva de dejar el ejército, pero no quería que Maudie se preocupara.

–No, en absoluto. Además, ¿no dicen que el dinero y el poder son drogas? Me convertiré en un millonario como tantos y empezaré a llevar trajes de Armani –bromeó.

Maudie soltó una carcajada.

–Lo dudo mucho. Eres mi Hugo y sé que no cambiarás nunca... pero es hora de que sientes la cabeza. Y Amy...

Hugo dejó de sonreír.

–No, ya basta. Me haré cargo de la empresa. Has ganado esa batalla. No me presiones más, por favor.

–Necesitas una mujer.

–Una mujer que no existe, abuela. Rompieron el molde cuando te hicieron a ti...

–No te entiendo.

–Tú has afrontado escándalos, rupturas sentimentales, tragedias familiares y una presión constante de los medios sin perder nunca el Norte. Y me encantaría que hubiera otra Maud en el mundo, pero no la hay.

–Hugo...

–No, Maud –insistió–. Olvida tu pasión por ejercer de Celestina y deja que dirija tu empresa en paz.

Por fin, los últimos rayos del sol desaparecieron y el Uluru se convirtió en una gran sombra oscura. Amy dejó de admirar el paisaje y se dio la vuelta. A poca distancia, un hombre se había arrodillado delante de una mujer y le estaba ofreciendo una cajita, que evidentemente contenía un anillo de compromiso.

–Qué romántico –dijo Rachel–. Es perfecto.

–Rachel...

–No te preocupes por mí; no me pasa nada. Además, el hecho de que mi matrimonio terminara mal no significa que no me alegre de la felicidad de otras personas... Y hablando de otras personas, ¿qué tal con Hugo? Quiero que me lo cuentes todo.

–¿Qué quieres que te cuente?

–Oh, vamos… –Rachel miró a su hermana con atención–. No eres la misma de esta mañana. Tu piel brilla. ¿Te ha besado?

–No.

–Claro que sí. Te ha besado.

–Te acabo de decir que…

–Sí, ya sé lo que me acabas de decir, pero no creo. No sabes mentir, Amy.

–Bueno, ¿y qué si me ha besado? –se defendió–. Eso no significa nada. Estoy de vacaciones contigo, no con Hugo Thurston.

–Qué estupidez. Hugo no es como Ramón, ¿sabes? Es un hombre sexy y absolutamente encantador. Maudie me ha dicho que no se ha separado de ella desde el fallecimiento de James. Además, le gustan los perros, trata bien a los desconocidos, hace donaciones a organizaciones no gubernamentales… Es perfecto.

–Ya, pero…

–Pero nada. Deberías ser más coherente, Amy.

–¿Coherente?

–Claro. Si yo conociera a un hombre como él, ¿me pedirías que fuera una mártir y que renunciara a su amor para pasar unos cuantos días más contigo?

–Rachel…

–Usa la cabeza. Y el corazón. Es lo único que estoy diciendo.

–Estás diciendo tonterías. ¿Un Thurston y yo? Ni en sueños… Estoy contigo y me voy a quedar contigo. Eres mi hermana.

–Aun así…

–Olvídalo, Rachel. Hicimos nuestros planes y no los voy a cambiar por una distracción sin importancia.

–Hugo es más que una distracción.

–Sí –reconoció–. Eso es verdad.

La cena fue complicada. Maud hablaba y Amy intentaba seguir su conversación, pero sin demasiado éxito. Hugo estaba demasiado callado y su presencia física era demasiado abrumadora.

Cuando Rachel se excusó y se levantó, ella decidió hacer lo mismo.

–Será mejor que me acueste. Ha sido un día largo y me duele todo el cuerpo.

Hugo rompió el silencio.

–Sí, es cierto. Había olvidado que dejaste el ballet por problemas físicos.

–Nos pasa a todos. Es cosa de los años –observó–. Buenas

noches.

–Mañana no estaré aquí –dijo él.

–Ah... –dijo ella, sorprendida–. Bueno, no importa. Rachel y yo estaremos perfectamente en vuestra casa de campo. Aunque también podríamos volver al hostal.

–De eso, nada –intervino Maud–. Hugo solo va a ver la mina de su abuelo. Irá en uno de los helicópteros de la empresa.

Maud se giró hacia su nieto y añadió:

–¿Por qué no te llevas a Amy? Estoy segura de que la mina le interesaría mucho.

–No –respondieron Hugo y Amy a la vez.

–Solo era una idea –se excusó Maud–. Sé que Rachel necesita descansar, pero me ha parecido que Amy...

–Yo también necesito descansar.

–Porque te duele todo el cuerpo, claro –ironizó Hugo.

–¿Quieres dejarlo de una vez? –protestó Amy.

Hugo sonrió.

–Lo siento. Soy un insensible. Pero tanto si te duele el cuerpo como si no, no creo que me quieras acompañar a la mina. La gente llegaría a conclusiones equivocadas si nos vieran juntos. Quédate aquí y cuida de Maud.

–Yo no necesito que me cuiden.

–Bueno, pues cuidaos mutuamente... Me iré antes de que amanezca. No sé cuándo volveré, pero desde luego será a tiempo de llevaros de vuelta al *Ghan*.

–Que tengas buen viaje –susurró Amy.

Rachel abrió la boca para decir algo, pero Amy la tomó de la mano y la sacó de allí a toda prisa. Tenía que poner tierra de por medio.

Rachel estaba más relajada cada día; daba paseos, charlaba con Maudie y pasaba mucho tiempo en la terraza, comprobando las muestras de rocas que le habían llevado. Parecía haber superado su depresión, pero Amy tenía un problema nuevo, uno que no había imaginado cuando le propuso que hicieran aquel viaje.

Hugo.

No dejaba de pensar en él. Hiciera lo que hiciera, su imaginación volvía al hombre que la había besado apasionadamente en las montañas. Y una y otra vez, se repetía que aquello no tenía sentido, que su relación era imposible.

Un día antes de que volvieran al tren, Maudie preguntó:

–¿Qué vais a hacer cuando lleguéis a Darwin?

–Trabajar de profesoras –respondió Rachel.

–¿De inmediato? Porque si no tenéis que empezar enseguida, Hugo y yo pensábamos salir de crucero… podrías venir con nosotras.

–¿Adónde vais?

–A Broome. Está en el oeste –respondió–. Es un lugar maravilloso, lleno de rocas que te encantarían.

–Estoy segura de ello –intervino Amy–, pero no nos lo podemos permitir. Además, yo empiezo a trabajar al lunes siguiente de llegar a Darwin.

–Pues es una pena, porque ahora no estoy segura de que Hugo me pueda acompañar al crucero. Va a estar muy ocupado con la empresa –dijo–. Como ha tomado la decisión de dejar el ejército…

–¿Lo va a dejar?

Maud suspiró.

–Sí. Hugo cree que odiará su nuevo trabajo, pero seguro que se acostumbrará con el tiempo. Mi James decía que tiene talento para los negocios… Siento que se haya tenido que ir a esa mina –Maudie miró a Amy–. Estoy segura de que preferiría estar con nosotras.

–Tampoco estamos tan mal sin él –declaró Amy, intentando parecer entusiasta–. Han sido unos días encantadores… Y hablando de eso, ¿te gustaría que durmiéramos esta noche al raso, Rachel? Así veríamos las estrellas.

Rachel la miró como si pensara que su hermana se había vuelto loca.

–¿Al raso?

–La abuela decía que dormir en el desierto era algo mágico.

–Pero de noche hace frío –dijo Maud.

Rachel se estremeció.

–No seas gallina, hermanita. Buster y yo lo estamos deseando…

–Si te apetece tanto, tengo sacos de dormir –declaró Maudie–. Aunque no estoy segura de que sea una buena idea.

Amy decidió poner fin a la conversación. Al día siguiente, volvían al tren; y si pasaban la noche fuera de la casa, Maudie no le podría recordar constantemente la existencia de Hugo.

–Entonces, no se hable más. Será muy divertido.

Hugo se arrepentía de haberse ido a la mina de la familia y de haber dejado a Amy Cotton en Natangarra.

Pero había tomado una decisión. O a decir verdad, dos

decisiones.

La primera, que dirigiría la empresa de sus abuelos; la segunda, que necesitaba estar solo. Y se atuvo a ellas.

Al menos, el trabajo le gustaba. Al final del primer día, la adrenalina fluía por sus venas como si estuviera en un campo de batalla. Sin embargo, los directivos de la mina no parecían muy contentos con él; aunque se mostraron cordiales en todo momento, Hugo se dio cuenta de que se mantenía el conflicto de fondo de la época de su abuelo.

A ellos solo les importaban los beneficios. Habían acatado las ideas de sir James porque tenía la mayoría de las acciones y, en consecuencia, la última palabra; pero eso no significaba que estuvieran de acuerdo.

Durante el primer día, se reunió con ellos para que le informaran sobre la mina nueva y sobre la compensación económica que iban a ofrecer a los dueños de las tierras, los indígenas de la zona. Durante el segundo, se reunió con los ancianos de la tribu y escuchó sus inquietudes y preocupaciones al respecto.

Mientras hablaban, Hugo se recordó las palabras que su abuelo le había dirigido en una de sus últimas cartas. Decía que la Thurston Holdings era mucho más que una empresa; que Maudie y él la habían dirigido con conciencia social y que esperaba que él hiciera lo mismo si decidía dejar el ejército y hacerse cargo de ella.

Y ahora estaba al frente.

Aún no tenía la seguridad de haber hecho lo correcto, pero había tomado una decisión.

–Estaba pensando que tenemos la oportunidad de hacer algo fantástico –dijo a los indígenas–. Sé que vuestros hijos no tienen colegio, y se me ha ocurrido que podríamos construir uno como pago al alquiler temporal de vuestras tierras. Con las sumas que esperamos obtener, podríamos incluir una piscina, un gimnasio, un auditorio y, por supuesto, los sueldos de los profesores.

–Eso costaría mucho más de lo que nos vais a pagar –le recordó el jefe de la tribu.

–Pero el nuestro es un proyecto sostenible y a largo plazo. Desde el punto de vista de la empresa, nos ofrecéis la ventaja de una comunidad de la que podrían surgir trabajadores especializados. Sería beneficioso para todos.

Hugo casi pudo ver la sonrisa de sus abuelos y de la propia Amy, quien a fin de cuentas procedía del mismo lugar. Y pensó que a Amy le gustaría la idea de construir un colegio y de contribuir al

bienestar de aquella gente. Incluso era posible que tuviera sugerencias al respecto y que quisiera comprometerse en su desarrollo.

Sin embargo, no sabía si estaría dispuesta a aceptar el desafío. Ni siquiera sabía si él estaba dispuesto a arriesgarse y pedírselo.

Amy era una mujer delicada; todo parecía indicar que no podría sobrevivir en el mundo de los Thurston. Pero se acordó de las mujeres con las que había estado en los campos de batalla y se dijo que el poder no dependía necesariamente del tamaño y de la fuerza.

Si Amy había sido capaz de derribarlo, era capaz de cualquier cosa.

Al final del día, los ancianos de la tribu se marcharon. Estaban tan satisfechos con el acuerdo como él, aunque los directivos lo acataron con reservas.

En principio, la jornada iba a terminar con una cena de empresa y él volvería a Natangarra a la mañana siguiente, en el helicóptero. Pero quiso volver de inmediato.

Necesitaba ver a Amy.

Seguía sin saber si se atrevería a pedirle que formara parte de su mundo. Seguía sin saber si era justo para ella.

Pero justo o no, necesitaba verla.

Capítulo 9

AL ANOCHECER, Amy extendió el saco de dormir junto a la laguna. Buster se quedó con ella un rato, pero no estaba convencido de lo que quería hacer. Parecía dudar entre quedarse allí o volver a la casa con Rachel, que al final no se había atrevido a acompañarla. Y cuando la temperatura empezó a bajar, el perro huyó.

–Cobarde... –dijo ella.

Amy estaba contemplando las estrellas y pensando en Bess cuando oyó un ruido que procedía del sur.

Era un helicóptero.

Supo que sería Hugo, pero se dijo que no era asunto suyo y siguió mirando el cielo.

El helicóptero tomó tierra en el prado que estaba al lado contrario de la propiedad. Poco después, una luz se encendió en la casa. El helicóptero despegó y desapareció en la noche.

Hugo.

Amy, que ya tenía bastantes dificultades para conciliar el sueño, se espabiló del todo.

Era como si estuviera esperando algo.

Pero eso no tenía sentido. Hugo no sabía que estaba fuera. Era medianoche y daría por sentado que estaba en su habitación, durmiendo.

Se dedicó a contar estrellas e intentó dejar de pensar en él.

–¿Necesitas una botella de agua caliente?

Amy se sobresaltó al oír su voz. No le había oído.

–¿Cómo?

Hugo se puso de cuclillas y le dio la botella.

–Me ha parecido que te vendría bien. Y de paso, he traído una manta.

Hugo le puso la manta por encima, sin esperar a que le diera permiso, y luego se tumbó a su lado.

–No estabas durmiendo –continuó él.

–¿Cómo quieres que duerma? Me has pegado un buen susto.

Él hizo caso omiso del comentario.

–Deberías elegir mejor los lugares donde acampas. En una hondonada como esta, te podría atacar cualquiera.

–Esto no es Afganistán.

–No, no lo es. ¿Quieres una barrita de chocolate?

Hugo abrió un paquete y le dio una. Ella se quedó tan desconcertada que lo aceptó sin dudar y se lo llevó a la boca.

–¿Cómo has sabido que estaba aquí?

–Me lo han dicho.

–¿Quién? Rachel y Maudie ya se han acostado...

–Ha sido Buster. Se ha acercado a la barandilla del porche, ha mirado hacia aquí y ha gemido un poco antes de volver a la habitación de tu hermana. Solo he tenido que usar mi tremenda capacidad de deducción para llegar a la conclusión de que estabas fuera.

–Ah...

–Y he decidido quedarme contigo.

Ella tragó saliva.

–Estoy bien sola.

–Pero yo no. Y como tenías la necesidad apremiante de una manta, lo he aprovechado como excusa para venir.

–No necesitaba una manta. De hecho, tengo calor.

Hugo sonrió.

–Mentirosa. He dormido aquí y sé que de noche hace mucho frío.

–Pues yo no lo tengo –insistió–. ¿Qué tal en la mina?

–Muy bien. Por cierto, he traído un termo con chocolate caliente. ¿Te apetece?

–¿Ahora estamos de picnic?

–Sí. Mientras te tomas el chocolate, te contaré lo que he estado haciendo.

Amy se sentó y se puso la manta por encima de los hombros mientras servía el chocolate en la tapa del termo.

Se sentía extrañamente cómoda con él, bajo las estrellas.

Se acordó una vez más de su abuela y de sus historias sobre su gente y sobre las noches en el desierto.

Su gente.

Amy supo entonces que Hugo le habría gustado a Bess. Y la idea le incomodó tanto que habló para no tener que pensar.

–De acuerdo. Cuéntame lo que has estado haciendo.

Hugo había estado muchas veces en el desierto, contemplando las estrellas. Pero nunca había estado con Amy.

De hecho, casi siempre estaba solo. Sus compañeros del ejército sabían que era un solitario y lo dejaban en paz. Hugo no sentía la

necesidad de hablar con la gente en aquellos momentos; no le veía utilidad alguna a lo de compartir experiencias y emociones.

Pero con Amy era diferente.

Le habló de su reunión con los ancianos de la tribu, del proyecto del colegio, de su deseo por seguir con el camino que habían iniciado James y Maud y de su orgullo por lo que los Thurston podían conseguir.

Y a Amy le encantó.

–Eso es magnífico, Hugo. Me alegra que te guste tu nuevo trabajo.

–Yo no lo quería. Huí de la empresa cuando era joven... pero las cosas han cambiado y ahora me satisface.

–Porque puedes hacer cosas buenas.

–Sí, pero también es por ti.

–¿Por mí?

Él asintió.

–Cuando estaba en la reunión con los ancianos, hablando sobre el futuro, me di cuenta de que te imaginaba en él.

–Ah...

–Quizás fue por lo que me contaste sobre tu abuela. Ella se tuvo que ir, pero pertenecía a este lugar. Y pensé en todo lo que los Thurston podemos hacer por los indígenas... en cierto modo, tu abuela me ha ayudado a tomar mi decisión.

Los dos se quedaron en silencio durante un rato. Amy no sabía cómo interpretar sus palabras; y a decir verdad, él tampoco.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó Hugo al fin.

–Ya te lo dije. Dar clases.

Él frunció el ceño.

–¿Por qué? Podrías bailar en otra compañía de ballet. Hay montones de compañías donde ni siquiera tendrías que coincidir con un cretino como Ramón.

–Hugo... mi futuro no tiene nada que ver con Ramón.

–¿Ah, no?

–Claro que no. Me retiré porque ya no estoy en condiciones físicas de bailar.

–No te creo. Te he visto cuando estás con Rachel y con mi abuela... te mueves más despacio y te comportas como si sus dolores también fueran los tuyos. Pero el otro día, cuando salimos a buscar las rocas de tu hermana, me demostraste que te encuentras perfectamente bien. Tú no tienes más artritis que yo.

–Hugo...

–Ya lo sospechaba. Así que investigué... Cuando tu hermana

sufrió el accidente, te tomaste unas vacaciones cortas. Luego volviste al ballet, aunque solo como bailarina de coro –afirmó–. Al principio, pensé que habías renunciado a ser primera bailarina porque querías tener más tiempo para estar con tu hermana; pero no fue por eso, ¿verdad?

Amy no respondió.

–Fue por no tener que bailar con él –continuó Hugo–. Es obvio que detestabas la idea de bailar con el responsable de que tu hermana hubiera perdido a su bebé... sobre todo, después de aquellas declaraciones que hizo a la prensa. Leí la entrevista, Amy. El muy canalla dijo que se alegraba de haber sufrido el accidente porque la rehabilitación le había ayudado a trabajar mejor su cuerpo y a ser mejor bailarín.

Ella sacudió la cabeza. Él podía sentir su ira y su tensión.

–Sí, es cierto, odiaba a ese hombre y no quería bailar con él. Pero no podía dejar la compañía y marcharme a otra, porque es la mejor de Australia y Rachel sabe que yo solo trabajo con los mejores... si me hubiera ido, habría llegado a la misma conclusión que tú y me lo habría recriminado.

–De modo que seguiste como segunda bailarina...

Rachel se encogió de hombros.

–¿Qué podía hacer? –se preguntó–. Más tarde, surgió la posibilidad de ir a trabajar a Darwin y me pareció la solución perfecta. Pero sabía que Rachel no habría ido sola; estaba demasiado deprimida. Y también sabía que no aceptaría que la acompañara si pensaba que yo había sacrificado mi carrera para estar con ella.

–Así que dejaste el ballet.

–Bueno, tampoco es para tanto. El ballet no es mi vida.

–Por lo que Maud dice, lo era.

Amy se encogió otra vez de hombros.

–Hay muchas cosas que pueden ser satisfactorias para una persona. La idea de enseñar me gusta.

–Pero es una pena que...

–No sigas, por favor. Es mi vida, Hugo. Seguro que puedo empezar de nuevo en otro lugar y con otro empleo.

Hugo le pasó un brazo alrededor del cuerpo. Pensaba que Amy se apartaría, pero aceptó el contacto y se apoyó en él.

–¿Te vas a sacrificar por Rachel?

Ella lo miró.

–¿Qué tiene de particular? Tú también te estás sacrificando. Has dejado el trabajo que te gusta para asumir la dirección de un

imperio económico. Pero lo has hecho porque la alternativa te parecía inaceptable, ¿verdad?

De nuevo, se quedaron en silencio.

No era un silencio incómodo, sino el punto muerto anterior a lo que tenía que pasar. Si tenía que pasar algo.

–Debes de tener frío... –dijo ella.

–Soy muy resistente.

–No lo dudo, pero seguro que tienes frío.

–Si lo tuviera, volvería a la casa.

–Mi saco de dormir es muy grande. Podríamos compartirlo.

Volvieron al silencio. Pero a uno diferente.

Los parámetros de su relación estaban cambiando.

–Sé que no podemos tener nada a largo plazo –continuó ella–, pero somos personas adultas, maduras. Quizás por esta noche...

–¿Por esta noche?

–Me has traído mantas y chocolate. Son cosas maravillosas pero... necesito más.

–Amy...

–Los dos necesitamos más, Hugo.

Él no dijo nada. No podía. Amy lo había dejado sin habla.

–Normalmente, no hago este tipo de ofrecimientos. Puede que sea una locura, pero esta noche tiene algo especial, ¿no crees? Y si has venido preparado... –Amy respiró hondo–. Te necesito, Hugo. Te deseo.

Hugo estaba preparado.

La deseaba tanto como ella a él.

Y pensó que debían de estar condenados a hacer el amor esa noche, porque casualmente, sin haberlo previsto, también estaba preparado en un sentido más práctico. En el bolsillo del pantalón, llevaba varios preservativos.

La miró a los ojos con intensidad, incapaz de creer que hubiera llegado el momento; incapaz de creer que Amy le hubiera hecho esa oferta.

Pero quizás era inevitable.

Le acarició suavemente el cabello, se inclinó sobre ella y la besó.

Y cuando ya la tenía entre sus brazos, su mundo cambió repentinamente.

Ahora sabía que estaba enamorado de ella.

El sol se alzó en el horizonte con una belleza asombrosa.

Amy estaba acurrucada contra el cuerpo de Hugo. Estaba tan

satisfecha y feliz como podía estarlo una mujer.

Se sentía como una gata con un tazón lleno de leche.

Podía ver el Uluru en la distancia y la interminable extensión del desierto, el hogar de su abuela, el lugar al que ella misma pertenecía.

Como en los brazos de aquel hombre.

Nunca se había sentido tan completa como la noche anterior. Hacer el amor con él había sido como reencontrarse con una parte de sí misma que siempre le había faltado. Ni siquiera sabía que pudiera sentir un placer tan intenso. Y ahora, con las primeras luces del alba, se sentía en paz con todo.

Estaba en casa, entre los brazos del hombre al que amaba.

Ya no lo podía negar.

Se habían conocido unos días antes, pero lo amaba. Y fue consciente de que no se arrepentiría de lo que habían hecho. Aunque no pudieran tener nada más, aunque él se hubiera levantado en ese momento y se hubiera ido, se habría alegrado de haber vivido aquella noche.

Era su guerrero; un guerrero del que se sentía orgullosa, porque se había visto obligado a cambiar de vida y, sin embargo, lo había aceptado con fuerza y con honor.

Hasta en eso le gustaba. Porque tenía pánico a dejar definitivamente el ballet y empezar una nueva vida. Pero si él podía hacerlo, ella también sería capaz.

Hugo le había dado fuerzas para seguir.

Y sonrió al pensarlo.

–¿Por qué sonríes? –preguntó él.

–Oh, por nada... es que espero no ser tu Dalila.

–¿Mi Dalila?

–Sí. Una mujer que te roba la fuerza para su propio beneficio.

–Qué tontería...

De repente, Hugo se llevó las manos a la cabeza y fingió que le faltaba algo, horrorizado.

–Oh, Dios mío. ¡Mi cabello! ¡Me lo has cortado como a Sansón!

Ella volvió a sonreír.

–Toma un poco de chocolate. Es lo único que puedes hacer para recuperar las fuerzas...

Hugo se inclinó y le susurró al oído:

–No, no es lo único que puedo hacer. Se me ocurre algo más interesante.

–¿Ah, sí? –dijo, coqueta–. Pues hazlo...

Y Hugo lo hizo.

Con gran placer.

Volvieron a la casa a las seis de la mañana y entraron por la puerta de atrás. Hugo y Amy suponían que podrían desayunar sin que nadie los molestara, pero se equivocaban por completo. Cuando entraron en la cocina, descubrieron que Maudie, Rachel, Wendy, Scott y Buster los estaban esperando.

–Ya era hora –dijo Maud–. Estaba a punto de pedirle a Wendy que os llevara unos cruasanes.

Hugo miró la mesa. Había cruasanes suficientes para alimentar a un batallón.

–Imaginamos que tendríais hambre –continuó Maud.

Wendy y Scott estaban vestidos; Maudie y Rachel, en bata. Pero todos parecían muy contentos de sí mismos, incluido Buster.

Wendy les sirvió un café y los recién llegados tomaron asiento.

–Las estrellas estaban preciosas –dijo Amy, tan pálida como incómoda con la situación–. Ha sido una noche... impresionante.

–Me alegra que la compartieras con mi nieto –declaró Maudie, satisfecha.

Hugo miró a Amy y decidió echarle una mano antes de que su abuela la empezara a interrogar, como evidentemente pretendía.

–Sí, es cierto. Ha sido una noche maravillosa. Creo que la más bonita de mi vida... no sabía que contemplar estrellas pudiera ser tan apasionante.

Amy se ruborizó.

–Pero, ¿qué hacéis levantados tan pronto? –continuó Hugo.

–Scott tenía intención de llevar a Rachel a ver pájaros al alba –explicó Maudie–, pero hacía tanto frío que se han quedado aquí.

Hugo miró a Scott y le dedicó una sonrisa de agradecimiento. El mejor lugar para ver pájaros era la laguna, pero era obvio que había desestimado la idea porque ellos estaban allí.

–No era una buena mañana para molestar a la fauna salvaje –ironizó Scott–. Además, Rachel quería trabajar un poco con sus rocas.

Rachel notó la incomodidad de Amy, se apiadó de ella y se lanzó a una larga explicación científica con el más profesional de sus tonos. Criticó duramente las teorías de un profesor de la universidad, un tal Ernest Mathison, y siguió hablando hasta que la palidez de su hermana desapareció.

En ese momento, Hugo recogió el testigo.

–Háblame del profesor Mathison. ¿Es rival tuyo?

–Sí, lo es... Su tesis es absurda. ¿Quieres saber por qué?

–Por supuesto. Y sospecho que hablo por todos.

–Sospechas bien –intervino Maudie–. Pero cuando Rachel termine de hablar, me gustaría que Amy y tú nos explicarais lo que habéis estado haciendo en la laguna.

–Ni lo sueñes –dijo Hugo.

Todos rieron.

Hasta la propia Amy.

Por fin, llegó el momento de regresar a Alice Springs y de volver a tomar el tren, el famoso *Ghan*.

Amy se sentó en la parte de atrás del coche, con Rachel y Buster, y dejó que los demás llevaran el peso de la conversación.

Rachel y Maud hablaban como si fueran las mejores amigas de la Tierra. Hugo intervenía de vez en cuando con su voz profunda, que emocionaba a Amy y le hacía preguntarse por lo que iba a pasar.

Por mucho que él la amara y por mucho que ella lo amara a él, seguía convencida de que pertenecían a mundos distintos y de que debía poner fin a su relación.

Veinticuatro horas más y todo habría terminado.

Hugo y Maud tenían billetes para hacer un crucero de Darwin a Broome y a Rachel y a ella les estaba esperando una nueva vida.

Pero, en el fondo, no quería una vida sin él.

Se sentía amada.

Cada vez que Hugo abría la boca, ella se sentía amada. Incluso cuando hablaba de rocas con Rachel. Incluso cuando hablaba de negocios con Maud.

Durante unos instantes, se dejó llevar por la sensación de estar en un cuento de hadas, donde un guerrero multimillonario se había enamorado de una bailarina retirada y estaba dispuesto a vivir con ella para siempre.

Después, Amy pensó que solo era eso, un cuento de hadas.

Pero el camino era largo y se dijo que no había nada malo en dejarse arrastrar, temporalmente, por una fantasía tan hermosa.

Ya tendría tiempo de despertar.

Más tarde.

Capítulo 10

AL LLEGAR a la estación de ferrocarril de Alice Springs, se les acercó un empleado de Thurston Holdings, que estaba allí para recoger el coche.

El empleado saludó a Maud y a Rachel con amabilidad, pero manteniendo las distancias. En cambio, a Amy le dedicó una sonrisa abierta y un saludo más que cordial, como si le hubieran hablado de ella y tuviera ganas de conocerla.

Aquello la incomodó.

–Me alegro mucho de verla, señorita.

La estación estaba llena de gente. El *Ghan* había llegado a primera hora, así que muchos de los pasajeros de Darwin se habían bajado en Alice Springs para aprovechar la mañana y pasear por la ciudad antes de volver al tren.

Y algunos de ellos la estaban mirando.

Descaradamente.

Amy pensó que Buster habría sacado la cabeza del bolso, pero el perro seguía perfectamente escondido, aunque no iba a ser necesario. Esta vez viajaban en primera clase por cortesía del ferrocarril. Y Hugo ya le había dicho que, si surgía algún problema con Buster, sobornaría a los revisores.

–¿Qué ocurre? –preguntó a Rachel–. ¿Es que tengo una carrera en las medias?

Su hermana, que se había dado cuenta de lo que pasaba y estaba tan desconcertada como ella, sacudió la cabeza.

–No...

El misterio se resolvió segundos después, cuando vieron las vallas publicitarias del vestíbulo de la estación.

Había tres, con carteles de tres publicaciones distintas.

Pero todas tenían la misma fotografía.

Una imagen de Amy y Hugo en el *Ghan*.

Era la foto que les habían sacado cinco días antes, en el pasillo. No se estaban besando, pero parecían a punto de besarse. Y para empeorarlo todo, ella llevaba el pijama rosa de aquella noche y, por supuesto, tenía el pelo revuelto.

Amy se sintió enferma.

Hugo se acercó, la tomó del brazo y dijo:

–Salgamos de aquí.

Fue demasiado tarde. Ya la habían reconocido.

–¡Usted es la chica de la foto! –gritó alguien.

De repente, el vestíbulo se llenó de cámaras. Fue como si todos los pasajeros del tren tuvieran un teléfono móvil con una cámara.

–Cubre a tu hermana y alejaos de nosotros –ordenó Hugo a Rachel–. Si vamos juntos, será peor. Esconded la cara y moved las manos para que las fotografías salgan movidas... Maud, ven conmigo.

Hugo se giró entonces hacia su empleado, que les llevaba el equipaje y añadió:

–Raymond, cuida de las señoritas y encárgate de que suban cuanto antes al tren.

–Naturalmente, señor.

La estrategia de Hugo sirvió para desconcertar temporalmente a los pasajeros, que no supieron a quién seguir; pero no impidió que las fotografiaran ni que las acribillaran a preguntas.

–¿Cómo se llama, señorita?

–¿Es la novia del mayor Thurston?

–¿Cuánto tiempo lleva con él?

–¿Sabe si va a asumir la dirección de Thurston Holdings?

–¿Lo acompañará en su crucero a Broome?

Amy no contestó a nadie. Se sentía completamente abrumada por las circunstancias; incapaz de reaccionar mientras Rachel se afanaba por protegerla de la gente y Raymond las arrastraba hacia el tren.

Lo lamentó por Hugo, porque sabía que odiaba la publicidad y a los medios de comunicación. Pero se dijo que, al menos, él no había aparecido en la mitad de los periódicos del país con un pijama rosa.

Y sentía muy avergonzada.

–Corran –dijo Raymond–. Corran al tren.

Rachel y Amy corrieron.

Cuando llegaron al compartimento, Maud se giró hacia su nieto y dijo:

–¿Por qué les has pedido que se alejaran de nosotros?

Hugo suspiró.

–Porque era la única forma de impedir que nos fotografiaran juntos. No quiero que se extiendan más rumores sobre nuestra relación.

Maudie lo miró con seriedad.

–Lo comprendo, Hugo, pero tendrás que afrontarlo en algún momento.

–¿Por qué?

–Porque Amy y tú...

–No hay ningún Amy y yo –protestó.

–¿Ah, no? Entonces, ¿qué fue lo de anoche?

A Hugo no le extrañó que su abuela lo supiera. A fin de cuentas, cualquiera podría haberlo adivinado.

–Lo de anoche fue un error.

Maudie arqueó una ceja.

–¿Un error?

–Sí. Estaba buscando algo que no puedo tener.

–¿Y se lo has dicho a ella? ¿Le has dicho que fue un error?

–Maud, esto no es...

–No te atrevas a decirme que no es asunto mío –bramó, enfadada–. Amy es una chica encantadora. No permitiré que la trates sin el respeto que merece.

–Sí, es verdad, Amy es encantadora. Por eso he dicho que lo de anoche fue un error. Por eso tengo que alejarme.

–¿Y qué piensas hacer? ¿Dejarle una nota?

–No, hablaré con ella. Pero no en el tren.

–No en el tren... –repitió–. Hugo, ¿eres consciente de lo mal que se debe sentir en estos momentos?

–Por supuesto que lo soy. La han sacado en pijama en la portada de varios periódicos... ya sabes lo que este tipo de publicidad puede causar.

–No, no lo sé. Explícamelo –lo desafió.

Hugo apretó los dientes.

–¿Que te lo explique? Tú viste lo que le pasó a mi padre, a mi madre y al resto de las mujeres con las que estuvo.

–Tu padre era un idiota. Y en cuanto a sus mujeres... no sabían tratar bien a los periodistas.

–¿Bien? ¿Estás de broma? ¡Los destruyeron!

–Pues a mí no me has destruido.

–Porque entraste en ese mundo poco a poco y tuviste tiempo de aprender y de aclimatarte. Además, tú eres distinta; tú eres fuerte.

–¿Estás insinuando que Amy sería incapaz de hacer lo mismo? ¿Por qué? ¿Porque es rubia, delicada y algo más baja que yo?

–¡Exacto! ¿No has visto su cara hace unos minutos? Estaba completamente superada por los acontecimientos.

–Porque la han sacado en pijama, Hugo... No le faltes al respeto.

–No le falto al respeto. Solo soy realista.

–Eres un tonto. Deberías darle una oportunidad.

Hugo suspiró otra vez.

–Abuela, te he prometido que voy a dejar el ejército y que voy a asumir la dirección de la empresa. Pero no quiero arrastrar a Amy a esa vida.

–Puede que a ella no le importe. Es especial, ¿sabes?

–Claro que lo sé. Y también sé que no le importaría –respondió–. Pero, precisamente por eso, no permitiré que la destruyan.

El compartimento de Amy y Rachel estaba en primera clase, tal como les habían prometido, y era tan lujoso como el que Maud y Hugo habían usado durante el trayecto entre Adelaida y Alice Springs.

Tenía unas ventanillas gigantescas, para disfrutar de las vistas del desierto y, naturalmente, servicio de habitaciones. Pero ninguna de las características del compartimento llamó tanto la atención de Amy como el periódico que les habían dejado.

Se sentó, lo abrió y leyó el contenido de la noticia principal.

No decía mucho. Eran un montón de conjeturas sobre Hugo Thurston y la joven del pijama que, según el autor, había conquistado el corazón del soltero más deseado de Australia.

Amy volvió a mirar la fotografía y sintió un estremecimiento.

Hugo había hecho bien al pedirles que se separaran de ellos y subieran al tren por su cuenta. Era evidente que, si hubieran seguido juntos, les habrían sacado más fotografías y al día siguiente se habría repetido la misma historia.

Sin duda alguna, había hecho lo correcto.

Pero Amy no se sintió mejor.

–Me pregunto dónde estarán –dijo Rachel.

Amy suspiró. Sabía que su hermana se refería a Maud y a Hugo, sus nuevos amigos, las dos personas que le habían devuelto la felicidad. Y también sabía que debía sentirse agradecida a los Thurston, pero en ese momento estaba demasiado alterada para sentir agradecimiento.

–No lo sé, pero Hugo habrá pensado que estará mejor sin dos miserables como nosotras –replicó.

–Hugo no es así, Amy. Nos ha tratado muy bien desde el principio... Y es un hombre impresionante.

–Sí, bueno, tú sabes mejor que nadie lo que un hombre impresionante puede llegar a hacer. Además, nos prometimos que no volveríamos...

–Nos prometimos que no volveríamos a comportarnos como un par de estúpidas –la interrumpió–. Pero enamorarse de Hugo no es una estupidez.

–Lo es si él no me quiere.

–¿Y no te quiere?

–Rachel... Hugo no vive en el mismo mundo que nosotras. Para él, yo solo soy la chica del pijama que aparece en las portadas de los periódicos.

–Tú eres más que eso. Hugo sabe que eres especial.

–Quizás, pero se siente expuesto. No le gustan los medios de comunicación. Y una mujer como la chica del pijama hará que se sienta aún más expuesto.

–Pero si está enamorado de ti...

–No lo está. Es cierto que nos divertimos juntos y que fue algo maravilloso, pero yo no soy la mujer adecuada para él. Yo soy Amy Cotton, la hermana de Rachel y copropietaria de Buster, con los que voy a empezar una nueva vida.

–¿Sin Maud? –preguntó Rachel en voz baja–. ¿Sin Hugo?

–Sin los Thurston, sí.

Maud se empeñó en que Hugo la llevara otra vez al vagón restaurante, pero ni Rachel ni Amy aparecieron. Y Hugo se alegró. La mitad de los pasajeros del tren sabían que estaban allí, y entre ellos había muchas personas perfectamente capaces de asaltarlos con sus cámaras.

Cuando terminaron de cenar, Maud dijo:

–Pídeles que vengan a vernos a nuestro camarote.

Hugo sacudió la cabeza.

–Maud, tú conoces a los periodistas. Habrán pagado a la gente para que vigilen.

–Por supuesto que sí. ¿Y qué? Es natural que la prensa se interese por personas como nosotros.

–Olvídalo. Jugaremos al Scrabble y nos iremos a la cama.

–No seas tonto...

–No soy tonto. Sencillamente, me niego a condenar a Amy a esta vida.

–¿Pero de qué estás hablando? Esta vida no nos mató ni a James ni a mí. De hecho, nos divertimos bastante.

–Porque erais fuertes y os hicisteis más fuertes.

–Deberías conceder a Amy el beneficio de la duda. Puede que sea más fuerte de lo que supones.

–¿Quieres que volvamos a mantener la misma conversación? Casi le dio un infarto cuando vio las vallas publicitarias.

–Por supuesto. A mí también me daría un infarto si me fotografiaran en pijama –razonó su abuela–. Lo único que tenéis que hacer es evitar ese tipo de situaciones. Pon una peluquera a su servicio y cómprale ropa adecuada.

–¿Quieres que la convierta en una boba como las que salían con mi padre?

–¿Estás diciendo que llevar ropa elegante y un peinado decente equivale a ser una boba? Porque yo me gasto mucho dinero en ropa y peluqueros y no creo ser una boba –protestó Maud, ofendida–. Estás sacando las cosas de quicio, Hugo. Amy es fuerte. Aprenderá a tratar a los periodistas. Como tú.

–Pero yo estoy obligado y ella, no.

–Te equivocas otra vez.

–¿Por qué?

–Porque si quiere compartir su vida contigo, está tan obligada como tú.

–Razón de más para no pedírselo.

–¿Y ella no tiene nada que decir?

–Maldita sea, abuela... No voy a arrastrar a Amy a una vida como la nuestra.

–Lo dices como si la responsabilidad fuera solo tuya, pero Amy es una mujer adulta, capaz de tomar sus propias decisiones. Si acepta, tú no la estarías arrastrando a nada.

–Quizás. Pero no necesito una mujer.

–Mentiroso.

Maud le lanzó una mirada de disgusto y se retiró a su compartimento.

Hugo intentó jugar solo al Scrabble. Y descubrió que era imposible, de modo que dejó el juego e intentó leer.

Pero no pudo.

Sus pensamientos volvían una y otra vez, irremediablemente, a Amy.

Al cabo de un rato, cuando ya estaba desesperado, llamaron a la puerta. Durante un momento, pensó que sería ella y sintió una alegría abrumadora; pero su alegría desapareció cuando oyó la voz de un hombre.

–¿Señor Thurston?

Hugo se levantó y abrió. Era el camarero de primera clase.

–Traigo un mensaje para usted.

–¿Un mensaje? ¿De quién?

–De la señorita Cotton. Ha dicho que… –el hombre dudó, claramente desconcertado por las palabras de Amy–. Ha dicho que usted tiene su bocadillo de carne.

–Ah.

–Naturalmente, le he recomendado que llamara al servicio de habitaciones, pero la señorita ha insistido. Al parecer, considera que su bocadillo es mejor. ¿Quiere que se lo lleve?

Hugo comprendió lo que había ocurrido. Antes de subir al tren, había puesto la comida de Buster en su bolsa de viaje; pero lo había olvidado y, ahora, Amy no tenía comida para el perro.

–No es necesario. Se lo llevaré yo mismo.

Hugo alcanzó su bolsa de viaje y se la colgó al hombro.

–No lo comprendo, señor. Le aseguro que nuestros bocadillos son excelentes –dijo el camarero, algo tenso.

–No lo dudo, pero el cocinero que tenemos en Uluru es una maravilla. Créame, nadie puede competir con él… Deme el número de compartimento de la señorita, por favor.

El camarero le dio el número de compartimento y de vagón y Hugo salió en su busca. Tenía intención de llamar a la puerta, dejarle la comida y marcharse de inmediato. Pero, mientras caminaba, se acordó de la cara que había puesto al ver los carteles de la estación y se dijo que debía disculparse.

Amy abrió la puerta. Esperaba encontrar al camarero con una bolsa en la mano, pero se encontró con Hugo.

Y dio un paso atrás.

Hugo no la siguió. Se quedó esperando a que lo invitara.

–¿La cena, *milady*? –dijo él con una sonrisa.

Ella sintió pánico.

–Sí, gracias.

Hugo entró y ella cerró la puerta.

–Lo siento, Amy.

–¿Por qué te disculpas? ¿Por haberte quedado con la comida de Buster?

–No, por lo de la prensa.

–No fue culpa tuya. Nadie me obligó a ir por el tren con un pijama rosa.

–Pero no te habrían sacado esa fotografía si no hubieras estado conmigo.

–Eso es verdad.

–Por eso te dije que nos separáramos en el vestíbulo. No quería que nos volvieran a fotografiar juntos.

–No, claro que no.

Él la miró con detenimiento y dijo, con una voz extraña:

–Aunque es posible que me haya equivocado. Puede que te guste la publicidad.

Amy se quedó helada.

–¿Crees que me gusta que me fotografíen en pijama?

–No, no estoy diciendo eso…

–Entonces, ¿qué estás diciendo?

Hugo sacudió la cabeza.

–No importa. Tú no querrías esta vida.

–¿A qué vida de refieres? –preguntó, confusa–. ¿A viajar en primera clase? ¿Insinúas que estaría mejor en segunda?

–No, yo no me refería…

–Pues explícate.

–Quería decir que… si tú y yo fuéramos más lejos…

–¿Más lejos? Yo diría que ya hemos ido bastante lejos. ¿Qué quieres que haga, además de acostarme contigo?

Hugo suspiró.

–Casarte conmigo.

Amy lo miró con asombro.

–Espera un momento… ¿Crees que intento echarte el lazo?

–No, yo…

–Márchate, Hugo –dijo, enfadada.

Él no le hizo caso.

–Sé que mi forma de vida te destruiría, Amy.

–¿Tu forma de vida?

–Sí, los medios de comunicación, la presión social…

–Ah, comprendo. Crees que no me podría acostumbrar al champán y al caviar –ironizó.

–Amy…

–Mira, Hugo, mi abuela era una indígena que creció en el desierto. Y en cuanto al resto de mi familia, te confesaré que descienden de granjeros pobres que se dedicaban a criar cerdos. Si estás buscando una mujer, creo que deberías buscar una de sangre azul. Pero eso no quiere decir que tu forma de vida me pueda destruir.

–¿Cómo puedes estar tan segura? Conoces la empresa para la que voy a trabajar. Sabes que tengo mucho dinero y que, si te casas conmigo…

–Eso tampoco lo entiendo –lo volvió a interrumpir–. ¿Casarse? Solo somos amantes. Y de una sola noche.

–Pero si yo fuera libre, me casaría contigo sin pensarlo.

Amy tardó unos segundos en reaccionar. Tuvo que respirar hondo y sacar fuerzas de flaqueza para formular la más sencilla de las preguntas:

–¿Por qué?

–Porque no te pareces a ninguna de las mujeres que conozco. Porque eres valiente, leal y divertida. Porque has renunciado a lo que más te gusta para poder cuidar de tu hermana. Porque adoras a un perro viejo, cojo y feo. Porque haces reír a mi abuela y porque me haces reír a mí. Porque eres la mujer más bella del mundo y porque, cuando te toco, tu piel me quema.

–¿Lo dices en serio? –declaró con un hilo de voz.

–Sí, Amy.

–¿Quieres casarte conmigo y, sin embargo, te alejas de mí?

–No puedo condenarte a esta vida. No tengo derecho.

Él lo dijo con tanta vehemencia que Amy supo que era sincero. Y su sinceridad la asustó.

Se acordó de las historias que había oído sobre el padre de Hugo y comprendió que no quisiera arriesgarse con ella. Además, ella tampoco estaba segura de querer arriesgarse. Cabía la posibilidad de que tuviera razón. Y no podía casarse con él para descubrir más tarde que no soportaba la forma de vida de los Thurston.

–Comprendo. Tienes miedo de que acabe como las mujeres de tu padre, ¿verdad? Tienes miedo de que me suicide o de que termine por meterme a monja... Sí, claro –Amy respiró hondo–. En fin, supongo que debería sentirme agradecida por tu preocupación. Gracias, Hugo. Y gracias por la comida de Buster. Ya te puedes ir.

–Amy...

–Hugo, aclaremos las cosas de una vez –dijo, enfadada–. Ni me voy a suicidar ni me voy a meter a monja ni me voy a casar contigo. Anoche nos lo pasamos en grande, es verdad. Pero eso es todo. Solo fue una noche de amor.

Antes de que Hugo pudiera protestar, Amy lo empujó fuera del compartimento y le cerró la puerta en las narices.

–¿Amy?

Amy seguía apoyada en la puerta cuando Rachel salió de su compartimento con Buster en brazos y la miró con preocupación.

–Me temo que este lugar es demasiado pequeño. Lo siento, Amy

–continuó– pero he oído vuestra conversación.

Amy no dijo nada.

–¿Os vais a casar?

–No –contestó, tajante–. Además, Hugo solo ha dicho que se casaría conmigo si el mundo fuera distinto. Eso no es una propuesta de matrimonio.

–Ese hombre te quiere.

–Hugo no sabe lo que quiere. Es un solitario. No debería haberme acostado con él.

–Pero tú lo quieres, ¿verdad?

Amy suspiró.

–Si eso es cierto, es que soy una estúpida. Tan estúpida como tú lo fuiste con Ramón.

–Hugo no se parece nada a él.

–No, claro que no. Comparado con un ligón como tu exmarido, Hugo es casi un eremita. Uno que no quiere estar con chicas de pijama rosa.

–Pues cambia el color de tus pijamas –declaró Rachel con humor–. Cómpratelos negros. El negro es muy elegante.

Amy se había quedado tan triste que su hermana se acercó y le dio un abrazo.

–Oh, Amy... ¿qué vas a hacer?

–Lo mismo que tú, supongo. Empezar una nueva vida en Darwin.

–¿Y si la prensa descubre que eres la chica de la foto?

–La prensa lo olvidará enseguida.

–Ya. Como si Hugo se dedicara a ir de mujer en mujer.

Amy se tuvo que sentar.

De repente, se sentía enferma. Pero no por ella, sino por Hugo.

Por un hombre que lo tenía todo y que, sin embargo, no tenía nada.

Capítulo 11

HUGO pasó una semana en el desierto. Aprendió todo lo que pudo sobre los efectos de la minería en el medio ambiente y, para asombro de los directivos, se dedicó a trabajar codo a codo con los mineros.

Al final de la semana, había metido en vereda a toda la dirección y se había ganado el respeto de todos los trabajadores.

Amy seguía en su pensamiento, pero ya no importaba. Cuando subió al avión que debía llevarlo a Darwin, tenía intención de olvidarla y seguir con su vida.

Y quizás lo habría hecho. Si no hubiera visto otro cartel.

La chica del pijama baila esta noche –decía–. *Conozcan a la amante secreta de Hugo Thurston.*

Maud se había quedado en casa de unos amigos, Harold y Margaret, en uno de los barrios más caros y elegantes de Darwin. En cuanto su avión aterrizó, Hugo se subió a un taxi y dio al conductor la dirección de la casa.

Maud estaba tan contenta que no reparó en el mal humor de su nieto. De hecho, lo abrazó con un entusiasmo que no había mostrado desde la muerte de James.

–Esta noche vamos a cenar pronto. Me alegra que ya hayas llegado... tenemos entradas para una función.

–¿Y se puede saber adónde vamos?

–A la función de Amy, por supuesto. El teatro está al otro lado de la ciudad, así que tendremos que salir pronto.

Hugo estaba perplejo. No entendía nada.

–Bueno, cenaremos dentro de diez minutos y luego...

–¡Yo no voy a ir a ninguna parte! –exclamó Hugo, perdiendo los papeles–. ¡No voy a contribuir a que Amy Cotton se haga rica con la prensa del corazón!

Maudie dio un paso atrás.

–No lo entiendes, Hugo. Tienes que apoyar a Amy.

–¿Apoyar a Amy? No pienso...

–Nunca te he pedido nada –lo interrumpió su abuela–, pero ahora te voy a pedir un favor. Tienes que apoyarla.

–¿Por qué? Es evidente que ha hablado con los periodistas y que les ha vendido la maldita foto que vi esta mañana en el aeropuerto.

–Sí, es cierto. Y está preciosa, ¿verdad?

–Bueno…

–¿Te molestaste en leer la noticia?

–No, yo…

–Entonces, no sabes nada de nada.

Maud se dio la vuelta y llamó a su anfitrión.

–Harold, ¿podrías traernos un periódico?

El amigo de Maudie, un hombre de alrededor de setenta años, apareció poco después con una de las ediciones del día.

–Deberías haberlo leído, jovencito. Especialmente, si tenías intención de enfrentarte a tu abuela… –dijo con sarcasmo–. Y ahora, ¿te importa que Maudie se tome una copa con Margaret y conmigo? Así tendrás tiempo de leer el artículo con tranquilidad. Nos veremos dentro de diez minutos.

–Yo…

–Diez minutos, jovencito –insistió Harold–. Dudo que Maudie esté dispuesta a esperar más tiempo.

Hugo solo necesitó dos minutos para leer la nota de prensa, que decía así:

La curiosidad pública por la identidad de la joven que acompañaba al mayor Hugo Thurston, el soltero más deseado del país, ha llegado a su punto más alto al saberse que se trata de la señorita Amy Cotton, una antigua bailarina del Ballet Nacional. Mientras los rumores sobre su relación amorosa se extienden, la señorita Cotton ha aceptado participar en la función benéfica anual que organiza la Escuela de Darwin para Discapacitados. El acto, que normalmente no llama la atención del público, se ha convertido esta vez en un acontecimiento social; hasta el punto de que, las entradas han alcanzado un precio de más de cien dólares en la reventa.

Cuando apartó la vista del periódico, Hugo descubrió que Maudie lo estaba mirando.

–¿Lo ves? Amy no es como tu madre. No se parece nada a ella.

–Pero la publicidad…

–Oh, vamos. Amy sabía que el interés por la chica del pijama no duraría mucho, así que decidió utilizarlo para una buena causa. Ven con nosotros. Tienes que verla.

Hugo miró a su abuela en silencio, sin saber qué decir.

–Amy no lo ha hecho porque le interese la fama –insistió Maudie–. No se parece a ninguna de las mujeres que salieron con tu padre. Ya es hora de que te des cuenta.

Él volvió a mirar el periódico y asintió.

–Tal vez...

–Sí, tal vez. Pero no saldrás de dudas si no hablas con ella, ¿verdad?

–¡Mil personas!

Amy llevaba media hora intentando tranquilizar a los niños; pero ahora, cuando solo faltaban dos minutos para que se levantara el telón, encontró el tiempo necesario para abrazarse a Rachel y temblar.

–¿En qué estaba pensando?

–En ayudar a tu colegio –respondió su hermana.

Era verdad. Había llegado al colegio la semana anterior y se había enamorado inmediatamente de los niños, de la plantilla y hasta de las instalaciones. Sin embargo, las fotografías de los periódicos habían circulado por todo el país y sus compañeros la reconocieron enseguida.

Por suerte, estaban tan ocupados con el cuidado de los niños y con la organización de la gala benéfica anual del colegio, que no tenían tiempo para las tonterías de la prensa del corazón. Hicieron algunas bromas a su costa y le tomaron el pelo, pero todo el mundo estuvo de acuerdo en que el asunto se olvidaría con rapidez.

La idea se le ocurrió una mañana, cuando la directora del centro le estaba hablando de la gala benéfica.

–Es una función pequeña, Amy. A veces, ni siquiera aparece un padre por cada niño. Viene tan poca gente que no sacamos dinero... ojalá que la prensa nos dedicara la atención que te ha dedicado a ti.

La directora no lo dijo con segundas intenciones, pero Amy tomó la decisión en ese mismo instante. Y cuanto más lo pensaba, más le gustaba la idea. Aunque sabía que Hugo no sería de la misma opinión.

Habló con uno de los profesores, que tenía un amigo en un periódico, y puso la bola de nieve en marcha.

–Acabo de hablar con tu directora –continuó Rachel–. Han vendido tantas entradas que el dinero les sale por las orejas... Ha salido bien, Amy.

–Pero los niños...

–Lo estás haciendo por los niños –le recordó–. No pienses ni en Hugo ni en las mil personas que te estarán mirando. Además, estás más que acostumbrada a bailar en los escenarios... Sal ahí y gánatelos a todos.

Hugo se quedó asombrado con la función, que terminó con el público en pie y aplaudiendo a rabiar. Los niños, todos discapacitados, hicieron números de lo más diverso, desde musicales hasta teatrales, pasando por una demostración de taekwondo dirigida por Amy y un número de ballet donde ella interpretó el papel de Charlie Chaplin.

–Ha estado maravillosa, ¿verdad? –dijo Maudie mientras la gente seguía aplaudiendo–. Si tú pudieras manipular a la prensa tan bien como Amy...

–Yo no soy bailarín.

Maud le dio una palmadita en la mano.

–Pero tienes tus propias virtudes.

De repente, Hugo miró hacia el escenario y se levantó.

–Espera un momento.

Como estaba bajo la luz de los focos, Amy no podía ver el patio de butacas y, en consecuencia, tampoco vio al hombre que se acercaba por uno de los pasillos laterales. Hugo siguió avanzando y, al llegar al escenario, subió por la escalerilla, avanzó entre los niños que saludaban al público, se plantó ante ella y la besó.

No fue un beso de pasión, sino un beso firme, profundo, de reconocimiento y de propiedad. Era Amy. Su mujer.

–Estoy tan orgulloso de ti que casi siento la tentación de ponerme unos leotardos y bailar con vosotros.

–Gracias, Hugo. Tu apoyo significa mucho para la escuela y para los niños... –Amy se giró hacia el público–. Gracias a todos por su asistencia. Hoy hemos conseguido una suma importante, pero estos niños necesitan mucho más. Si desean hacer una donación para el colegio, pueden dirigirse a los compañeros que se encuentran en el vestíbulo del teatro.

La gente rompió a aplaudir otra vez, pero Hugo no prestó atención. Estaba pensando en algo más importante, en la forma de declarar su amor a Amy Cotton.

Pero aquel no era ni el momento ni el lugar más adecuado.

Tomó de la mano a Amy, sonrió y se dirigió al público.

–Me gustaría hacer un anuncio –declaró en voz alta–. He abandonado el ejército para tomar las riendas de la Thurston

Holdings, una empresa de la que me siento orgulloso. Mi difunto abuelo la dirigió con Maud a su lado, y yo espero dirigirla con una mujer tan grande como ella y en la misma dirección.

Hugo se detuvo unos segundos y siguió hablando.

–Pero eso carece de importancia en este momento. Me dirijo a ustedes para pedirles que sean generosos en sus donaciones y para anunciar que, por cada dólar que donen, la Thurston Holdings donará diez. El total de lo que consigamos se publicará mañana en los periódicos de la ciudad. Les ruego que hagan un esfuerzo y que marquemos la diferencia esta noche...

Entre los aplausos y risas posteriores, Hugo tomó a Amy entre sus brazos y añadió, mientras la sacaba de allí:

–Y ahora, si nos excusan... llevo una semana en el desierto. Demasiado tiempo sin la mujer que amo.

Capítulo 12

TRES días después, en una cálida tarde de sábado, se despidieron de Maud y Rachel en el puerto de Darwin. Las dos mujeres iban a hacer un crucero de quince días por la imponente costa de Kimberley.

La idea de que Rachel lo sustituyera había sido del propio Hugo, y Maudie se mostró encantada desde el primer momento.

Cuando el barco desapareció en la distancia, Amy comentó:

–Es fantástico. Rachel se va a divertir mucho. Verá muchas rocas...

–Y hasta es posible que mi abuela aprenda algo sobre la historia del granito –dijo Hugo con humor–. Pero me alegro que no se haya empeñado en llevarse a Buster.

–¿Para qué? Ella ya tiene sus rocas. Buster es cosa mía.

–¿Y yo? ¿También soy cosa tuya?

Ella lo miró y sonrió, pero no dijo nada. Era evidente que todavía se sentía insegura sobre su futuro común.

–¿Qué te parece si cenamos juntos esta noche?

Amy respiró hondo.

–¿Puedo llevar a Buster?

–Por supuesto. De hecho, tengo un regalo para él.

Hugo la tomó de la mano y la llevó al coche, donde abrió el maletero y sacó un bolso de cuero de color crema, verdaderamente bonito.

–¿Es para mí?

–Claro. Me pareció que necesitarías un bolso más elegante que el que sueles usar para llevar a tu perro.

–¿Por qué lo dices? ¿Es que vamos a ir a algún sitio donde tengo que estar elegante?

–Sí.

–¿Y tendré que vestirme bien?

–Desde luego.

–Hugo, yo no soy muy buena con esas cosas...

–Ni yo, pero aprenderemos juntos. ¿Vendrás a cenar conmigo?

Ella dudó un momento y asintió.

–Sí, iré contigo. Iré contigo adonde me lleves.

Hugo la acompañó a su apartamento y le dio media hora para vestirse. Cuando volvió al piso, ella se había puesto el más bonito de sus vestidos de noche y él, un traje negro con camisa blanca.

Amy pensaba que la llevaría a cenar a algún restaurante lujoso de Darwin; pero para su sorpresa, la llevó al helipuerto y se puso a los mandos de un aparato.

–No te preocupes. Soy piloto y tengo muchas horas de vuelo –declaró él con una sonrisa.

–Nunca había subido a un helicóptero...

–Pues relájate y disfruta del viaje.

Una hora más tarde, cuando sobrevolaban uno de los parajes naturales más bellos de Australia, el helicóptero empezó a descender. Amy se asomó por la ventanilla y divisó una catarata gigantesca, formada por las aguas de tres ríos. Era lo más hermoso que había visto en toda su vida.

–¿Te has traído el bañador? –dijo él.

–No.

–Pues va a ser un problema...

Ella volvió a mirar hacia abajo.

–Bueno, tengo un pijama en el bolso. Me lo puedo poner.

–Y si nadas en pijama, ¿qué vas a usar para dormir?

Ella se limitó a lanzarle una sonrisa de picardía.

Justo entonces, vio que el helicóptero iba a aterrizar en un terreno llano junto al que habían instalado una mesa, unas sillas y un pabellón pequeño.

–¿Me has hecho ponerme un vestido de noche para esto?

–¿Te parece que no merece la pena?

–Sí, claro que sí... pero podríamos haber cenado en Darwin...

–Podríamos haber cenado en Darwin, pero allí no podíamos nadar –dijo–. Aunque tendrás que estar al tanto de los cocodrilos.

–¿Aquí hay cocodrilos?

Él rio.

–No, no te preocupes; no hay cocodrilos. Aquí solo estamos nosotros. Tenemos permiso de los indígenas.

El helicóptero tomó tierra y Hugo la llevó a la mesa. Amy no sabía qué decir. Se había quedado sin habla.

–¿Sirvo la cena, mi amor?

Hugo abrió una cesta y sirvió una cena consistente en rollitos de mantequilla, una ensalada, ostras y langosta con una salsa de mayonesa al limón que resultó estar extraordinariamente buena. Cuando terminaron, le ofreció mouse de chocolate, cerezas, fresas y

una botella de champán.

–Si intentabas seducirme, lo has conseguido –dijo Amy mientras se tomaba la última fresa.

–Pues esto no es todo lo que te espera...

Amy lo miró a los ojos y preguntó:

–¿Puedo nadar?

–¿En pijama?

–No, creo que voy a dejar el pijama para más tarde.

Ella se levantó, le dio la espalda y se dirigió a una poza cercana, de aguas cristalinas. Una vez allí, se quitó el vestido y la ropa interior y se metió dentro.

Hugo también se metió, pero mantuvo las distancias con Amy, como si notara que necesitaba estar sola un rato. Y tenía razón. Estaba asustada. Se había enamorado de Hugo y sabía que él se había enamorado de ella, pero todo era tan maravilloso y tan abrumador que le parecía irreal, casi un sueño.

Al cabo de un rato, él salió del agua, se volvió a vestir y se acercó a la orilla con unas toallas para Amy.

–Lo siento, Amy. Creo que te he asustado...

–No me has asustado –mintió.

Amy salió del agua. Él la envolvió con una de las toallas y le dio un beso en la nariz.

–¿Quieres volver a casa?

–No.

Hugo sonrió y le alcanzó el vestido.

–Hugo...

–¿Sí?

–Yo no pertenezco a este lugar.

–Ni yo tampoco. Aunque no haya cocodrilos, es poco hospitalario.

–No me refería a eso. Me refería a...

–Lo sé, Amy –la interrumpió–. A mí me pasa lo mismo. De hecho, te he traído aquí porque quería estar lejos de la gente y de las cámaras para decirte una cosa. Pero quizás sea mejor que te vistas antes...

Ella se vistió y él la llevó a la entrada del pabellón, donde se detuvo.

–Entra y echa un vistazo.

Amy se quedó pasmada. Dentro, había una cama con sábanas, mantas y montones de cojines donde apoyarse.

–¿Cómo has traído todo eso? –preguntó con una sonrisa.

–En helicóptero, claro.

–¿Y si no hubiera venido contigo?
–No sé. Supongo que habría invitado a Harold y a Margaret –ironizó–. Pero todavía no has visto tus regalos...
–¿Tengo regalos?
–Sí, tres.
Hugo se acercó a la cama y sacó tres paquetes que estaban escondidos debajo. Los tres, envueltos con papel verde y cerrados con una cinta blanca.
–¿No los vas a abrir?
Ella se sentó en la cama y abrió el primero. Era un libro.
–¿Qué es esto... ?
–Mira dentro.
Amy lo abrió y se llevó la sorpresa de su vida al encontrar la historia de los arrerntes, la tribu de indígenas a la que pertenecía Bess.
–¿De dónde ha salido?
–Uno de los hombres con los que estuve la semana pasada es de la tribu de Bess –respondió Hugo, sonriendo–. El libro contiene las historias que se han ido transmitiendo de generación en generación durante siglos. Pero hay más paquetes...
Sin salir de su asombro, Amy alcanzó el segundo y lo abrió. También era un libro, y más especial que el anterior. Era un resumen de su vida y de la de Rachel, con certificados escolares, notas de prensa y fotografías de su infancia, de sus padres adoptivos y hasta de la tumba de Bess.
–Oh, Rachel...
–Sí, tu hermana me ayudó. Es una suerte que no haya empezado a trabajar. Le ofrecí que me ayudara a cambio del pasaje del crucero. Ella también tiene un ejemplar.
–Pero, ¿cómo habéis podido... ?
–Con mucho trabajo y esfuerzo.
Ella quiso reír, pero no pudo.
–Oh, Hugo...
–Hay un paquete más, Amy.
Amy alcanzó el tercero y lo abrió. Al igual que los dos anteriores, contenía un libro. En la portada se leían dos nombres: Amy y Hugo. Y en la primera página, estaba la fotografía que les habían sacado en el pasillo del *Ghan*.
El resto de las páginas estaban en blanco, pero había algo voluminoso que llamó su atención.
Un anillo.
Ella lo sacó y lo miró en silencio. Era de oro blanco, con un

diamante solitario y una hilera de cristales de color rosa.

–Como ves, el libro está vacío. Lo está porque todavía no hemos escrito nuestra historia. Pero si aceptas ese anillo, la escribiremos.

Amy estuvo a punto de romper a llorar.

–Los cristales son feldespatos rosa del Uluru –continuó–. No se puede decir que sean joyas preciosas, pero... no sé, me pareció lo más apropiado para nosotros.

Ella miró el libro, miró el anillo, miró a Hugo y, de repente, tuvo la sensación de que todas las piezas encajaban.

Aquel era el hombre con quien quería compartir su vida.

Era su mundo, su hogar.

–Amy... –Hugo la tomó de la mano–. Sé que no tienes bigote y que no te interesan los nabos; pero a pesar de esos inconvenientes, te amo con todo mi corazón, con todo mi ser. ¿Quieres casarte conmigo?

Amy solo podía decir una cosa.

No tenía elección.

Hugo era todo lo que deseaba.

Llevó las manos a su cara y le dio un beso en los labios. Luego, se apartó de él un momento, respiró hondo y dijo, casi en un susurro:

–Sí, Hugo Thurston, me casaré contigo. Porque te amo con locura; porque creo que tenemos toda una historia por escribir, juntos... Y porque sé que estamos hechos el uno para el otro.

Olas de emoción

Capítulo 1

FINN no tenía intención de hacer nada con Rachel Cotton, pero los pasajeros con más edad del *Kimberley Temptress* estaban en desacuerdo. Desde que zarparon de Darwin, no dejaban de darle consejos.

–¿Qué es un crucero sin un poco de amor? –le decían–. Tienes que acercarte a ella. Dejarla impresionada.

Y desde luego, la había impresionado. Por el procedimiento de tirar a su abuela por la borda.

Aunque eso tampoco entraba en sus planes.

Esme y Jason, los guías turísticos del barco, estaban ayudando a los pasajeros a cruzar la pasarela que habían tendido para llegar a una playa. Esme se encargaba de llevarlos hasta el final y los dejaba en manos de Jason, que se encargaba del resto.

Pero Esme soltó a Maud antes de tiempo y Maud se tambaleó.

Al darse cuenta de lo que pasaba, Finn intentó llegar a la pasarela. Desgraciadamente, no llegó a tiempo. Maud osciló de un lado a otro y golpeó a Finn, que en ese momento intentaba maniobrar para adelantar a Esme.

Y Maud, una mujer de ochenta y tres años, cayó al agua. En una zona bastante profunda.

Rachel Cotton soltó un grito de terror y corrió a la pasarela, pero Finn la agarró e impidió que saltara al mar.

–Quédate aquí –ordenó.

Finn era el propietario de la línea de cruceros *Temptress*. No estaba allí en calidad de pasajero, sino para observar de incógnito el rendimiento de la tripulación. Su trabajo no consistía en salvar a la gente ni en impedir que saltaran por la borda; pero en esas circunstancias, no tuvo más remedio que intervenir.

–¡Suéltame! ¡Suéltame! –protestó ella.

Rachel era rubia, delicada y muy guapa. Y también pataleaba como una loca, como Finn pudo comprobar segundos después, cuando se llevó un rodillazo entre las piernas.

Dolido, se giró hacia Jason y dijo:

–No la sueltes.

Luego, saltó al agua.

Rachel consideró la posibilidad de usar sus conocimientos de artes marciales para librarse de Jason, un hombre casi tan fuerte como Finn, pero se lo pensó mejor.

–No te preocupes –dijo él–. La salvará.

Ella asintió. La suerte de Maud dependía ahora de un hombre al que había conocido durante el primer día de crucero, a través del sobrecargo.

–Rachel, te presento a Finn Kinnard, un constructor de barcos de Estados Unidos. Finn, te presento a Rachel Cotton, geóloga –había dicho el hombre, obviamente decidido a que los cuarenta pasajeros del *Temptress* se llevaran bien–. Sois los únicos solteros del barco... espero que os divirtáis.

Intrigada con el trabajo de Finn, Rachel preguntó:

–¿Qué tipo de barcos construyes?

–Barcos pequeños, de madera. ¿Y tú? ¿A qué tipo de geología te dedicas?

–A la de rocas grandes.

Fue una conversación breve, pero suficiente para que Rachel se diera cuenta de que el alto, moreno y atractivo Finn Kinnard no encajaba en la imagen de un pasajero solitario que se alojaba en un camarote normal y corriente, como cualquier otro turista. Era demasiado carismático. Rezumaba autoridad y confianza en sí mismo.

–Es impresionante –dijo Maud en cuanto lo vio–. Y construye barcos... Oh, me encantan los hombres que saben usar un martillo... Deberías insinuarte, Rachel. Una aventura amorosa te sentaría muy bien.

Rachel no estaba interesada en aventuras de ninguna clase, pero no podía negar que era un hombre tan impresionante como encantador. Siempre estaba dispuesto a bromear con los pasajeros de mayor edad y a echarles una mano cuando lo necesitaban.

Y ahora era ella quien necesitaba su ayuda.

Para que Maud no muriera ahogada.

O devorada por los cocodrilos, porque el norte de Australia estaba infestado de cocodrilos.

–¡La tiene! –exclamó Jason–. Creo que... ¡Sí, sí, ya salen!

Momentos después, Maud y Finn salieron a la superficie. La anciana tosió varias veces, se giró hacia el hombre que la había rescatado y, a continuación, respiró hondo y habló como si no hubiera pasado nada en absoluto.

Rachel pensó que era típico de ella.

–Muchas gracias, jovencito... Oh, creo que he perdido mi pamela. Pero no te molestes en buscarla. Me compraré otra con el dinero del seguro.

La gente rompió a reír. El capitán sacó a Maud del agua mientras un marinero ayudaba a Finn. Risas al margen, la amenaza de los cocodrilos era real.

Maud se esforzó por mantener la dignidad. Su falda, su blusa y sus zapatos estaban completamente empapados, pero hizo caso omiso y se dio un golpecito en el moño para asegurarse de que seguía en su sitio y de que tenía un aspecto presentable.

Entonces, Rachel se libró de Jason y se arrojó a los brazos de la mujer que, en poco tiempo, se había convertido en su mejor amiga.

–¡No me abraces, niña! –protestó Maud–. Te vas a mojar.

Rachel no le hizo caso.

–Lo siento mucho –intervino el capitán–. No sé lo que ha pasado. Se supone que la tripulación está preparada para impedir que...

–No quiero que castigue a la tripulación –lo interrumpió Maud–. La culpa es mía. Debería haber sido más cuidadosa. Además, no me había divertido tanto en muchos años. Ser rescatada por un caballero como el señor Kinnard... ha conseguido que el corazón de esta anciana vuelva a latir otra vez.

Maudie dedicó una sonrisa a Finn y una mirada intensa a Rachel, que desconfió al instante. La conocía bien y sabía lo que estaba pensando. Quería emparejarla con él; hacer, una vez más, de Celestina.

–Y ahora, si me dais unos minutos para que me cambie de ropa, me gustaría ir a la orilla y disfrutar de esas pinturas rupestres de las que tanto me han hablado –continuó Maud–. No voy a permitir que todo esto haya sido para nada.

–Deberías descansar un momento –dijo Rachel.

Los ojos de Maud brillaron. Se giró hacia Finn y preguntó:

–¿Tú necesitas descansar, jovencito?

–¿Yo? No –contestó Finn, desconcertado.

–Entonces, yo tampoco. Puede que esté empapada y que no tenga un aspecto tan maravilloso como tú, Rachel, pero me visto deprisa. Solo tengo que cambiarme de falda y de blusa... así que deja de preocuparte, querida. Sigamos con nuestra aventura.

Maud había dejado claro que se encontraba bien. Pero Rachel no se había repuesto del susto, así que Finn retomó su sugerencia y decretó que, efectivamente, necesitaban unos momentos de

descanso. Dijo que había cambiado de idea y que necesitaba cambiarse de camisa. Maud, que comprendió el motivo de cambio de opinión, asintió y sonrió. Quería dar tiempo a Rachel para que se recuperara.

Las dos mujeres desaparecieron en el interior del barco y Finn pensó que quería ser como Maud cuando llegara a su edad. Una persona indómita, capaz de afrontar cualquier cosa y de tomárselo todo con sentido del humor.

Sabía mucho de Maud Thurston. Era la matriarca de la familia Thurston y de la Thurston Holdings, una de las empresas australianas más importantes. Su biografía estaba al alcance de cualquiera, así que no había tenido problemas para investigarla.

Pero no podía decir lo mismo de su acompañante, Rachel Cotton.

Se suponía que Maud iba a hacer el crucero con Hugo Thurston, su nieto. Y dos días antes de que zarparan, Rachel ocupó su lugar.

Él se preocupó en cuanto lo supo. Se había embarcado con el nombre de Finn Kinnard para que ningún miembro de la tripulación reconociera el nombre del dueño de la empresa, Fineas J. Sunderson. Y por el mismo motivo, había investigado a fondo la lista de pasajeros.

Su naviera organizaba cruceros a los parajes más remotos del mundo. El *Kimberley Temptress,* que realizaba el trayecto de Darwin a Broome, por uno de los parajes más bonitos de la costa australiana, debía ser uno de los barcos que diera más beneficios. Pero no los daba. Habían recibido quejas y las reservas de plazas se estaban desplomando.

No estaba allí para vigilar a los pasajeros, sino para vigilar a la tripulación.

Sin embargo, Rachel le había llamado la atención desde el principio. Trataba a Maud como si fuera su nieta, pero no se parecía a ella ni en su aspecto ni en su forma de vestir. Era rubia, baja y carecía del refinamiento de la matriarca de los Thurston. Llevaba pantalones cortos y camisetas desgastadas y se recogía el pelo con una sencilla goma.

Era una mujer normal, muy distinta a las mujeres a las que estaba acostumbrado. Pero le gustaba.

Cuando las dos mujeres reaparecieron, él las miró y sonrió.

–Habéis tardado muy poco...

–No tanto como tú, jovencito –dijo Maud, devolviéndole la sonrisa.

Rachel, que seguía un poco pálida, carraspeó.

–Siento lo del rodillazo. Estaba tan asustada que…

–Puede que me lo mereciera –declaró él–. No reaccioné con la rapidez necesaria. Aunque, de todas formas, estoy seguro de que no habría pasado nada. Si no hubiera saltado yo, habría saltado cualquier otra persona.

–Pero los cocodrilos…

–Los cocodrilos suelen estudiar a sus presas antes de atacar. Normalmente, solo son peligrosos si te quedas demasiado tiempo en el agua –explicó–. Tu abuela no ha estado en peligro ningún momento.

–Ah…

–Rachel no es mi nieta –intervino Maud–; solo es una buena amiga. Y últimamente, no se encuentra muy bien… perdió a su bebé hace un año. Este crucero forma parte de su proceso de recuperación.

Rachel se giró hacia Maud, la miró con asombro y abrió la boca para protestar, pero Maud fue más rápida.

–Vamos, querida… Finn merece saber por qué estás tan pálida. Ha sido todo un caballero al lanzarse al agua para salvarme. No quiero que piense que sigues preocupada con lo que me ha pasado.

–Oh, lo siento –dijo Rachel, confusa–. No me había dado cuenta de que tuviera tan mal aspecto.

–Si has perdido un bebé, puedes tener el aspecto que quieras –declaró él–. ¿Seguro que te sientes con fuerzas para ir de excursión? Esme y uno de los marineros se han ido con el grupo, pero Jason se ha quedado abajo, esperando.

–Bueno… es una subida importante, pero me encuentro bien. Y sé que Maudie está en buena forma.

–Quizás deberías quedarte –dijo Maud–. Tu cadera…

–A mi cadera no le pasa nada –afirmó Rachel, que se giró hacia Finn–. Tuve un accidente hace tiempo, pero me estoy recuperando. Si podemos convencer a Jason para que nos acompañe…

–Seguro que podemos –dijo Finn–. La tripulación está para eso.

Jason, que conocía bien la zona, los llevó a un lugar más accesible que la del grupo principal, pero con pinturas rupestres no menos espectaculares. Mientras caminaban, Finn pensó que era un buen guía; daba las explicaciones oportunas y hablaba con un entusiasmo que le gustó. Justo el entusiasmo que el crucero necesitaba.

Pero él conocía la empresa y sabía que algo andaba mal.

Primero, el barco sufrió un problema con los motores y perdieron la marea baja. Después, la tripulación puso la pasarela en una zona de rocas en lugar de ponerla en una playa de arena, más segura. Y por último, Esme se había distraído y había soltado a Maud antes de tiempo, propiciando un accidente.

Por separado, parecían problemas sin importancia; pero en conjunto, eran el tipo de cosas que podían arruinar un crucero. El simple hecho de que perdieran la marea baja significaba que los pasajeros no podrían acceder a algunas playas ni pasear por los arrecifes.

Por eso estaba allí; para descubrir lo que pasaba y encontrar soluciones. Pero, en lugar de eso, se dedicaba a pasear con una mujer preciosa por uno de los paisajes más bellos de la costa australiana.

En determinado momento, notó que Rachel cojeaba un poco y quiso echarle una mano. Ella sacudió la cabeza y sonrió.

–No, gracias. Ya es hora de que empiece a caminar sin ayuda.

Al llegar al final de la playa, empezaron a subir por la pendiente de un acantilado. Maud se había adelantado e iba de la mano de Jason, charlando amigablemente con él, así que Rachel y Finn se quedaron solos.

–No puedo creer que por fin esté aquí... –continuó ella.

Finn pensó que no le habría importado que Rachel necesitara ayuda. Habría dado cualquier cosa por tomarla de la mano.

No sabía por qué, pero le atraía mucho.

Sin maquillaje, con una camiseta que le quedaba grande y unos vaqueros convertidos en pantalones cortos a base de tijera, casi parecía una persona sin hogar.

Pequeña y vulnerable. Quizás fuera eso lo que le atraía; y quizás, al mismo tiempo, lo que le hacía andarse con cuidado. Rachel Cotton era de la clase de mujeres que siempre le habían gustado a su padre. Hasta su madre había sido así. Hasta su abuela lo había sido: guapa, delicada y pequeña, pero también histérica, excesivamente emocional y exageradamente dependiente.

–¿Habías oído hablar de esas pinturas rupestres? –preguntó él.

–Por supuesto. Conozco esta zona desde que era una niña... he leído todo lo que se puede leer al respecto. Pero no había estado nunca.

–¿Es tu primera visita?

Ella asintió.

–Sí. Gracias a Maud, he podido cumplir un viejo sueño –respondió–. Pero la he visto tantas veces en los libros que me siento

como si fuera de aquí. ¿Sabías que los fósiles son muy poco habituales en el neoproterozoico de Kimberley?

Finn sacudió la cabeza y la dejó hablar.

–Esta zona es tan antigua que aún nos sigue sorprendiendo con sus tesoros... Como las pinturas rupestres, por ejemplo. Tienen miles y miles de años de historia. Y se han encontrado restos que, según las últimas investigaciones, podrían ser de... –Rachel sacudió la cabeza y se ruborizó–. Oh, discúlpame. Si mi hermana estuviera aquí, diría que ya estoy otra vez con mis cosas raras. Confieso que soy una obsesa.

–¿Del arte prehistórico? ¿O de las piedras?

–De las piedras. Soy geóloga. Las piedras son el amor mi vida.

Mientras Rachel seguía subiendo por la pendiente, él pensó que las piedras no habían sido su único amor. Había perdido un bebé. Y si se había quedado embarazada, era obvio que había estado con un hombre.

Pero Maud no había dicho nada al respecto.

Finn sacudió la cabeza. Hasta entonces, solo sabía que era amiga de Maud y que tenía una hermana.

Ardía en deseos de saber más.

Sin embargo, se recordó que Rachel era una pasajera y que él solo iba a estar dos semanas en el *Kimberley Temptress*. No debía hacerse ilusiones. Sabía lo que pasaba cuando la gente se empeñaba en vivir una fantasía. Su padre se lo había enseñado bien.

Embarcarse en el crucero con el nombre de Finn Kinnard le había resultado fácil porque, en realidad, él era Finn Kinnard. El nombre de su padre, propietario de la naviera Sunderson Sipping Line, era Charles J. Sunderson; el de su madre, una mujer pequeña y vulnerable, Mary Kinnard. Su relación había durado menos de una semana. Lo justo para una aventura romántica en un barco de la que había surgido un hijo que nadie deseaba, él.

Finn no quería repetir el error de sus padres.

–Siento haberte aburrido –continuó ella.

–No me estás aburriendo. Háblame de tus rocas.

Rachel arqueó una ceja.

–¿Lo dices en serio?

Él sonrió.

–Por supuesto que sí.

Ella le devolvió la sonrisa.

–Muy bien, como quieras... Creo que los sedimentos de este lugar son del periodo proterozoico y proceden de un cratón del arqueozoico.

–Sí, por supuesto... –declaró, sonriendo de oreja a oreja.

–¿Tú también lo sabías? Excelente. En tal caso, habrás notado la gran deformación que se produjo durante el emplazamiento de las masas. Es un proceso complejo, pero estaría encantada de explicártelo.

–¿Me lo contarás en detalle si te invito a cenar algún día?

Rachel rio.

–Naturalmente.

–Entonces, no te invitaré a cenar.

Los dos rompieron a reír.

Finn pensó que su risa era maravillosa. Rachel le pareció más bella y más atractiva que nunca; pero sobre todo, le pareció más cerca que nunca de ser una amiga. Y le sorprendió. Se sentía cómodo con ella, relajado. Como si hubieran establecido una conexión.

El temor a mantener una relación amorosa con una mujer que le recordaba a su madre estalló en pedazos. Aquello no era un amor en potencia, sino una amistad en potencia.

Con una mujer impresionante.

Una mujer que había sufrido un accidente y que había perdido un bebé.

–¿Puedo hacerte una pregunta? –dijo ella.

–Claro.

–¿Por qué te has embarcado solo?

–¿Por qué no?

–Bueno, para empezar, porque es caro.

–Me lo puedo permitir.

–¿Sí? Yo, no... estoy aquí porque el nieto de Maudie se enamoró de mi hermana y quiso quedarse con ella en lugar de zarpar con su abuela.

–Qué voluble –bromeó.

–Como todos los hombres –afirmó ella, siguiendo la broma.

–No, no como todos.

–Por supuesto que no. De hecho, Hugo no es nada voluble... Estoy segura de que Amy y él serán muy felices.

Finn notó un fondo de dolor en sus palabras y estuvo a punto de interesarse, pero se contuvo. A fin de cuentas, no era asunto suyo.

Jason y Maud seguían por delante de ellos, a cierta distancia. Ahora estaban a muchos metros por encima del mar de Timor, entre los enormes acantilados de tierra adentro y las islas minúsculas salpicaban el mar.

Segundos más tarde, Jason y Maud desaparecieron tras una peña

y Rachel y él se quedaron solos en un mundo donde no había nada más que rocas, océano y plantas autóctonas que luchaban por su supervivencia. Finn se detuvo, dejando que el sol le calentara la cara, y se dijo que era un lugar perfecto para pensar y poner las cosas en perspectiva.

Ella también se detuvo.

–Estar aquí es todo un privilegio, ¿no crees? –declaró Rachel.

Él no dijo nada. No había necesidad. Se limitaron a disfrutar del calor del sol y de la paz del momento.

El silencio se extendió y Finn fue aún más consciente de la presencia física de Rachel Cotton. Ninguna de las mujeres que conocía habría sido capaz de disfrutar tranquilamente de un silencio tan intenso y largo como aquel. Las únicas personas que podían disfrutar de ese tipo de silencio eran las que habían aprendido que la tranquilidad era una bendición.

Y cabía la posibilidad de que Rachel lo hubiera aprendido por las malas.

–Deberíamos seguir –dijo ella, a regañadientes–. Si tardamos mucho, Maudie pensará que nos hemos caído por un acantilado.

–Lo dudo. Se lo está pasando a lo grande con Jason.

Rachel sonrió con afecto.

–Sí, es cierto. Aunque Maud se divierte con cualquiera... Estaba muy deprimida con la muerte de su esposo, pero se está recuperando y ha empezado a vivir otra vez. Cuando conoce a personas excepcionales, se hace amiga suya de inmediato. Y si no son tan excepcionales, se interesa por ellos e intenta descubrir sus partes buenas.

–¿La conoces desde hace mucho?

–No... desde hace tres semanas –explicó–. Viajamos juntos en el *Ghan*, el tren que hace el trayecto de Adelaida a Darwin. Mi hermana conoció a su nieto y se enamoraron. Yo no empiezo a trabajar hasta el mes que viene, así que ocupé el sitio de Hugo en el crucero. No se puede decir que haya sido un sacrificio.

–De modo que se conocieron y se enamoraron... Amor a primera vista. Parece increíble.

–¿Por qué lo dices? ¿No lo crees posible?

–Me temo que no –contestó–. ¿Y tú? ¿También estás buscando un flechazo?

–¡No! –exclamó.

Finn se arrepintió de habérselo preguntado. Ni siquiera sabía por qué lo había hecho.

–Discúlpame, Rachel. No tenía derecho a preguntarte algo así.

Ha sido una estupidez. No es asunto mío.

–Bueno, tu vida privada tampoco es asunto mío... y sin embargo, te acabo de preguntar por qué viajas solo.

Él sonrió y la tensión se disipó un poco.

–Supongo que tienes razón. No hay nada malo en sentir curiosidad. Además, tú y yo no formamos parte de la demografía del crucero, por así decirlo.

–Es verdad. Viajamos con tres parejas de luna de miel y un montón de personas por encima de los cincuenta. Pero debes saber algo importante...

–¿De qué se trata?

–Maud nació para Celestina. Y como te has convertido en su héroe, hará todo lo posible por emparejarnos. Si yo estuviera en tu lugar, mantendría una relación apasionada con alguna de las hermanas Taggert. Para disuadir a Maudie.

Finn soltó una carcajada. Las hermanas Taggert tenían más de setenta años.

El momento de tensión había pasado.

Finn se dijo que tendría que hilar fino. Quería la amistad de Rachel, pero nada más. Fueran cuales fueran las intenciones de Maud, él no estaba buscando una aventura amorosa en un crucero.

Y no creía en los flechazos.

Al dar la vuelta a la siguiente formación rocosa, vieron que Jason y Maud habían seguido subiendo y que Maud les hacía señas con la mano.

–¡Están aquí! –exclamó–. ¡Las pinturas están aquí! ¡Son una maravilla! ¡Pura magia! ¡Subid y disfrutadlas con nosotros!

–Esa es mi Maudie –dijo Rachel, sonriendo–. Ve magia en todas partes.

Finn pensó que a ella le pasaba lo mismo, pero se mordió la lengua.

Empezaron a subir. Él notó que Rachel tenía molestias cuando forzaba demasiado la cadera y la observó con atención, aunque sabía que no aceptaría su ayuda. Al llegar arriba, Rachel saludó a Maud y se puso a mirar las pinturas rupestres.

Eran extraordinarias. Hombres y mujeres estilizados que no se parecían a ninguna etnia conocida; animales extinguidos y dibujos que mostraban un paisaje de praderas que no guardaban ninguna relación con el que estaban viendo.

Rachel fue de pintura en pintura, sin hacer ademán de tocarlas. Los guías como Jason habían recibido la formación necesaria para proteger aquellas maravillas, y Finn sabía que habría reaccionado

con rapidez si Rachel las hubiera querido tocar.

Pero no fue necesario.

En cuanto a Maud, trataba las pinturas con el mismo respeto. Aunque Finn se dio cuenta rápidamente de que la anciana no estaba tan fascinada por el arte rupestre como por la reacción de asombro y de felicidad de Rachel.

Lo examinó todo, con gran detenimiento. Cuando terminó de ver la pared principal, se metió en una cueva secundaria por un túnel estrecho.

–¡Mirad estos animales! Oh, Dios mío... ¡Venid a verlos!

–No me voy a meter en una cueva para ver animales –protestó Maudie.

Jason se quedó afuera porque no podía entrar sin mancharse el uniforme, así que, al final, tuvo que ser Finn quien siguiera a Rachel.

Como había poca luz, Finn sacó su teléfono móvil y activó una aplicación que convertía el aparato en una linterna.

El techo de la cueva estaba lleno de pinturas de animales.

–No es posible que los pintaran aquí –declaró ella, hechizada con las pinturas de color ocre y rojo–. Supongo que, originalmente, estarían en la pared exterior de la roca... la deformación del magma las habrá empujado al interior. ¿Te imaginas la cantidad de cosas que seguirán ocultas en las profundidades?

–Se podría decir que el movimiento del acantilado las ha protegido durante siglos...

–Sí. Estas rocas son una especie de centinelas del arte. Centinelas silenciosos.

Finn miró nuevamente las pinturas y, a continuación, miró a Rachel.

Estaba tendida en el suelo, de espaldas, con el techo de la cueva a poco más de medio metro de su cabeza. Su cabello rubio se había manchado con la tierra roja del fondo, y tenía una línea rojiza en la frente.

Con la linterna iluminando los animales, Rachel no era más que una silueta mugrienta que, además, ni siquiera le estaba mirando a él.

Amigos.

De nuevo, Finn se recordó que solo podían ser amigos.

Pero tumbado allí, a su lado, a pocos centímetros de su brazo desnudo, sintió algo muy diferente a la amistad.

La sintió como mujer.

Cerró los ojos un momento y se dijo que no debía sentir ese tipo

de cosas. Su vida ya era demasiado complicada para complicarla más.

Y no quería complicaciones.

Entonces, ella giró la cabeza hacia él, ruborizada por el entusiasmo que la dominaba, y Fin tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no cerrar los brazos alrededor de su cuerpo y besarla con pasión.

Pero se preguntó cómo habría reaccionado si se hubiera dejado llevar.

Y supuso que no habría reaccionado bien. Rachel Cotton tampoco estaba buscando una relación amorosa.

–Soy tan feliz que podría morir de felicidad –dijo ella.

–Bueno, no nos hemos internado tanto en la cueva... si nos retorcemos un poco, estoy seguro de que podremos salir –declaró en tono de broma–. No creo que este vaya a ser el último día de nuestras vidas.

–Sabes de sobra que no me refería a eso.

–Sí, lo sé.

Por su tono de voz, Finn tuvo la impresión de que aquella visita era una especie de punto final para Rachel. Como si estuviera diciendo que había sobrevivido el tiempo necesario para ver las pinturas rupestres de Kimberley y que ya se podía morir.

Finn se preocupó al instante. Y decidió echarle una mano.

–De todas formas, yo quiero hacer muchas cosas antes de morir... Por ejemplo, hoy nos van a servir barramundi en el barco. Y luego iremos a los arrecifes Montgomery y exploraremos el río Mitchell y las famosas cataratas horizontales. Y después, cuando lleguemos a Broome, me he prometido montar en camello. He estado en Broome varias veces, pero nunca he tenido ocasión de explorarlo.

Ella no dijo nada.

–Además, tengo entendido que en los acantilados de Broome hay huellas de dinosaurios. No me puedo morir antes de verlas...

–Bueno, yo...

La voz de Rachel sonó tan baja y débil que Finn supo que había acertado al preocuparse. Se acercó a ella y la besó en los estrechos confines de la cueva. Solo fue un roce, apenas la caricia de una pluma. Y se dijo que no podía ser nada más.

–No estarás pensando en rendirte ahora, ¿verdad? –insistió él–. La vida es maravillosa... está llena de cosas terribles, pero es maravillosa. Pase lo que pase, hay que seguir adelante. Siempre nos está esperando algo nuevo.

–¿Hablas por experiencia?

–Estoy lejos de ser un sabio, Rachel; pero sé que la vida merece la pena y que, si me hubiera muerto ayer, ahora no estaría aquí, contigo –respondió–. Incluso sospecho que la vida seguirá después de la comida de hoy… ¿quieres que lo descubramos juntos?

Se miraron a los ojos. Finn sintió el deseo de tomarla entre sus brazos y de besarla otra vez, con más apasionamiento.

Pero pensó que no podía.

No habría sido justo. Y además, sabía que la habría asustado.

–Tengo entendido que, además de barramundi, también nos van a servir un pudin de mango –continuó–. ¿Qué más podríamos pedir?

–¿Cómo sabes lo que nos van a servir para comer?

–Lo sé porque soy un espía excelente.

Ella volvió a sonreír.

–¿Pudin de mango, has dicho? ¿Estás seguro?

–Te doy mi palabra.

–Ante eso, ¿qué son miles de años de pinturas rupestres? Una insignificancia –bromeó.

–Bueno, no tanto, pero se le acerca. Y ahora… ¿qué te parece si salgo de la cueva y tiro de ti para ayudarte?

–No te molestes. Me las arreglaré –respondió–. Aún no estoy totalmente recuperada, pero debo hacerlo sola.

Esta vez, volvieron juntos al barco. Jason y Maud se pusieron a hablar de las maravillas de la zona, pero Rachel tenía tantos conocimientos sobre ella que los de Jason, un guía profesional, palidecían en comparación.

Finn consideró la posibilidad de contratarla. Pensó que sería una guía excelente y una gran ayuda para su empresa.

Y de paso, que él sería su jefe.

Pero eso no iba a ocurrir.

Además, Rachel se encontraba lejos de estar totalmente recuperada. Cuando llegaron al barco, cojeaba mucho.

–¿Podrías tomar a Rachel de la mano para cruzar la pasarela? –preguntó Maud–. No quiero que me imite y se caiga al agua.

Él le ofreció la mano, pero Rachel sacudió la cabeza.

–Vamos, Rachel… –insistió Finn.

Rachel la aceptó a regañadientes. Él la cruzó al otro lado y se dio la vuelta para asegurarse de que Maud no sufría otro accidente.

–Estoy bien… –declaró la anciana cuando llegó al barco–. Lo de esta mañana ha sido mala suerte, nada más. ¿Comerás con nosotros,

Finn?

–Me encantaría, pero no es posible.

Maud le dedicó una mirada tan intensa e implacable que Finn se sintió como un niño de seis años.

–¿Por qué no?

–Porque prefiero mi propia compañía. Tengo que leer unos libros.

–¿Y se puede saber por qué prefieres tu propia compañía?

–Bueno, yo…

–¿Es que estás casado?

Finn pensó que era una pregunta muy insolente por su parte, pero se dijo que Maudie tenía edad suficiente para concederse algunas libertades.

–No.

–Entonces, ¿eres homosexual?

Rachel se quedó boquiabierta.

–No, tampoco –contestó él.

–¿Y seguro que no tienes novia?

–¡Basta, Maudie! –protestó Rachel.

Maud le lanzó una mirada llena de inocencia.

–¿Por qué? Solo estoy preguntando. Finn es un hombre impresionante. Si está solo, será por algún motivo.

Él suspiró. No le podía decir el motivo de su presencia en el barco, pero Maud Thurston era una mujer inteligente y obstinada y, si no le daba alguna explicación, investigaría por su cuenta y hasta era posible que descubriera la verdad.

–No tienes que decirnos nada, Finn –declaró Rachel–. Maud, déjalo en paz.

–Descuida, no es ningún secreto… –Finn se las arregló para sonreír–. Puede que no esté casado, pero tampoco soy un solitario. Tengo tres semanas de vacaciones, lejos de mis dos hijos, y quiero disfrutar de ellas a fondo.

Rachel se quedó atónita. Y Maud lo miró con tanta desconfianza que Finn decidió añadir algo más para cortar su curiosidad en seco.

–Os voy a confesar algo que os parecerá extraño y, quizás, terrible… Connie y Richard, mis niños, son el resultado de dos aventuras amorosas en cruceros como este. Me temo que soy un seductor, Maud. Si yo estuviera en tu lugar, mantendría a Rachel tan lejos de mí como sea posible y renunciaría a esa idea de emparejarnos. Hazme caso. Es mejor que me dejes a solas con mis libros.

Capítulo 2

FINN se preguntó por qué había dicho eso.

Las caras de las dos mujeres cambiaron de repente. Pero supo que Maud Thurston pretendía seguir con el interrogatorio y la miró con frialdad para que se abstuviera de hacer más preguntas.

Maud asintió. Podía ser muy descarada, pero también era una mujer elegante. Sabía que había líneas que no se debían cruzar.

–Muy bien… Gracias por la advertencia, Finn –declaró–. Y gracias por haberme salvado esta mañana.

–Sí, te estamos muy agradecidas –se sumó Rachel–. Aunque no era necesario que nos dieras tantas explicaciones… Exageré al decir que Maud pretendía emparejarnos. Además, no tengo intención de arrojarme a tus brazos ni a los de ningún otro hombre. Y ahora, si nos perdonas, nos veremos en el comedor. Pero te doy mi palabra de que no te volveremos a molestar. Tendrás la soledad que necesitas.

Finn se había salido con la suya.

Las había asustado.

Pero minutos más tarde, mientras se duchaba, se volvió a preguntar por qué había dicho lo que había dicho.

Sus caminos se acababan de cruzar con los de una mujer que le parecía adorable, una mujer que le gustaba y a quien quería conocer en profundidad. Sin embargo, estaba seguro de que su padre había sentido lo mismo al principio de todas y cada una de sus múltiples aventuras amorosas.

Y no quería ser como él.

El abuelo de Finn había creado una línea de cruceros famosa por sus lujos y por los fantásticos lugares que visitaban; adoraba sus barcos y la experiencia que ofrecían a los pasajeros. Pero el padre de Finn, Charles J. Sunderson, no heredó sus virtudes; se dedicó a viajar por todo el mundo, interpretando el papel de empresario rico, y a seducir a muchas de las mujeres que conocía en los barcos.

Siempre elegía a las más inocentes. Tenía un modelo de víctima. Mujeres pequeñas, bonitas, vulnerables, que viajaban solas.

Finn había sido el primero de tres hijos, de tres mujeres diferentes, a las que Charles J. Sunderson terminó por olvidar. Su madre se embarcó en un crucero cuando tenía diecinueve años y

salió de él embarazada y hundida. Falleció cinco años después, dejando a Finn en manos de sus abuelos. Y cuando Finn creció y empezó a investigar, descubrió que tenía una hermanastra y un hermanastro que habían crecido en circunstancias aún más difíciles que las suyas.

Más tarde, su padre le dejó los restos de la naviera con la condición de que se cambiara de nombre. Finn estuvo a punto de rechazar la oferta. Si no había necesitado a su padre en treinta años, tampoco lo necesitaba entonces.

Pero luego supo algo más de sus hermanastros. Richard era un jovencito que trabajaba en un supermercado y que no tenía dinero para estudiar; Connie, una jovencita que trabajaba en una empresa textil y que, a pesar de su corta edad, empezaba a sufrir de artritis.

Cuando su padre falleció, Finn ya se dedicaba a construir barcos. Suponía que ese era el motivo por el que lo había elegido a él. Suponía que le había dejado la naviera en herencia porque había descubierto que sentía pasión por los barcos o, quizás, por el simple hecho de que sus abuelos no le hubieran pedido ayuda en ningún momento.

–Ese hombre te dejó en nuestras manos, así que no le podemos odiar –le dijo un día su abuelo–. Pero no queremos nada de él.

Finn no necesitaba a su padre y no necesitaba su dinero. Además, la naviera estaba en crisis y a punto de hundirse.

Pero Richard y Connie lo necesitaban.

Y él no tenía dinero suficiente para ayudarlos.

Al final, aceptó el desafío. Se cambió el nombre, se empezó a llamar Fineas J. Sunderson, vendió los barcos más grandes de la naviera y transformó la empresa en una línea de cruceros pequeños. Naturalmente, recibía un buen sueldo por su trabajo; pero el resto de los beneficios iban a parar a un fondo para Richard y Connie.

Y de repente, sin saber cómo, se llevó la sorpresa de que su nueva vida le encantaba. Disfrutaba de su trabajo y, además, había establecido una relación estrecha con sus hermanastros, que aún estaban asombrados de que su suerte hubiera cambiado de un modo tan radical.

Pero ahora, Finn había descubierto que el *Kimberley Temptress* tenía problemas. Y estaba decidido a encontrar la causa.

No tenía tiempo para complicarse la vida con Rachel Cotton.

Por eso había mentido a Rachel y a Maud. Por eso les había hecho creer que Richard y Connie eran sus hijos.

Incluso había faltado a la verdad al decir que eran niños. Richard y Connie, con los que compartía la gigantesca mansión de

su difunto padre, tenían veintiuno y veinticinco años respectivamente.

–Has hecho mal –se dijo en voz alta–. Te las podrías haber quitado de encima sin necesidad de mentir.

Finn sacudió la cabeza, arrepentido.

–Bueno, solo ha sido una mentira piadosa –continuó.

Pero no se podía engañar a sí mismo. Por muy piadosa que fuera, seguía siendo una mentira. Había engañado a dos mujeres. Igual que su padre.

En cualquier caso, se dijo que ya no tenía remedio y se recordó el motivo de su presencia en el barco.

Un fallo mecánico y un error de una empleada, Esme. En principio, no parecía gran cosa. Los fallos mecánicos eran normales; y en cuanto a Esme, suponía que había soltado a Maud antes de tiempo porque estaba cansada. Pero esos problemas, aparentemente insignificantes, podían hundir la reputación de sus cruceros.

Tenía que concentrarse en ello y empezar a trabajar.

No había embarcado de incógnito para elucubrar sobre la moralidad de engañar a una mujer con la que, a fin de cuentas, no iba a mantener ninguna relación.

Maud se sentó en la cama y miró a Rachel.

–Hay cosas que Finn no nos ha dicho. Ese hombre es un enigma.

–Ese hombre nos ha dicho más de lo que nosotras teníamos derecho a preguntar y a saber –replicó, ruborizada–. No tenías derecho a meterte en su vida.

Maud suspiró.

–Puede que no, pero me parecía tan perfecto... Y aún me lo parece.

–¿Incluso después de lo que nos ha contado?

–No sé qué decir... Su historia me parece extraña. No necesitaba ir tan lejos para que le dejáramos en paz. Se ha comportado como si quisiera convencernos de que es una especie de canalla honorable.

Rachel soltó una risita.

–Me gusta la definición. Canalla honorable –repitió–. En fin, me alegro de no ser su próxima víctima... pero, si no soy yo, ¿quién será? No hay muchas mujeres solteras en este barco. Quizás seas tú...

Maud también rio.

–Recuerda lo que te digo, Rachel. Finn Kinnard es algo más de lo que parece –afirmó–. Sin embargo, será mejor que te mantengas

alejada de él.

–Descuida, sé cuidar de mí misma.

–Aunque, por otra parte, es evidente que no le interesas…

Rachel carraspeó y se ruborizó un poco más.

–Bueno… me besó en la cueva.

Maud saltó de la cama.

–¿Cómo? ¿Qué has dicho?

–Lo que has oído. Que me dio un beso.

Maud se había quedado boquiabierta.

–¿Qué tipo de beso, Rachel?

Rachel volvió a reír y fingió que lo estaba pensando detenidamente, como si fuera un problema de carácter académico.

–Un beso dulce y suave. Más parecido a un roce que a otra cosa… Quién sabe, puede que no le gustara.

–¿Y a ti? ¿Te gustó?

–No me molestó –admitió–. Pero pretendo que se repita.

–Ya, bueno… Quizás hice bien al decirle que habías perdido un bebé –declaró, pensativa–. Puede que se apiadara de ti y que no quisiera sumar más dolor a tu dolor. Ya has tenido bastantes canallas en tu vida.

–Pero ningún canalla honorable… –dijo, sonriendo.

A pesar de su humor, Rachel estaba tan confundida como Maudie. En primer lugar, porque le había faltado poco para dejarse llevar en la oscuridad de la cueva y, en segundo, porque había notado que el beso de Finn era sincero.

–Será mejor que lo olvidemos –continuó–. Nos ducharemos, comeremos y, después, seguiremos con nuestro viaje. Vamos a ver muchos sitios preciosos. En comparación con ellos, Finn Kinnard es insignificante.

–No, no lo es –dijo Maud, sombría–. Puede que sea muchas cosas, pero te aseguro que no es insignificante.

Después de comer, salieron de excursión; y después de cenar, vieron una película. El día había sido tan largo y había tenido tantas emociones que Rachel estaba segura de que dormiría como un tronco.

Pero no fue así.

En lugar de eso, volvió a sufrir las mismas pesadillas que la habían asaltado durante meses y meses.

La pérdida de su hija.

Y se preguntó cuánto tiempo tardaría en superarlo.

Quizás habría sido más fácil si no se hubiera sentido tan culpable. Se había enamorado de un bailarín de la compañía de su hermana, Ramón; un hombre atractivo y encantador que había resultado ser un mentiroso.

Un día, después de trabajar, se subieron al coche. Ramón había estado con unos amigos, bebiendo, pero le aseguró que se encontraba bien y que podía conducir.

Tuvieron un accidente.

Después, los análisis de sangre de Ramón demostraron que le había mentido con el alcohol como había mentido con todo lo demás. Desgraciadamente, el daño ya estaba hecho. Rachel perdió al bebé que llevaba en su vientre, una niña.

Perdió al bebé porque creyó en las mentiras de Ramón.

Y a él ni siquiera le importó.

–Estas cosas pasan todo el tiempo. Te recuperarás –le dijo–. Pero mi tobillo... no podré bailar durante meses... Deja de llorar de una vez, mujer. Supéralo de una vez y empieza a preocuparte por mí.

Supéralo de una vez.

Había estado a punto de superarlo. El horror de aquellos meses se había esfumado durante las semanas anteriores, gracias al viaje en tren que había hecho con Amy, Maud y su atractivo nieto. Amy había encontrado el amor y ella había esparcido las cenizas de su hija en el monte Uluru, el lugar donde había crecido su abuela.

Por primera vez en mucho tiempo, se sentía en paz.

Pero, al parecer, eso no impedía que se despertara a las tres de la madrugada con las manos sobre el estómago y un intenso sentimiento de pérdida.

Se quedó tumbada y dejó que el dolor se disipara.

Pensó en lo que había hecho durante las semanas anteriores. Y pensó en las palabras de Finn, en su defensa apasionada de la vida y en la necesidad de seguir adelante.

Finn.

El hombre que la había besado.

–Esto es ridículo... –se dijo en voz alta.

Pero, ridículo o no, pensó en él y se sorprendió sonriendo en la oscuridad. No se sentía mal por lo ocurrido. Podía recordar aquel beso sin arrepentirse ni albergar expectativas. Finn había confesado ser un canalla honorable y se había retirado.

En su opinión, esa actitud era más propia de un caballero que de un canalla.

Aun así, se repitió que su relación era imposible, cerró los ojos e hizo un último intento por quedarse dormida.

Fracasó.

Le dolía la cadera. Siempre le dolía.

Además, acababa de tener una idea más atractiva que la de quedarse en la cama, dando vueltas y más vueltas.

El *Kimberley Temptress* no era tan grande como para tener una piscina de verdad. Sin embargo, tenía una piscina de spa en la cubierta superior; y como era poco profunda, no tenía vigilancia ni restricciones de horarios. De día, se llenaba con los pasajeros que preferían quedarse en el barco en lugar de sumarse a las excursiones; pero de noche estaba desierta y parecía un oasis bajo la luz de la luna.

Rachel pensó que sería un lugar perfecto para ver las estrellas. Y que el agua, templada por el sol durante muchas horas, le sentaría bien a su cadera.

Se levantó de la cama y se puso un bikini y una bata. Afortunadamente, Maud y ella dormían en camarotes separados, así que no corría el peligro de molestarla. Ya estaba harta de pensar en el pasado. Se encontraba en uno de los lugares más bonitos del mundo. Había llegado el momento de salir y disfrutar un poco.

Finn estaba entre las sombras de la cubierta superior, completamente vacía. Todas las tardes, los empleados retiraban las tumbonas para que los pasajeros pudieran tomar un cóctel y disfrutar de las vistas al anochecer. Sin embargo, nada impedía que un pasajero alcanzara una de las tumbonas, la montara en la parte más oscura y descansara un poco de madrugada. Un pasajero como él, por ejemplo.

Se había embarcado de incógnito porque sospechaba que tras los problemas del barco había un problema mayor. Tenía la sensación de que algunos de los empleados se dedicaban a traficar con drogas.

La tripulación del *Kimberley Temptress,* intachable durante mucho tiempo, había empezado a cometer errores extraños. La noche anterior, el barco se había salido ligeramente de su rumbo y se había acercado a las aguas jurisdiccionales de Indonesia.

Era demasiado sospechoso como para pasarlo por alto. Los guardacostas sabían que el crucero no salía nunca de aguas australianas, así que no se molestaban en registrarlo. Cabía la posibilidad de que alguien estuviera aprovechando esa circunstancia para subir drogas a bordo e introducirlas en Australia.

En realidad, habría sido muy fácil.

Pero era su barco y su tripulación, y le ponía tan enfermo que ni

siquiera podía dormir.

Y entonces, apareció ella.

Rachel.

Por motivos de seguridad, la luz de la piscina del spa se mantenía encendida. Rachel no pudo ver a Finn, pero Finn la vio perfectamente cuando se quitó la bata, se quedó en bikini y se metió en el agua.

Una vez dentro, se apoyó en la pared acolchada del lateral y se dedicó a contemplar las estrellas. Finn también las miró. Estando en alta mar y tan lejos de la costa, parecían más brillantes que nunca.

Pero se empezó a sentir culpable. Rachel no era consciente de su presencia, así que, en cierta forma, estaba invadiendo su intimidad.

Incómodo, se levantó de la tumbona para saludarla.

–¿Quién está ahí?

Finn se detuvo en seco. Era imposible que Rachel lo hubiera visto. La cubierta estaba demasiado oscura.

–¿Hola?

Al parecer, había notado su presencia.

–No te asustes, Rachel. Soy yo, Finn...

Ella se giró hacia las sombras y sacó medio cuerpo del agua.

–¿Finn? ¿Qué estás haciendo?

–Meditar.

Finn apareció en la piscina del spa con naturalidad, como si estar en cubierta en plena madrugada fuera lo más normal del mundo.

–¿Cómo has sabido que estaba aquí? –preguntó él.

–Mi abuela, una indígena koori, empezó a perder la vista con la edad; y como tuvo que aprender a reconocer las cosas por el sonido, se encargó de que Amy y yo también aprendiéramos. Nos llevaba a un parque de noche, apagaba la linterna, nos desafiaba a narrar lo que sentíamos y luego, nos decía si habíamos acertado o no. Tu tumbona ha crujido un poco –explicó Rachel–. Y he oído tu respiración.

–Escalofriante...

–No tan escalofriante como esconderse en una cubierta a oscuras.

Rachel hizo ademán de alcanzar la bata.

–No, por favor, no salgas del agua. Siento haberte molestado... Será mejor que vuelva a mi camarote.

Rachel dejó la bata en su sitio y se volvió a sumergir hasta el cuello. Se había recogido el pelo para que no se le mojara. Finn pensó que estaba preciosa. Una ninfa a la luz de la luna.

–¿Has dicho que estabas meditando?
–Sí, eso he dicho.
–¿Haces yoga?
Finn asintió.
–Sí, yoni mudra.
–Ah, he oído hablar del yoni –dijo ella, pensativa–. Hay que taparse los oídos y los ojos, pinzarse la nariz y cerrarse los labios con los dedos que queden libres. Me pregunto si después se podrá respirar...
Él sonrió.
–Bueno, yo estoy tan acostumbrado que puedo estar diez minutos sin respirar y ni siquiera me doy cuenta.
Rachel soltó una carcajada.
–Mentiroso...
–¿Es que dudas de mí? Sinceramente, yo prefiero la meditación mantra; pero aquí no puedo empezar a repetir *om, om, om*...
–¿Por qué no?
–Porque despertaría a todo el barco.
Ella volvió a reír. Pero se puso seria enseguida y lo miró fijamente.
–¿Por qué te escondías en las sombras?
–No me escondía. Simplemente, es un buen lugar para poner una tumbona y descansar un rato. Nadie te molesta.
–Bueno, puedes volver a tu meditación... yo tampoco te molestaré.
Él se encogió de hombros.
–De todas formas, ya había terminado. Pero ahora estoy demasiado despierto y sé que no podré dormir, así que...
Finn dejó la frase sin terminar y la observó. Obviamente, Rachel no se había creído la historia de que hacía meditación de madrugada. Y como no le podía decir la verdad, decidió tranquilizarla un poco y marcharse después.
–¿Tú tampoco puedes dormir?
Rachel sacudió la cabeza.
–No.
Finn se metió las manos en los bolsillos y retrocedió un poco, para darle más espacio. No la quería asustar.
–Cuando era niño, tenía la costumbre de escaparme de noche. Mis abuelos se acostaban a las ocho y ya estaban dormidos a las nueve, de modo que salía por la ventana del dormitorio, me descolgaba por el árbol del jardín y me iba de aventura.
–¿También creciste con tus abuelos?

Él asintió.

–Mi madre murió de neumonía cuando yo tenía cinco años. Casi no la recuerdo.

–Nuestros padres nos dejaron a Amy y a mí con mi abuela cuando éramos un par de bebés. Supongo que se cansaron de jugar a mamás y papás... –ironizó–. Menos mal que los abuelos existen.

–Sí, menos mal. Los abuelos son una roca... Y los perros.

–¿Los perros? –preguntó, extrañada.

–Como mis abuelos eran demasiado mayores y no tenían fuerzas para vigilarme constantemente, me regalaron un perro. Wolf era tan listo que hasta sabía encaramarse al árbol para volver a mi habitación.

–¿Wolf? ¿Lobo?

Finn sonrió una vez más.

–No dejes que su nombre te engañe. Era tan encantador que podría haberte matado a lengüetazos, pero jamás te habría mordido... Le puse ese nombre para que los chicos del barrio me respetaran más.

–Yo también tengo un perro. Se llama Buster. Quizás habría sido mejor que lo llamara Wolf, aunque sospecho que la gente se habría reído al verlo... en cualquier caso, ya es demasiado tarde.

–¿Solo has tenido uno?

–Sí, solo uno. Ahora está con Amy.

–¿Cuántos años tiene?

–Me temo que ya es viejo. Lo adoptamos cuando mi abuela murió y Amy y yo empezamos a vivir en casas de acogida.

Finn pensó que debía alejarse de Rachel. Si había crecido en casas de acogida, sería aún más vulnerable de lo que había imaginado. Pero se llevó una buena sorpresa cuando ella siguió hablando.

–De todas formas, no necesitamos un perro que nos defienda. Amy y yo aprendimos artes marciales. Las dos somos cinturón negro. Nos podemos enfrentar a hombres dos o tres veces más grandes y vencer.

–Ahora entiendo lo del rodillazo...

Ella lo miró con malicia.

–Es que quería liberarme... Pero no necesito dar rodillazos para eso. ¿Quieres que te haga una demostración?

–No.

–Cobardica.

–Y a mucha honra. Solo soy valiente cuando estoy con Wolf –bromeó.

–¿Es que sigue vivo?
–No, era un decir. Wolf murió cuando yo tenía quince años –explicó él–. Después, tuve un labrador que era capaz de saltar muros si al otro lado había algo de comer... se llamaba Fang. Ahora, Connie tiene un gato.
–¿Cómo se llama?
–Flea.
–¿Flea? ¿Pulga? ¿Has llamado Pulga a un gato? Es un nombre horrible...
–Pero perfecto para él. Lo llamamos así porque estaba infestado de pulgas cuando lo encontramos en la calle. Ahora está bastante más limpio.
–Me alegro.
Ella asintió, se cruzó de brazos y lo volvió a mirar con detenimiento, como si fuera capaz de ver en su interior. Finn se sintió incómodo.
–Esta mañana, cuando nos hablaste de tus hijos...
Finn lamentó haberse inventado esa historia. Pero ya no tenía remedio.
–¿Sí?
Su voz sonó tan dura que Rachel lo miró en silencio durante unos segundos más y dijo:
–No quieres hablar de ellos, ¿verdad?
–No.
Finn pensó que se sentiría ofendida por la respuesta; pero, para su sorpresa, se limitó a asentir con elegancia.
–¿Qué vas a hacer cuando termine el crucero? ¿Volver a casa?
–En efecto.
Rachel decidió no insistir con asuntos personales. Era evidente que Finn no estaba de humor para eso, de modo que cambió de conversación.
–¿Conoces bien las estrellas del hemisferio sur?
Él sonrió.
–¿Me vas a dar una lección?
Rachel soltó una carcajada.
–No, en absoluto. Además, no sé mucho de constelaciones... aunque la Cruz del Sur es preciosa, ¿verdad?
–Sí, lo es.
Mientras hablaban, Finn sintió la tentación de meterse en el agua con ella; una tentación casi irresistible.
Afortunadamente, estaba vestido.
Y era un hombre sensato. Pero no tanto como para marcharse,

así que se decantó por una solución de compromiso.

Se quitó los zapatos, se subió los pantalones y se sentó en el borde de la piscina del spa, con los pies dentro del agua. Lo suficientemente cerca de ella como para que la situación no perdiera su carácter íntimo; y lo suficientemente lejos como para no asustarla.

Ella lo miró y arqueó una ceja.

–¿No te vas a meter?

–Maud debería vigilarte con más atención. Ya te advertí que no soy de fiar. ¿Qué pretendes? ¿Retozar en un spa con un... ?

–Un canalla honorable.

–¿Cómo?

–Es lo que Maud y yo hemos decidido que eres. No estamos seguras de que tu historia sea cierta, pero te hemos concedido el beneficio de la duda.

Él se quedó completamente desconcertado. Y su desconcierto aumentó un poco más cuando Rachel dijo:

–¿Sabes jugar al Scrabble?

Finn la miró como si Rachel acabara de llegar de otro planeta.

–¿Al Scrabble?

–¿No tenéis Scrabble en los Estados Unidos?

–Sí, claro que sí. Mis abuelos jugaban mucho.

–Pues tengo una idea a la que no se podría resistir ningún donjuán...

–¿Ah, sí?

–Todos los días, después de comer, cuando la gente se está echando una siesta o preparándose para las excursiones de la tarde, Maud y yo nos dedicamos a jugar al Scrabble en una de las salitas. Si te atreves a jugar con nosotras, estás formalmente invitado. Pero debes saber que ni Maud ni yo hacemos prisioneros.

Finn no lo podía creer.

Jugar al Scrabble.

Con Maud y con ella.

Rachel le estaba ofreciendo su amistad de un modo verdaderamente peculiar. Y se la estaba ofreciendo cuando él mismo, esa misma mañana, había sopesado la posibilidad de aceptarla como amiga.

De repente, se dio cuenta de que aquella geóloga con cinturón negro en artes marciales no necesitaba que nadie la protegiera. Además, ni siquiera estaba interesada en mantener una relación con él; solo quería ser su amiga.

Y quizás por eso, le pareció más irresistible que antes.

Sin embargo, no se dejó engañar. Tenía la experiencia necesaria como para saber que la atracción que sentía por ella era recíproca. Se gustaban. Pero Finn pensó que esa atracción tendría que esperar hasta el final del crucero, cuando Rachel se encontrara en un terreno más neutral y él hubiera solucionado el problema con la tripulación del barco.

Entre tanto, podía elegir entre jugar al Scrabble o nada.

–Trato hecho –dijo.

–Somos muy buenas...

–Yo también lo soy.

Rachel lo miró con interés.

–Estoy acostumbrado a ganar –continuó.

Ella sonrió.

–Magnífico, porque me encanta poner a la gente en su sitio... Pero en tal caso, será mejor que me vaya a la cama. Quiero estar despejada para jugar contigo.

Él se levantó y le dio la mano.

Ella la aceptó y salió del agua.

Estaba mojada, preciosa y peligrosamente cerca.

–Preferimos que los pasajeros no salgan a cubierta después de medianoche.

Al oír la voz, los dos se giraron hacia la escalerilla. Era Esme, la jefa de los guías turísticos; les estaba apuntando con la linterna y los miraba con cara de pocos amigos.

Rachel se asustó tanto al verla que retrocedió y estuvo a punto de caerse a la piscina del spa. Afortunadamente, Finn se dio cuenta a tiempo y la agarró.

–¿Podría apartar esa linterna? –dijo él, molesto.

Esme apartó la linterna, pero tardó más de la cuenta y Finn se enfadó todavía más. Estaban en un crucero privado; un crucero de lujo donde, según la publicidad de la naviera, los pasajeros podían andar por el barco a cualquier hora del día o de la noche y sin ningún tipo de restricciones. Todo estaba a su disposición. Hasta la sala de máquinas; aunque por motivos de seguridad, debían ir acompañados por un miembro de la tripulación.

Pero súbitamente, Esme había decidido que las normas de la empresa eran papel mojado.

–¿Por qué no podemos estar aquí? –le preguntó.

–Porque no es seguro. Si pasara algo...

–El mar está en calma, hace una noche encantadora y las barandillas del barco son muy altas. ¿Dónde está el problema?

–Bueno, es que preferimos que...

–En la publicidad del crucero, se afirma que podemos pasear por todas las cubiertas a cualquier hora.

–¿Y si pasa algo?

Rachel se apartó de él y dijo:

–Olvídalo, Finn. Me voy a la cama.

–Rachel, tenemos derecho a estar aquí cuando nos parezca oportuno. A no ser que el tiempo sea malo y el capitán lo prohíba. ¿No es verdad, Esme?

–Sí, teóricamente, sí. Pero esperamos que los pasajeros sean sensatos. Además, el salón de la cubierta inferior es muy cómodo. Y si buscaban un poco de intimidad, hay otros sitios adonde pueden ir.

Esme hizo el comentario de un modo tan ofensivo que Finn tomó la decisión de despedirla. Pero no la podía despedir en ese momento.

–Me voy a la cama –insistió Rachel–. Buenas noches.

Rachel se fue y él se quedó con ganas de dar un puñetazo a una pared.

Miró a Esme y se preguntó a qué venía esa actitud. Quizás fuera un exceso de celo o una forma de ahorrarse trabajo, para no tener que vigilar a los pasajeros que salieran a cubierta. Pero podía tener otros motivos.

–Siento haberlos interrumpido –dijo ella de mala gana–. Pero creo que estarían mejor dentro.

–Iré dentro cuando me apetezca.

–Señor...

–Conozco mis derechos, señorita.

–Está bien, como quiera... No se caiga por la borda, por favor.

–Descuide.

Esme se marchó y él se quedó en cubierta, pensando en lo que estaba pasando en el barco y en lo mucho que le gustaba Rachel Cotton.

Pero lo segundo le empezaba a importar más que lo primero.

Capítulo 3

A LA mañana siguiente, fondearon en la cala donde el famoso *HMS Mermaid* lo había hecho un siglo antes. El velero hacía agua y tenía las velas destrozadas, así que echaron el ancla para arreglar los desperfectos. Durante la estancia en la cala, los tripulantes habían grabado el nombre del barco y la fecha en un baobab que ya era grande por entonces y que ahora era gigantesco.

El lugar no podía ser ni más espectacular ni más bonito. Sin embargo, Finn no encontraba manera de acercarse a Rachel. Estaba rodeada de ancianas.

Cuando se cansaron de ver baobabs, el grupo se dividió en dos. Unos se fueron con Jason, hacia un acantilado muy alto, y otros se fueron con Esme, hacia uno más pequeño.

En otras circunstancias, Finn se había sumado al grupo de Esme por la sencilla razón de que era el que habían elegido Rachel y las ancianas; pero Jason había dado por sentado que iría con él y no se podía sumar al grupo de Esme sin levantar sospechas.

Además, le extrañaba que Rachel estuviera con las mujeres de mayor edad. Cabía la posibilidad de que le doliera la cadera. O de que, simplemente, le estuviera rehuyendo.

Sacudió la cabeza y se dijo que daba igual, que no le importaba.

Segundos después, sus miradas se encontraron. Fue un contacto breve, que Rachel rompió enseguida. Pero bastó para que Finn entrara en razón.

Claro que le importaba. Le importaba mucho.

Durante la comida, Finn compartió mesa con una pareja que estaba en luna de miel y con un matrimonio de agricultores de Queensland. Los agricultores resultaron ser muy agradables. Los enamorados no dejaron de acariciarse por debajo de la mesa.

Finn intentó ser cordial y simpático, pero su pensamiento estaba lejos de allí; concretamente, en una joven que se había sentado a varios metros de distancia.

Ninguna de las acompañantes de Rachel tenía menos de noventa años. Y sin embargo, ella no parecía ser consciente de la disparidad de sus edades. De hecho, las carcajadas de las mujeres rompían el

silencio cada pocos minutos.

Finn se preguntó si la risa de Rachel sería fingida. A fin de cuentas, había sufrido una tragedia personal de la que, según confesión propia, todavía no se había recuperado.

Pero no podía estar seguro.

Solo sabía que habría dado cualquier cosa por estar con ella.

Después de comer, salió en busca de Maudie y de Rachel para jugar al Scrabble. Mientras caminaba, pensó en sus compañeros de trabajo y se preguntó qué habrían dicho si lo hubieran visto jugando al Scrabble.

Sonrió para sus adentros y se acordó de una anécdota de uno de los aprendices de la naviera, Sean. Un amigo suyo lo había visto por la ventana de la casa donde vivía su novia, mientras él la ayudaba a devanar una madeja de lana rosa. Cuando el amigo se lo echó en cara para reírse de él, Sean dijo con toda tranquilidad:

–Si a ella le hiciera feliz, devanaría todas las madejas de lana rosa del mundo. Es el amor de mi vida. Lo merece.

Finn pensó que, quizás, él estaba haciendo lo mismo.

Intentar que Rachel fuera feliz.

Pero una vez más, se dijo que no era cierto, que no estaba interesado en mantener una relación con ella, que su felicidad no era asunto suyo.

Y cuando abrió la puerta de la salita, se quedó helado.

–Adelante –dijo Rachel con una sonrisa encantadora–. Al final vamos a ser más de los que pensaba... Como ves, también se han sumado las hermanas Taggert. ¿No te parece maravilloso? Pero somos cinco, así que hemos decidido dividirnos. Yo jugaré con Maud y la señorita Verónica y tú, con la señorita Margaret.

–Oh, por favor, prefiero que nos tuteemos –intervino Margaret–. Será un placer, Finn... Pero no te preocupes; en la ronda siguiente, puedes jugar con mi hermana.

Finn jugó dos partidas excelentes de Scrabble con las dos hermanas Taggert. Jugaban bien y se divirtió, pero evidentemente, habría preferido jugar con Rachel.

Durante las partidas, se dio cuenta de que Rachel lo estaba observando y de que, al parecer, se había ganado su aprobación. Pero su aprobación ya no le parecía suficiente. Él, que siempre mantenía las distancias con los pasajeros en general y con las

mujeres en concreto, se sentía súbitamente interesado por aquella joven.

–¿Otra ronda? –preguntó Maud, cuando terminaron la segunda partida.

–Por mí, sí –contestó él.

–Mañana solo seremos cuatro. Rachel va a hablar por la tarde con su hermana, así que podremos jugar por parejas.

Rachel miró a Finn y sonrió con picardía. Después, cuando pasó a su lado, se inclinó sobre él y susurró:

–Lo estás haciendo bien. Para ser un canalla.

Pasaron dos días más.

Dos días de excursiones, risas y Scrabble.

Pero Finn no estaba más cerca de quedarse a solas con Rachel, y se encontraba al borde de la desesperación.

Además, odiaba esperar.

Estaba esperando a Rachel y estaba esperando a ver si podía confirmar sus sospechas sobre la tripulación. Demasiada espera para su gusto.

Y entonces, justo cuando empezaba a considerar la posibilidad de dar un paso adelante y de arriesgarse con los dos problemas que lo tenían preocupado, ocurrió lo imprevisto: el barco se detuvo.

Finn no estaba dormido. Para empezar, dormía poco y, para continuar, tenía demasiadas cosas en la cabeza. Aquella madrugada, se había dedicado a trazar el rumbo del barco con el GPS y compararlo con las cartas náuticas. Cuando se dio cuenta de que habían cambiado de rumbo, decidió averiguar el motivo.

Salió del camarote en el preciso momento en que los motores se detenían, y se dirigió a la cubierta media de la popa porque le pareció el lugar más adecuado. Si sus sospechas eran correctas y alguien se dedicaba a subir droga al barco, lo haría por la cubierta inferior y él podría verlo desde arriba.

Se había puesto unos pantalones y una camiseta negra para esconderse mejor entre las sombras, pero obviamente, no pudo pintarse la cara del mismo color. Un pasajero con ropa negra era lo más normal del mundo; uno con la cara pintada, no tanto.

Por suerte, no se cruzó con nadie.

Avanzó por los oscuros pasillos, salió a la cubierta media de popa, se escondió en un rincón y preparó la cámara de su teléfono

móvil.

Ahora, solo tenía que esperar.

El barco se detuvo por completo.

Rachel se preguntó si ya estarían en su destino. Había estado mirando el plan de navegación y sabía que la tripulación aprovechaba el descanso de los pasajeros para acelerar la marcha y llevarlos de un sitio a otro; pero a pesar de ello, le pareció asombroso que hubieran llegado en tan poco tiempo.

Estaba tumbada en la cama, pensando.

Llevaba varias horas sin hacer otra cosa que pensar, porque el sueño la había abandonado cuando perdió a su bebé. Siempre dormía mal, a ratos.

Si hubiera estado en su casa, se habría levantado y habría visto cualquier tontería en televisión. Cualquier cosa le habría parecido preferible a seguir en la cama y pensar en su bebé o en Finn Kinnard.

Además, tampoco podía ir a la piscina del spa. Esme la había llevado a un aparte esa noche y le había dicho:

–Le ruego que no salga a cubierta después de las doce. El mar está encabritado; no es gran cosa, pero la cubierta se pone muy resbaladiza cuando se moja y no nos gustaría que usted o el señor Kinnard sufran un accidente.

Sin embargo, Rachel pensó que Finn tenía razón. Habían pagado por el crucero y tenían derecho a ir donde quisieran. Las barandillas eran altas y ella no tenía intención de hacer ninguna estupidez.

Pero no le apetecía ir al spa. No se quería arriesgar a encontrarse otra vez con el hombre que turbaba sus pensamientos. Solo saldría a dar un paseo; iría a la cubierta inferior de popa, miraría la luna durante unos minutos y volvería al camarote.

Tomada la decisión, se puso una chaquetilla y se fue.

El barco no debía estar allí.

Finn pensó que el simple hecho de que se hubieran desviado del rumbo era motivo de preocupación. Aquellas aguas estaban llenas de arrecifes peligrosos, que precisamente se evitaban para no poner en peligro a los pasajeros.

Y no había ninguna duda al respecto. El GPS indicaba que se encontraban a muchas millas al norte del rumbo previsto.

Además, había algo igualmente extraño. Las normas de

navegación exigían que las luces se mantuvieran encendidas durante la noche, pero las barandillas estaban sin iluminar y, aunque el puente tenía luz, la popa estaba a oscuras.

Al cabo de unos minutos, distinguió unas siluetas en la cubierta inferior. Eran dos o tres. No podía estar seguro. Se habían acercado a la barandilla y estaban mirando el mar, como esperando algo.

Entonces, se oyó un ruido que Finn reconoció al instante. Una lancha se acercaba al barco a toda velocidad.

Los sospechosos quitaron la guarda de la barandilla y lanzaron una cuerda. A continuación, uno de ellos encendió una linterna y Finn pudo reconocer a Esme, la jefa de los guías turísticos, que se inclinó y subió algo al barco.

–Tendríais que haberlo enviado todo la última vez –declaró Esme, aparentemente enfadada–. Quedamos en que sería una sola entrega por viaje... a pesar del dinero que se lleva, el capitán se está poniendo nervioso.

–No tuvimos más remedio –dijo alguien–. El cielo estaba despejado y había un yate cerca. Era demasiado peligroso.

–Esa decisión no os corresponde a vosotros.

–Pero nos jugamos el cuello...

–¿Qué pasa? ¿Es que ahora tienes miedo?

Fuera quien fuera la persona con la que Esme estaba hablando, se puso nerviosa y lanzó un segundo paquete a cubierta en lugar de esperar a que le lanzaran otra vez la cuerda. El paquete se rompió y Finn alcanzó a ver una especie de polvo blanco.

–Hola... ¿estáis pescando algo? ¿Puedo verlo?

Finn se quedó de piedra al oír la voz de Rachel. Esme se giró rápidamente hacia la recién llegada y la deslumbró con la linterna. Pero eso no fue lo peor; el hombre que la acompañaba iluminó la cubierta y Rachel vio el paquete roto.

Un paquete que, definitivamente, no contenía pescado.

La expresión de Rachel cambió al instante.

–Oh, lo siento mucho... Será mejor que vuelva a mi camarote.

Rachel dio un paso atrás e intentó alejarse. Sin embargo, Esme fue más rápida y la agarró del brazo.

–Suélteme...

–No le hagas daño –dijo el hombre–. Es una pasajera.

–Una pasajera que nos ha visto –declaró con furia–. Maldita sea. No tenemos opción... No podemos permitir que esta mujer arruine nuestros planes. La tiraremos por la borda.

Un segundo hombre apareció detrás de Rachel y la empujó hacia la barandilla sin contemplaciones. Finn comprendió que, por muy

cinturón negro que fuera, jamás conseguiría librarse de tres personas.

Tenía que hacer algo.

Y tenía que hacerlo deprisa y solo. Porque si salía en busca de ayuda, la tirarían al mar.

–¡Soltadla! –exclamó–. ¡Soltadla ahora mismo!

Finn bajó por la escalerilla y se plantó ante los captores de Rachel, pero se llevó una sorpresa tan desagradable como inconveniente.

Iban armados. Y les estaban apuntando.

–Ponte con ella –ordenó Esme–. Si dices algo más, te juro que te pegaré un tiro.

–No puedes matarlos... –intervino el primer hombre, un ingeniero de la sala de máquinas–. Por Dios, Esme. Si los matas, todo el país se nos echará encima.

–El mar está muy revuelto. La gente pensará que se cayeron al mar y que se ahogaron. Además, tenemos la ventaja de que ya se les advirtió de que la cubierta era peligrosa... Pero ahora que lo pienso, tengo una idea mejor. Los tiraremos y lanzaremos sangre de pescado para que lo huelan los tiburones y acaben con ellos.

Esme alzó la pistola y apuntó a Rachel a la cabeza.

Finn no lo dudó. Se lanzó sobre Rachel y la tiró al mar.

Rachel era una buena nadadora. Finn se dio cuenta segundos después de sumergirse, y también se dio cuenta de que sabría mantener la calma.

La tomó de la mano y tiró de ella para que lo siguiera. Después, bucearon por debajo del casco del barco y salieron a la parte contraria. Por suerte para ellos, los motores estaban parados y el agua no los arrastró hacia las palas.

–Podría gritar –dijo Rachel cuando sacó la cabeza del agua–. Grito tan fuerte que despertaría a los muertos.

Él rechazó su idea.

–No, no podemos hacer eso. Aunque alguien te oyera, dirían que vieron un tiburón y que no tuvieron más remedio que disparar. Nos acribillarían a balazos.

–¿Y qué hacemos?

–Bueno, no pueden hacer una búsqueda exhaustiva. Si van por ahí con las linternas, se arriesgan a que los descubran. ¿Nadas bien?

–Sí.

–La marea está subiendo. La corriente nos arrastrará hacia el

norte… Hay un islote grande a unos cien metros de aquí; supongo que sería el primer lugar donde nos buscarían, pero hay otros más pequeños donde no nos encontrarán. ¿Te sientes con fuerzas?

–Por supuesto que sí. Pero dame un momento, por favor.

–No tenemos…

–Dame un momento –insistió ella.

Rachel se quitó la chaqueta rápidamente y se la anudó a la cintura.

–Así nadaré mejor –explicó–. Vámonos.

Fue una verdadera pesadilla. El mar estaba negro como el carbón y un grupo de delincuentes quería matarlos.

Además, estaban en alta mar y Finn sabía que la lancha que había llevado la droga al *Kimberley Temptress* no podía haber salido de tierra. Tenía que haber otro barco, más grande. Solo esperaba que el piloto de la lancha, que evidentemente tenía diferencias con Esme, se negara a buscarlos. A fin de cuentas, ni ella ni él lo habían visto y, en consecuencia, no podían incriminarlo.

Sin embargo, había otro problema; uno que prefirió callar para no asustar a Rachel. Era una zona de arrecifes. Una zona infestada de tiburones.

Nadaron con firmeza, sin cambiar de ritmo, juntos. De vez en cuando, se detenían un momento para descansar y él miraba a su alrededor en busca de alguno de los islotes que buscaba. Luego, ajustaban el rumbo y seguían adelante. No tenían ni tiempo ni fuerzas para hablar. Estaban solos, en mitad del océano, luchando por la supervivencia.

Finn pensó que era un momento extrañamente íntimo. Y se preguntó por las sensaciones que despertaba en él.

No estaba acostumbrado a esas cosas. Había crecido con una abuela destrozada por la muerte de su hija; y cuando su abuela falleció, su abuelo y él habían sufrido tanto que estaban cansados de tanto sufrimiento.

–Guárdate tus sentimientos –le decía su abuelo una y otra vez–. No dejes nunca que te dominen… Fíjate en tu abuela. Se deprimió tanto cuando tu madre murió que decidió que nada merecía la pena y se enterró en vida durante diez largos años. Ese tipo de emociones puede destruir la vida de la gente. Diez largos años de sufrimiento… aprende de mí, hijo. No necesitas a nadie.

Finn había crecido con esa idea en la cabeza. Pero las cosas habían cambiado. Había conocido a Rachel y la necesitaba.

Los minutos se le hicieron interminables. No sabía cuánto tiempo había pasado, aunque calculaba que llevaban más de una hora en el mar. Y mientras nadaban, se arrepentía una y otra vez de no haber avisado a las autoridades en Darwin. Aunque entonces no tenía ninguna prueba que confirmara sus sospechas, la policía habría investigado el asunto y ella jamás se habría encontrado en peligro.

Finn se empezó a preocupar. Era consciente de que, por muy bien que Rachel nadara, no tenía tanta resistencia como él. Pero no se quejó en ningún momento. Siguió nadando, impertérrita, sin dejarse dominar por el miedo.

Y entonces, casi por arte de magia, las olas se volvieron más pequeñas.

Alzó la cabeza y vio que se acercaban a una plataforma de roca.

–Ánimo, ya estamos llegando…

Al ver el islote, Rachel se quedó sin fuerzas. Fue como si, al encontrarse tan cerca de la salvación, su cuerpo hubiera decidido que todo estaba hecho.

–Aún no, cariño. Tenemos que seguir.

–No puedo…

–Claro que puedes.

Finn tiró de ella y la llevó a la orilla. Luego, se puso en pie, la tomó en brazos y llevó hacia una zona de rocas y arena que estaba muy por encima del nivel del mar.

–Lo hemos conseguido, cariño –declaró con voz rota–. Lo hemos conseguido… Ya estamos a salvo.

Capítulo 4

SE TUMBARON en la arena y se abrazaron.

Durante más o menos una hora, no hicieron nada salvo permanecer así, juntos, bajo la noche. No había nada sexy en el contacto de sus cuerpos. Estaban así por la simple y pura necesidad de compartir el calor, y Finn pensó que habría hecho lo mismo si su acompañante hubiera sido un hombre.

Por suerte, la arena seguía caliente por las muchas horas de luz solar. Además, la pared de un pequeño acantilado los protegía de la brisa.

Poco a poco, Rachel fue entrando en calor y, al final, se quedó dormida.

Finn se sintió aliviado, pero también enfadado. No era justo. Rachel ya había sufrido mucho. Había perdido a un hijo y ahora se veía obligada a luchar por su vida por culpa de la tripulación de uno de sus cruceros.

Afortunadamente, ahora estaba descansando, lejos de las preocupaciones. Y a Finn le parecía bien. Incluso mejor que bien, porque estaba encantado de descansar con ella y de recibir el calor que él también necesitaba.

Además, no podía hacer nada salvo intentar dormir. Ni siquiera podía encender un fuego para llamar la atención de algún barco, porque la luz habría atraído a sus perseguidores.

Ya pensaría en el rescate al día siguiente; ahora tenía que descansar.

Al cabo de un rato, Rachel abrió los ojos, miró a su alrededor con desconcierto y se puso tensa. Evidentemente, había recordado lo sucedido.

–Vendrán por nosotros… –dijo, asustada.

Finn la abrazó con más fuerza.

–No, pensarán que nos hemos ahogado.

–¿Y si nos buscan?

–No sabrían. No tienen los conocimientos necesarios de la zona y de las corrientes para llegar a este islote.

–¿Y cómo sabías tú que… ?

Finn sonrió.

–Intuición masculina.

Ella le devolvió la sonrisa y se volvió a quedar dormida.

Intuición masculina. Finn pensó que esa explicación no podía estar más lejos de la realidad. Desde que zarparon de Darwin, había estado estudiando las cartas de navegación y todos los informes sobre las corrientes que pudo encontrar.

Esas cartas y esos informes les habían salvado la vida; aunque paradójicamente, también habían arrastrado a Rachel a esa situación.

Y se sentía culpable.

Pero el sentimiento de culpabilidad no llevaba a ninguna parte. De momento, no podía hacer nada excepto abrazarla y alegrarse de que estuvieran a salvo.

Ya tendría tiempo de pensar en otras cosas.

Al día siguiente.

Se despertaron con los primeros rayos del alba.

Los dos se mantuvieron en silencio durante un rato, limitándose a saborear la quietud, el aumento gradual de la temperatura, la belleza del sitio donde estaban y, muy especialmente, la sensación de estar juntos.

No querían separarse. Se sentían bien, completos.

Al fondo, bastante lejos, se atisbaba la línea de la costa y, detrás, el horizonte. A una distancia menor, se alzaban una serie de islotes pequeños y el islote grande que habían evitado porque Finn supuso que sería el primer lugar donde los buscarían. Al parecer, la corriente los había arrastrado hasta el sitio más alejado posible.

Estaban en mitad de la nada.

–Oh, Dios mío... –dijo en ella en voz baja–. ¿Dónde estamos?

–En algún lugar del mar de Timor.

Ella se estiró y se sentó.

–Qué suerte. Ya me siento mejor –declaró con ironía–. Tengo hambre...

Finn pensó que eso era un problema. El islote no estaba precisamente lleno de comida.

Pero también supo que Rachel no lo había dicho porque esperara que él hiciera algo al respecto. No era de ese tipo de mujeres. Bien al contrario, su declaración parecía anunciar que ella iba a hacer algo al respecto.

–Creo que aún llevo un paquete de barritas de cereales en el bolsillo de la chaqueta. ¿Quieres que vea si sigue ahí?

Él sonrió.

–Por supuesto. No se me ocurre mejor desayuno.

Rachel se apartó y se desanudó la chaqueta que se había atado a la cintura la noche anterior, cuando se disponían a alejarse del barco.

A Finn le había parecido una demostración de aplomo verdaderamente asombrosa. Quitarse la prenda con toda tranquilidad mientras unos tipos intentaban matarlos y ellos se apretaban contra el casco del barco, en plena noche.

–¿Por qué te anudaste la chaqueta? –preguntó–. ¿Por qué no la dejaste en el agua?

–Porque soy una chica ahorrativa –respondió, sonriendo–. Esta chaqueta me costó ochenta dólares... pero me alegro de haberme quedado con ella, porque ahora podré compartir contigo esa barrita.

Finn la observó y pensó que estaba impresionante. Tenía el pelo revuelto, estaba llena de arena y el vestido se le pegaba a la piel y se transparentaba por el agua.

Nunca había visto a una mujer tan bella.

Rachel encontró las barritas y las sacó. El envoltorio estaba empapado, pero las barritas estaban razonablemente secas. Se comieron dos en silencio, saboreando su dulzura y guardaron las demás como si fueran un tesoro.

–Bueno, ya hemos desayunado. Ahora me gustaría darme un baño... –dijo ella–. ¿Dónde estarán los servicios?

–No sé. ¿Detrás de las rocas?

–Hum...

Rachel cerró los brazos alrededor de sus rodillas, contempló el horizonte durante unos segundos y añadió:

–¿Qué pasó anoche, Finn? ¿Qué pasó exactamente?

Finn gimió, pero no tenía más remedio que decirle la verdad.

–Creo que era una entrega de drogas. Sospecho que los miembros de la tripulación se dedican a comprar drogas de Indonesia que luego introducen en Australia. Nos topamos con ellos cuando subían los paquetes a bordo.

–Sí, me metí de lleno... –dijo con suavidad–. Y tú oíste la conversación, claro.

–Estaba en la cubierta de arriba.

Rachel lo miró con detenimiento.

–Podrías haber ido a buscar ayuda, pero no lo hiciste. Decidiste intervenir porque la ayuda habría llegado tarde, ¿verdad?

Finn no contestó.

–Estás aquí por mi culpa.

Él sacudió la cabeza.

–Estoy aquí por culpa de una red de narcotraficantes. Esto no es culpa tuya, Rachel; es culpa de ese montón de...

Ella le puso un dedo en los labios.

–Calla, no digas nada. Asustarías a los lagartos.

Finn giró la cabeza y vio que varias iguanas salían de entre las piedras para disfrutar de los primeros rayos de sol.

–Estamos en territorio de Robinson Crusoe –continuó Rachel–. Quién sabe... puede que encontremos nativos amistosos.

–Es verdad. Podríamos parlamentar con ellos. Incluso comerciar –declaró él, siguiéndole la broma–. ¿Crees que estarían interesados en darnos algo útil a cambio de tus barritas de cereales?

–¿Algo útil? ¿En qué estás pensando?

–En un poco de agua.

–Sí, un poco de agua estaría bien. Pero afortunadamente, la tela de mi chaqueta es impermeable –dijo.

Él la miró con desconcierto.

–¿Y qué? ¿Es que vas a bailar la danza de la lluvia?

–No, pero puedo solucionar nuestro problema.

–¿Cómo?

–Destilando agua.

–¿Destilando agua?

–Claro. Solo necesitamos un hoyo del tamaño necesario y que esté al sol –respondió, súbitamente entusiasta–. Luego, metemos dentro una roca cóncava o cualquier cosa parecida que pueda servir de recipiente. A continuación, ponemos un montón de hojas verdes alrededor de recipiente y lo tapamos todo con mi chaqueta.

–¿Y qué conseguiremos con eso?

–Exactamente, lo que necesitamos... El calor del sol hará que el agua de las hojas se evapore. Las gotas de agua se quedarán pegadas a la tela de la chaqueta y caerán dentro del recipiente. Te aseguro que funciona.

Finn no salía de su asombro.

–¿Cómo sabes eso?

–Te recuerdo que soy geóloga. La primera vez que salimos a hacer un trabajo de campo, nuestro profesor se molestó en enseñarnos esa técnica. Por si acaso.

–Ah, ahora lo entiendo... por eso te quedaste la chaqueta.

Rachel sonrió y asintió, algo avergonzada.

–Por eso y porque no quería perder una chaqueta de ochenta dólares. Además, me vendrá bien; mi vestido es demasiado fino.

–Sí, ya me había dado cuenta.

Rachel se ruborizó.

–Pues deja de mirar... Ni siquiera llevo medias.

Él sonrió y se preguntó si sería capaz de cumplir aquella orden. Rachel tenía un cuerpo tan bonito que le costaba apartar la mirada.

Sin embargo, se dijo que la situación era injusta. Él llevaba unos vaqueros y una camiseta que le daban un aspecto perfectamente respetable; ella, un vestido de noche tan fino que era cualquier cosa menos respetable.

Y ni siquiera llevaba medias.

–¿Crees que vendrán a buscarnos?

Él suspiró.

–No.

La expresión de Rachel cambió al instante.

–¿Cómo puedes saberlo?

–Lo sé porque anoche no ordenaron una búsqueda exhaustiva. Si Esme y su tripulación pensaran que seguimos vivos, habrían encendido todas los focos del barco y habrían lanzado botes para que nos buscaran. Evidentemente, piensan que nos hemos ahogado... no saben que estoy familiarizado con las corrientes y las mareas de la zona.

–¿Y qué crees que harán?

–Nada. Seguir a lo suyo y esperar a que nos den por desaparecidos –Finn miró su reloj de pulsera–. Pero nadie se habrá dado cuenta todavía. Es demasiado pronto. Y a menos que Maud y tú tengáis la costumbre de quedar antes de desayunar...

–No, me temo que no.

–En tal caso, no nos echarán de menos hasta la hora del desayuno –afirmó–. Para entonces, el *Kimberley Temptress* podría estar a casi cien millas náuticas de aquí.

–¿Y los narcotraficantes? ¿No nos buscarán?

–Lo dudo. Supongo que la motora que se acercó procedía de un barco más grande, pero ellos no se molestarían en buscarnos. No tienen nada que ganar... Nosotros somos problema de Esme, no suyo.

–Pues esperaremos a que nos rescaten los buenos.

–Sí –dijo con debilidad.

Rachel lo miró fijamente.

–¿Crees que no vendrán?

–Por supuesto que vendrán.

Finn prefirió no aumentar sus preocupaciones.

Sabía que aquel lugar era como un granero gigantesco y que los equipos de rescate serían poco más que una aguja. Los recursos que

se necesitarían para examinar una zona tan grande serían enormes. ¿Cuántos helicópteros podrían enviar desde Darwin o Broome? ¿Y cuánto tiempo tardarían en perder la esperanza de encontrarlos con vida?

Más tarde o más temprano, los empezarían a buscar. Pero naturalmente, no sabrían dónde se habían caído al agua y tendrían que buscarlos en un radio de varios miles de kilómetros cuadrados.

–Bueno, no te preocupes –dijo ella–. Maud nos encontrará. Aunque me da miedo que esté con esos canallas.

–No le pasará nada. No harán daño al resto de los pasajeros –declaró con firmeza–. Pero dudo que nos pueda ayudar...

Rachel volvió a sonreír.

–Si crees que Maudie dejará la búsqueda en manos de las autoridades, te equivocas. La he visto en acción y sé de lo que es capaz. Además, su nieto y ella son los dueños de la Thurston Holdings, una de las empresas más importantes de Australia. Antes de que sirvan el café y los cruasanes en el comedor del *Kimberley Temptress,* Maudie ya habrá movilizado todos los recursos de los Thurston.

–¿Estás segura? Creo recordar que os conocisteis hace tres semanas...

–Maudie me adora. Nos buscará.

–Si tú lo dices...

–No te atrevas a dudar de ella. Maud es fabulosa.

–No lo dudo. Pero si os conocéis desde hace tan poco...

–¿Cuánto tiempo crees que hace falta para querer a alguien?

–No lo sé. Solo sé que unas semanas no es tiempo suficiente para conocer bien a una persona –respondió.

–¿Tú crees? ¿Cuánto tiempo necesitaron tus padres para enamorarse? ¿Cuánto llevaban juntos cuando... ?

Finn no hablaba nunca de sus padres, pero decidió romper su costumbre. Tenía que hacerla entrar en razón, abrirle los ojos.

–Mis padres solo estuvieron juntos una semana –la interrumpió, enfadado–. Solo una semana. Mi madre se quedó embarazada y nunca se volvieron a ver... Digas lo que digas, tres semanas es muy poco tiempo para conocer a alguien, Rachel. Yo necesitaría tres años y, aun así, pediría referencias.

–Oh, Finn...

–¿Y el padre de tu bebé? ¿Qué me dices de él? También estarías segura de conocerlo, ¿verdad? –preguntó.

–Sí, eso fue un error –declaró en voz baja–. Puede que tu norma de los tres años sea más racional.

Rachel se mordió el labio, cerró los ojos un momento y añadió:

–Pero, racional o no, Maudie me quiere y hará lo que sea necesario para encontrarnos. Además, también nos buscarán mi hermana y el nieto de Maudie, Hugo... ¿Y tú? ¿Tu familia ayudará en la búsqueda?

–No.

Él no supo cómo decirle que Connie y Richard no sabían dónde estaba ni, mucho menos, que se hubiera embarcado en el *Kimberley Temptress* con el nombre de Finn Kinnard. Les había dicho que se iba de viaje de trabajo y se había ido sin dar más explicaciones. Compartían casa, pero no se metían en los asuntos de los demás.

Sin embargo, cabía la posibilidad de que Rachel estuviera en lo cierto con Maud Thurston. Por lo que sabía de ella, sería capaz de buscarlos por todo el mar de Timor aunque la tripulación del barco insistiera en que se los habían comido los tiburones.

Miró a Rachel, pensó en el afecto que sentía por aquella mujer y se sorprendió elucubrando sobre la fuerza del amor.

Entonces, sus ojos se clavaron en su vestido. Un vestido demasiado fino, en un islote demasiado pequeño.

Alcanzó la chaqueta y se la puso por encima de los hombros.

–¿Por qué has hecho eso?

–No quiero que tengas frío.

–No tengo frío –dijo con firmeza–. Pero será mejor que nos pongamos manos a la obra. Necesitamos agua... y aunque mi sistema funciona, es algo lento. Además, solo sacaremos lo justo para sobrevivir. A no ser que encontremos una catarata.

–Nunca se sabe. Llovió hace un par de días.

Ella arqueó una ceja.

–¿Cómo lo sabes?

–He estado mirando las previsiones meteorológicas en Internet.

–Pero si en el barco no había conexión a Internet...

Finn ya estaba al tanto de ese problema. Era otra de las cosas que habían despertado sus sospechas. Imaginaba que Esme y los suyos habían desactivado la conexión a Internet por simple y pura cautela; de ese modo, si alguno de los pasajeros descubría algo, no tendría más forma de avisar a las autoridades que utilizar la radio del crucero.

Pero evidentemente, el capitán también estaría involucrado.

–Es curioso... nosotros no teníamos Internet y tú estabas perfectamente informado sobre el clima de la zona –continuó ella con desconfianza–. Sin contar el hecho de que conoces las corrientes, las mareas y hasta los islotes.

–No tiene nada de extraño. Estoy acostumbrado a viajar solo, así que tengo mi propia conexión a Internet, por satélite.

–No serás un policía de incógnito, ¿verdad?

Finn pensó que Rachel era muy inteligente.

–No.

Ella lo volvió a mirar con incredulidad, pero sacudió la cabeza como si hubiera tomado la decisión de olvidar el asunto.

–Vaya, qué pena. Si fueras policía y me hubiera metido en mitad de una operación policial, podría denunciar al Gobierno por daños y perjuicios.

–Bueno, puedes denunciar a la naviera.

–Sí, es cierto... –la cara de Rachel se iluminó–. Hablaré con mis abogados para que se pongan con ello de inmediato. Y ahora, el agua.

–Sí, señora.

Se levantaron y empezaron a buscar.

Encontraron tres charcos de agua de lluvia; dos de ellos solo tenían unos centímetros de profundidad, pero eran anchos; y el tercero, aunque más pequeño, era una poza de medio metro de hondo.

Al verlos, Rachel soltó un suspiro de alivio y se arrodilló para beber.

Él la detuvo antes de que el agua llegara a sus labios.

–Espera un momento.

El tercero de los charcos, la poza, parecía el más seguro de los tres. Por lo que Finn pudo observar, se había llenado con el agua que había caído de unas peñas que estaban más arriba y que parecían limpias.

Mientras miraba, cayó en la cuenta de que el agua de los dos primeros se evaporaría en poco tiempo, con el calor del sol. Un día más y casi toda el agua del islote habría desaparecido. Tenían que calcular bien las cosas.

–Podemos sobrevivir varias semanas sin comida, pero no sin agua –comentó–. Y según las previsiones meteorológicas, no va a llover en mucho tiempo.

–¿Crees que estaremos aquí varias semanas? –dijo ella con debilidad–. Te aseguro que mis barritas no durarán tanto...

–Pues nos comeremos el uno al otro.

Finn le dedicó una sonrisa tan encantadora que ella también sonrió.

–Me parece una idea excelente. Sacaremos dos pajitas y el que pierda se convertirá en la comida del otro.

–Bueno, creo que podríamos empezar con los lagartos, ¿no crees? Pero hoy va a hacer calor, Rachel. Y el agua es vital.

–¿Alguna idea al respecto?

Finn asintió.

–Beberemos de los charcos menos hondos, que son los que se evaporarán con más facilidad, y haremos lo posible para preservar el agua... podemos llevarla en tu chaqueta, usándola como odre, y echarla después en la poza. Después, solo tenemos que taparla para que no se evapore.

–Si me acabas de poner la chaqueta... mira que eres voluble –se burló–. Pero es una idea bastante buena. Le diré a Maud que eres un verdadero friqui.

–¿Un friqui?

–Bueno, un tipo que viaja solo, que se dedica a estudiar cartas náuticas y previsiones meteorológicas y que tiene una conexión por satélite solo puede ser un policía o un friqui. Seguro que te has pasado todo el viaje con *Dragones y mazmorras*. Dios mío, qué suerte tengo... atrapada en un islote con un friqui –Rachel suspiró–. ¿Cómo llevamos el agua?

–Con las mangas de la chaqueta.

Rachel se la quitó y, antes de que pudiera protestar, él le arrancó las dos mangas y las ató para convertirlas en bolsas. Luego, llenó una con el agua de los charcos poco profundos y derramó el contenido en la poza.

Ella dio un paso atrás, impresionada. Definitivamente, aquel hombre era tan decidido como astuto.

Se inclinó, alcanzó la segunda manga y lo imitó.

Trabajaron juntos durante quince minutos y sacaron todo el agua que pudieron, hasta que la poza estuvo completamente llena. Acto seguido, Finn la tapó con el cuerpo de la chaqueta, puso unas piedras encima para que no se volara con el viento y sonrió.

–Y ahora, la recompensa.

Finn señaló los dos primeros charcos.

–¿Qué te parece si bebemos primero y nos lavamos después? A fin de cuentas, ya no podemos sacar más agua... y se habrá evaporado en pocas horas.

–Ah, lavarnos –dijo ella, encantada.

–Y tenemos un charco para cada uno...

Rachel bebió tanto como pudo y, a continuación, se lavó la cara. Pero no le pareció suficiente. Se sentía sucia, su vestido estaba lleno

de sal y no sabía si tendría otra oportunidad, así que tomó una decisión: desnudarse, lavarse bien todo el cuerpo y, por fin, lavar el vestido con el poco agua que quedara.

–Date la vuelta –le ordenó.

–¿Cómo?

–Es posible que pase mucho tiempo antes de que me lave a fondo otra vez, de modo que lo voy a aprovechar... Y no mires, por favor. Por mi parte, te prometo que no miraré si tú decides hacer lo mismo en tu charco.

Él se quedó atónito.

–Date la vuelta –repitió.

Finn obedeció y ella se desnudó. Quizás fuera un canalla honorable, como lo había llamado Maudie. O un friqui. Pero también era el hombre que le había salvado la vida.

Podía confiar en él.

Se tumbó en el charco y dio vueltas sobre él para limpiarse. Afortunadamente, tenía algunas oquedades y al final pudo echarse más agua de la que suponía; suficiente para ella y para el vestido.

–¿Qué tal va eso? –preguntó él, sin mirarla.

–Es como estar en el paraíso... Deberías hacer lo mismo que yo.

–¿Y cómo sabes que no lo estoy haciendo?

Finn la había pillado in fraganti. No se había podido resistir a la tentación de mirar. Y cuando vio sus anchos hombros, sintió el deseo de acariciarlos lentamente.

Rachel se ruborizó.

Después, giró la cabeza y le dio la espalda a propósito.

Todo iba bien hasta que, de repente, Rachel vio una sombra y unas garras que descendían sobre ella. Era un águila.

–¡Agáchate, Rachel! –bramó Finn.

Rachel se agachó y el águila pasó de largo.

–Ya te puedes levantar. Se ha ido.

Ella se levantó. Estaba húmeda, limpia y a salvo; pero también, completamente desnuda. Tan desnuda como él.

Sin embargo, no le importó.

Quizás fue por el miedo que había pasado la noche anterior o por el miedo a que nadie los encontrara. Quizás, porque era perfectamente consciente de que aquel hombre y su cuerpo eran lo único que se interponían entre ella y el terror.

Finn se acercó y la abrazó con fuerza.

–Menuda sorpresa... no había visto que teníamos compañía –dijo

él–. Supongo que se ha lanzado sobre ti porque tendrá un nido en alguna parte del islote.

–¿Un nido?

–Sí, es lo más seguro. Las águilas no atacan a la gente –respondió–. Pensándolo bien, deberíamos llamar al *National Geographic*...

Ella sonrió.

–Pero podría hacernos daño.

–Somos demasiado grandes para ella. Te ha sobrevolado para asustarte, no para atacar.

–Qué alivio. Ahora me siento mejor –dijo con ironía.

–Y yo.

Rachel se apretó contra su pecho y cerró las manos sobre sus hombros, absolutamente extasiada con el contacto de su piel. Tenía un cuerpo precioso.

–¿Te encuentras mejor?

Rachel asintió, pero no se apartó de él.

–Nos quedaremos al abrigo del acantilado –dijo Finn–. El sol está subiendo y es mejor que nos quedemos a la sombra. Además, el águila dejará de vernos como una amenaza si nos abstenemos de subir.

–Ah...

–¿Rachel?

–¿Sí?

Él le puso la mano en la barbilla y se la giró hacia un punto situado en el mar.

–¿Ves aquella isla?

El islote al que se refería era ancho y alto. Estaba cubierto de árboles y rodeado de arrecifes. Se encontraba a media milla náutica, entre cientos de pequeñas formaciones rocosas como la que ocupaban.

Era un vasto océano de islas minúsculas, con la línea de tierra firme en la distancia.

–Sí, ya la veo...

–Es el que estaba más cerca de nosotros anoche –le explicó–. No quise ir allí porque existía la posibilidad de que Esme y los suyos se acercaran a buscarnos. Me pareció poco probable, pero no podía correr el riesgo.

–Lo comprendo.

–Aquí estamos bien. El águila nos dejará en paz si no nos acercamos a sus polluelos. Tenemos agua, tenemos tus barritas de cereales y dentro de poco, si tienes razón, llegará tu Maud con todas

sus tropas. Estamos a salvo.

Rachel le creyó. Estaban a salvo. Aunque fuera una forma muy particular de definir la situación en la que se encontraban.

Finn se inclinó y le dio un beso en la cabeza.

–Y ahora, cariño... ¿sabes que estás desnuda?

Ella retrocedió un poco, pero no demasiado. Porque si hubiera retrocedido más de cinco centímetros, habría visto todo el cuerpo de Finn y Finn habría visto todo su cuerpo. Además, se sentía más segura entre sus brazos. Y mucho mejor.

–Sí, lo sé. Tan desnuda como tú.

–Por eso tengo que seguir abrazándote...

Rachel notó el humor en su tono de voz y se sintió aún más atraída por él.

–No es necesario que me abraces.

–Pero te gusta, ¿verdad?

Ella no se molestó en negarlo.

–Sí.

Finn dejó pasar unos segundos antes de hablar otra vez.

–Me gustaría besarte.

–¿En serio?

Rachel lo preguntó porque no se le ocurría otra cosa que decir. Y como no se le ocurría nada, decidió ser directa.

–Entonces, ¿por qué no me besas?

Capítulo 5

LAS palabras de Rachel lo dejaron sin aliento.

Estaba abrazando a una mujer desnuda y ella lo estaba animando a besarla.

Desconcertado, pensó que quizás no se lo había pedido porque lo deseara, sino porque necesitaba un poco de calor humano.

Pero fuera como fuera, se lo había pedido.

Y estaba perdiendo el tiempo con conjeturas.

Estaba en una isla desierta, con una mujer desnuda entre los brazos, y esa mujer le había pedido que le diera un beso. Tendría que haber sido extraterrestre para no aceptar la invitación. Y no era un extraterrestre. Era un hombre con una mujer, sin nada ni nadie que se interpusiera entre ellos.

En ese momento, su cuerpo tomó el control de la situación y su mente dejó de pensar.

La miró, inclinó la cabeza y la besó.

Rachel Cotton no había besado a nadie en mucho tiempo.

A nadie salvo a Ramón, pero su exmarido no contaba. Era un mentiroso y un canalla de la peor especie; hasta el punto de que la memoria de Rachel había borrado todo rastro de sus besos y caricias.

Y descontando a Ramón, no había besado a nadie desde sus tiempos en la universidad.

Ahora estaba recuperando el tiempo perdido. Recuperándolo con creces, porque sus bocas se encontraron en una lucha de fuego contra fuego.

No lo podía creer. Se sentía como si se estuviera consumiendo por dentro y pudiera derretirse contra el cuerpo de Finn. Era como si, súbitamente, hubieran dejado de ser dos personas y se hubieran fundido en una.

Lo besó y se dejó besar. No podía pensar en nada que no fuera el cuerpo, los labios y la boca de Finn Kinnard, el constructor de barcos, un hombre increíblemente sexy que estudiaba las mareas y las corrientes y tenía un equipo de comunicaciones por satélite en su camarote.

Pero Finn era algo más.

Tenía hijos.

Hijos.

El recuerdo de aquel detalle bastó para enfriar su deseo.

–No... no podemos... –acertó a decir.

Era cierto. No podía dejarse llevar. Había cometido un error terrible al enamorarse de Ramón y no quería repetir la experiencia con un hombre del que, por lo demás, sabía muy poco. Pero se conocía lo suficiente como para admitir que, si Finn hubiera llevado un paquete de preservativos encima, habría renunciado a su sensatez y le habría hecho el amor.

–Sí, tienes razón. No es una buena idea. Si nos viéramos obligados a permanecer nueve meses en este islote, no podríamos comprar patucos en ningún sitio.

Rachel soltó una carcajada, que segundos después se transformó en un sollozo de pura desesperación.

Finn llevó las manos a su cara y se la acarició.

–No te preocupes, no serán nueve meses. Estoy seguro de que Maud es como crees y de que no parará hasta encontrarnos. Llegará pronto, ya lo verás –afirmó–. ¿Qué te parece si nos vestimos y nos ponemos respetables? Así estaremos preparados cuando llegue la caballería.

–Entonces, sigues pensando que los equipos de rescate no vendrán...

Él sacudió la cabeza.

–No, es realmente improbable. Dependemos de Maud. Y si tarda mucho, tendremos que acostumbrarnos a la carne de iguana... –dijo con humor.

–Carne de iguana –repitió ella–. Bueno, qué se le va a hacer. Pero sospecho que no tendrás una caja de cerillas y una sartén por ahí, ¿verdad?

–No, pero tengo algo que nos ayudará.

Finn se inclinó y sacó una bolsita hermética que llevaba atada al cinturón de los pantalones.

–Me temo que no contiene más barritas de cereales. Es una pena.

Él abrió la bolsita y ella miró el contenido. Tenía un teléfono móvil y una navaja multiusos.

–En el anuncio de la navaja decían que es todo lo que necesitas para sobrevivir en el fin del mundo. Ahora podremos comprobar si es cierto.

–El teléfono...

–Olvídalo. Hace días que no tengo señal. En el barco tengo un

teléfono con conexión por satélite, pero este es completamente inútil. Lo he estado usando para sacar fotos.

Finn abrió la aplicación correspondiente y le enseñó las fotografías. Había una docena. Todas, de Esme y sus compinches, además del paquete de cocaína que se les había roto cuando lo lanzaron a la cubierta.

–Menos mal que la bolsita es impermeable –continuó–. Cuando Maud nos encuentre, tendremos pruebas para mandar a esos canallas a la cárcel. De eso puedes estar segura. Pero de momento, deberíamos hacer un fuego.

–¿Un fuego?

–Para asar iguanas.

–¿Estás hablando en serio?

–Qué remedio...

–Bueno, mi abuela decía que los lagartos saben bien.

–¿Tu abuela?

–Sí, su tribu era de Alice, cerca de Uluru. Creció en el campo, muy lejos de la civilización y de sus comodidades.

–Pero supongo que no te daría lecciones sobre la forma de cocinar lagartos...

–Me temo que no.

–Entonces, tendremos que aprender por nuestra cuenta. Empezando por frotar dos palos para hacer fuego... Sospecho que nos llevará un buen rato. Pero con un poco de suerte, habremos terminado esta noche.

–También convendría que pusiéramos una señal en alguna parte, para que nos vean desde el aire...

–Mi camiseta servirá.

–¿Tu camiseta?

–Tu vestido es más llamativo, pero ya has sacrificado la chaqueta y no voy a permitir que te quedes desnuda. Sería pedir demasiado.

–No, claro... ¿y qué hacemos con el águila?

–Estoy seguro de que nos dejará en paz –respondió–. Si vuelve a aparecer, grita y saldré corriendo. Correr es una de mis mayores habilidades.

Rachel lo miró a los ojos y vio humor en ellos, pero también valor y determinación.

Estaba intentando animarla, y lo estaba consiguiendo.

Quizás fuera un canalla honorable, como había dicho Maud; un canalla con dos hijos. Pero dependía enteramente de él.

Capítulo 6

–ME TEMO que es obvio –dijo el capitán.

Maud miró nuevamente el zapato de Rachel. El capitán del *Kimberley Temptress* lo sostenía como si el zapato lo explicara todo, pero no explicaba nada.

–Si es tan obvio, explíquemelo.

–La tripulación encontró este zapato y dos botellas de champán vacías en la cubierta de popa. Suponemos que la señorita Cotton y el señor Kinnard se citaron allí... Esme, la jefa de los guías turísticos, los vio hace poco en la zona del spa y les advirtió que las cubiertas podían ser peligrosas de noche, pero no le hicieron caso. Todo parece indicar que se emborracharon y cayeron por la borda. Lo siento muchísimo, señora Thurston.

–¿Y qué piensa hacer?

–Bueno, se lo notificaré a las autoridades para que envíen equipos de rescate.

–¿Con qué capacidad?

–¿Cómo?

–¿De cuántas aeronaves disponen?

–No estoy seguro, la verdad...

–Pues compruébelo –le ordenó–. Y si no le importa, me gustaría acceder a su sistema de comunicaciones ahora mismo.

–Señora Thurston, le aseguro que hacemos lo que podemos.

–Pues sigan haciendo lo que puedan –dijo Maudie, casi con cordialidad–. Pero aclaremos las cosas... Conozco a Rachel y sé que no se cayó de este barco porque estuviera borracha. Y ya puestos, le recomiendo que reduzca la zona de búsqueda. Anoche, Rachel se acostó a la misma hora que yo, así que estoy segura de que se cayó en algún momento de la madrugada, entre las dos y las cuatro.

–¿Entre las dos y las cuatro? ¿Cómo lo puede saber?

–Rachel sufre pesadillas desde hace meses. Se despierta todas las noches; y siempre, varias horas después de haberse acostado. Si calculan la posición del barco a esas horas, reducirán notablemente la zona de búsqueda.

–Comprendo...

–Cuando la tengan, quiero que me dé las coordenadas exactas.

–Le daré las coordenadas y la ruta que seguíamos.

–No me interesa la ruta que seguían –declaró con brusquedad–. Quiero la posición exacta del barco y quiero pruebas que demuestren que efectivamente estaba allí. Mi nieto y yo buscaremos a partir de ese lugar. Los encontraremos.

–Odio tener que mencionarlo, pero esta aguas están llenas de tiburones.

–Lo sé perfectamente –afirmó–. Y olvide esa tontería de que Rachel se encontró con el señor Kinnard por motivos románticos... me encantaría que fuera verdad, pero Rachel no está de humor para aventuras amorosas. No tiene tiempo para nadie.

Esme estaba muy ocupada, organizando las excursiones de los días siguientes y olvidando los sucesos de la noche anterior. Ya no importaba lo que hubiera pasado. Tenía que ocuparse del resto de los pasajeros.

Y las cosas iban bien. La tripulación había informado a los pasajeros y había aprovechado la ocasión para advertirles sobre los peligros de beber demasiado y salir de noche a cubierta Algunos estaban afectados por la desaparición de Rachel Cotton y Finn Kinnard, pero otros parecían pensar que se lo habían ganado por haber sido unos irresponsables.

–¿Deberíamos preocuparnos?

Esme se giró y frunció el ceño. El ingeniero no tenía ninguna excusa para estar en aquella cubierta. Si alguien lo veía, despertaría sospechas.

–No lo creo. Tú mismo fuiste a la isla habitable más cercana y comprobaste que estaba vacía... Olvídalo. Los tiburones habrán dado cuenta de ellos.

–¿Y qué hacemos con la mercancía? ¿La tiramos por la borda?

–¿Quieres cerrar la boca de una vez? Ya te he dicho que no pasa nada. No vamos a tirar la mercancía.

–Pero si la encuentran... imaginarán lo que ha pasado.

–¿Y quién la va a encontrar? Deja de preocuparte y vuelve a la sala de máquinas. Aquí no ha pasado nada. Solo ha sido un trágico accidente.

Hugo recibió la llamada de Maudie a las ocho en punto de la mañana. Y a las ocho y cuarto, todos los recursos de la Thurston Holdings se habían desviado hacia la búsqueda y localización de una jovencita que se había caído al mar entre Darwin y Broome y

del hombre que la acompañaba en ese momento.

–Será mejor que ese tipo cuide de ella –dijo Amy, la hermana de Rachel.

Hugo la miró con afecto.

–Descuida. Las Cotton sois tan duras que será ella quien tenga que cuidar de él. Tu hermana sabe cuidarse.

–Pero si ese hombre la atacó… si se cayó por la borda por su culpa…

–Entonces, habrá sido pasto de los tiburones y Rachel estará sentada tranquilamente en algún islote. Pero no adelantemos acontecimientos. Lo primero es lo primero. Tenemos que rescatar a tu hermana.

Capítulo 7

–SUPONGO que no llevarás un Scrabble en la bolsita, ¿no?

Eran las tres en punto. El calor era agobiante incluso a la sombra de la pared de roca, y los dos charcos pequeños se habían evaporado horas antes. Solo quedaba el agua de la poza, protegida por la chaqueta de Rachel, que habría dado cualquier cosa por echar un trago.

–No. Lo siento, lo olvidé.

–Nos habría resultado útil. O por lo menos, una bajara de cartas...

–Nunca he sigo un genio haciendo las maletas.

Ella sonrió.

Minutos antes, Finn había hecho otro intento por llegar a la cumbre del islote y poner su camiseta, para llamar la atención de los posibles equipos de rescate. Pero la pared era demasiado vertical. Y cada vez que lo intentaba, el águila alzaba el vuelo y se lanzaba sobre él en un intento por defender a sus polluelos. O más bien las águilas, porque habían descubierto que la rapaz no estaba sola. Evidentemente, tenía pareja.

Durante la hora anterior, Rachel había estado considerando la posibilidad de intentarlo por su cuenta; pesaba menos que Finn y se encontraba en buena forma porque hacía gimnasia para fortalecer la cadera. Así que, mientras él se dedicaba a tallar un pedazo de madera que había encontrado, ella se dedicó a calcular los ritmos de las águilas. Y descubrió un detalle interesante.

Siempre hacían lo mismo. Una se quedaba en el nido y la otra volaba durante media hora o algo más, en busca de comida. Como la última había alzado el vuelo cinco minutos antes, Rachel dedujo que tenía entre veinte y veinticinco minutos antes de que regresara.

Se puso en pie y dijo:

–Dame la camiseta.

–¿Qué?

–Voy a subir. Dámela.

–No puedes subir... lo he intentado y es peligroso.

–Pero ahora me toca a mí. Peso menos y soy ágil.

–Rachel, te recuerdo que tuviste un accidente y te dañaste la cadera. Tienes una pierna mal.

–Tenía una pierna mal –puntualizó–. Además, estoy acostumbrada a escalar desde niña. Y he hecho tantos trabajos de campo como geóloga que sé distinguir las piedras que son estables y las que no lo son. Tú quédate aquí, haciendo tallas para turistas.

–¿Haciendo tallas para turistas? –preguntó, indignado–. ¿Qué crees que estoy haciendo? ¿Un tiburón de madera?

–No pretendía ofenderte, Finn. De hecho, estoy segura de que te quedará muy bonita. Pero mientras tú tallabas, yo he estado calculando una ruta y creo que he descubierto la forma de subir. Dame la camiseta, por favor.

–No. Tú no vas a ir a ninguna parte.

–Finn...

–Rachel...

–No tenemos más remedio. Tenemos que llamar la atención de los equipos de rescate. Lo sabes de sobra.

–Te matarás. No lo puedo permitir.

–Sé que es arriesgado, pero nos moriremos de hambre si no hacemos algo. Además, no me voy a matar.

–Pues iremos los dos.

–Olvídalo.

–¿Y qué pretendes que haga? ¿Quedarme aquí y extender los brazos por si te caes? –preguntó, atónito.

–No me caeré.

Se hizo un momento de silencio. Una lucha de voluntades.

–Está bien, me quedaré abajo y estaré preparado por si pierdes pie –declaró Finn–. Y vigilaré a las águilas.

–Trato hecho.

No salía de su asombro. Él, Finn Kinnard, estaba en la base de un acantilado prácticamente vertical mientras una mujer pequeña y delicada escalaba la pared y hacía lo necesario para salvarlos a los dos.

Definitivamente, había cometido un error al dejarse llevar por las apariencias. Rachel podía ser tan pequeña y delicada como su difunta madre, pero no se parecían en nada más. Ella sabía cuidar de sí misma; no era una víctima ni una mujer tradicional que dependiera de otros para sobrevivir.

Alzó la mirada y la observó. Antes de iniciar la escalada, Rachel le había pedido el cinturón y se lo había abrochado alrededor del vestido. Luego, alcanzó un palo largo y se lo metió por debajo para asustar a las águilas si se acercaban otra vez.

–No te preocupes por mí –le había dicho–. Si aparecen, grita y bajaré tan deprisa que ni te darás cuenta.

Se había equivocado con ella. Era valiente, fuerte y decidida. Pero lo que sentía por ella iba más allá de la admiración. Aquella mañana, cuando abrazó su cuerpo desnudo, se encontró dominado por emociones que ni siquiera reconocía. Emociones que no se limitaban a lo más obvio, al deseo físico.

Rachel Cotton se había ganado su corazón.

Justo entonces, ella llegó a la cima. No podía verla bien, porque estaba vigilando el cielo en busca de las águilas, pero habían acordado que pondría la camiseta en el lugar más alto y que colocaría una piedra en una esquina de la tela, para que ondeara con el viento.

Sin embargo, Rachel cambió de opinión. Sacó el palo, le ató la camiseta a modo de bandera y lo metió en un agujero antes de empezar a bajar.

Entonces, Finn divisó una silueta oscura en la distancia.

–Rachel...

–Ya voy...

–¡Date prisa!

–¡Voy tan deprisa como puedo!

La rapaz se abalanzó sobre ella y Finn no tuvo más remedio que tirarle una piedra. Obviamente, no la alcanzó; pero sirvió para que cambiara de rumbo antes de volver a atacar.

Rachel siguió bajando. Y Finn tiró otra piedra.

Y otra.

Y otra.

Cuando la tuvo a su alcance, él estiró los brazos y Rachel se soltó de la pared.

Finn la estuvo abrazando durante una eternidad. Tiempo más que suficiente para reconsiderar su opinión sobre las mujeres en general.

O por lo menos, sobre una mujer en concreto.

Rachel Cotton.

Rachel intentó convencerse de que no estaba entre sus brazos porque Finn le gustara y se sintiera a salvo con él, sino para animarlo tras los minutos de tensión de su escalada. Pero no se pudo engañar. Y como no sabía qué hacer, optó por romper el hechizo con algo mundano que, además, era cierto.

–Me duelen los pies.

–¿Los pies?
–Me habrían venido bien unas botas con clavos.
Finn asintió. Él había salido sin zapatos la noche anterior y ella los había perdido en algún momento de su aventura.
–Déjame ver...
Se sentaron en el suelo y Finn echó un vistazo a las plantas de sus pies. Estaban llenas de heridas.
–¿Los tuyos tienen tan mal aspecto como los míos? –preguntó Rachel.
–Me temo que sí.
–¿Y has intentado subir tres veces? –preguntó, asombrada.
–Tres veces que han terminado en fracaso. En cambio, tú lo has conseguido a la primera –afirmó.
–Sí, pero ni siquiera puedo quejarme de mis pies. Los tuyos están peor.
–Pero puedes mirar tu bandera y animarte.
Ella se giró y miró la bandera.
–No ha quedado mal, ¿verdad? Aunque es posible que las águilas la tiren...
–Lo dudo. Estaban más preocupadas por ti.
–Se acostumbrarán a nuestra presencia –Rachel se volvió a mirar los pies–. Me encantaría meterlos en la poza...
–Le añadiría sabor.
Ella sonrió.
–Hablando de sabor, ¿te apetece una barrita de cereales?
–Bueno, han pasado mucha horas desde el desayuno. Supongo que tenemos derecho a ser glotones –ironizó.
–Pues vamos allá.
Rachel abrió el paquete con gran ceremonia y sacó dos barritas, que comieron en silencio mientras contemplaban su pequeña bandera y el enorme mar. Sus mentes estaban llenas de pensamientos intensos; pero ni él ni ella encontraron el valor necesario para expresarlos en voz alta.

Rachel se había equivocado; Finn no había estado tallando ninguna figurita, sino algo bastante más útil para ellos en esas circunstancias. Había hecho una hendidura larga y poco profunda en un palo más o menos liso y luego había redondeado un palo de punta algo más estrecha que la hendidura.
Tomó el segundo entre sus manos, metió la punta en la muesca y lo empezó a frotar de un lado a otro, metódica y pacientemente,

una y otra vez.

Intentaba hacer fuego.

–Lo leí en alguna parte –declaró–. Es más eficaz que frotar dos palos. O debería serlo.

Ella lo miró con fascinación.

–¿Quieres que te ayude?

–No, esto es trabajo de hombre –contestó con humor.

–Vaya, ¿ahora nos vamos a repartir el trabajo por sexos?

Finn le dedicó una sonrisa.

–No, claro que no.

–Entonces, deja que siga yo. Has estado tanto al sol que tienes ampollas en las manos.

–Pero las tuyas son más bonitas que las mías. No quiero que te las estropees –alegó él–. Sin embargo, podrías ir a buscar leña. Seguro que encuentras algo en la playa.

–De acuerdo.

Rachel bajó a la playa y se dedicó a recoger todos los palos, ramas y pedazos de madera que el mar había arrastrado. Al cabo de un rato, volvió con un montón suficiente para hacer un fuego que durara toda la noche. Durante su ausencia, Finn había conseguido su objetivo y estaba mirando la llama con felicidad.

–Me siento como si acabara de pasar el examen de boy scout –dijo.

A Rachel le pareció adorable. Estaba tan contento como un niño en la mañana del día de Reyes.

–Tus pobres manos... deberías ponerte un poco de agua.

–Y tú deberías ponerte en la nariz. La tienes roja como un tomate.

Se levantaron y se dirigieron a la poza, donde bebieron un poco y se echaron agua en su castigada piel.

–Empezaremos a racionarla cuando la poza esté medio vacía –dijo Finn–. Pero de momento, nos podemos permitir algunos lujos.

–¿Y qué vamos a hacer con la comida? ¿Cazar iguanas y asarlas?

–O robarles los huevos a las águilas.

–Sube tú si quieres. Yo no me voy a arriesgar otra vez... Me pregunto qué estarán comiendo en el barco a estas horas.

–Nada. Seguro que se han vestido de luto y que se dedican a llorar nuestra pérdida sobre sus platos vacíos –dijo con sorna.

–Puede que den la vuelta y que vengan a buscarnos...

Finn sacudió la cabeza.

–No pueden –dijo con suavidad–. El capitán está involucrado y, además, es responsable de la seguridad de todos los pasajeros. Estas

aguas son demasiado traicioneras. Dejará el asunto en manos de las autoridades.

–Entonces, dependemos de Maud.

–Sí.

A Finn le pareció una situación verdaderamente irónica. Sus vidas dependían de una mujer de ochenta y tres años que adoraba a Rachel. Dependían del afecto, del amor. De un sentimiento que él solo empezaba a entender.

Cuando oscureció, encendieron tres fuegos en tres puntos distintos del islote, para que se pudieran ver desde cualquier dirección.

–Los avivaré durante la noche –dijo él–. Mañana, dejaremos que se apaguen. Las columnas de humo se verán en muchas millas a la redonda.

–¿Estás seguro de que... ?

–¿De que lo verá la gente apropiada? Sí, estoy completamente seguro –Finn la miró a los ojos con intensidad–. Los narcotraficantes no perderán el tiempo con nosotros. Ya estarán muy lejos de aquí.

–No puedo creer que algunas personas puedan ser tan malas.

Se acomodaron en el mismo lugar donde habían dormido la noche anterior. El sol de la tarde había calentado la arena del fondo y resultaba tan cómoda como podía ser, pero Rachel no se encontraba precisamente cómoda. Con la noche, habían regresado sus fantasmas y sus temores. Él se dio cuenta y la abrazó.

–Tenemos que abrazarnos –dijo al notar su resistencia inicial–. Así, nos daremos calor mutuamente. Además, estoy tan asustado como tú.

Ella lo miró con incredulidad.

–Eso no es verdad... Eres un boy scout. Nunca tienes miedo y siempre estás preparado para todo.

Finn rio a la luz de la luna.

–Si estuviera preparado para todo, me habría traído un paquete de preservativos.

–Un paquete de preservativos que solo te habrían servido en tus sueños –mintió ella–. No te puedes preparar para algo que no va a ocurrir; solo te puedes preparar para las cosas que son posibles.

–O para las esperanzas.

Ella sonrió de oreja a oreja.

–Las esperanzas no valen. Pero dime, ¿eres un boy scout de verdad?

–No, no llegué a serlo.

Finn no había tenido ocasión. Cuando llegó a la edad necesaria para ser un boy scout, ya tenía un empleo temporal y muy poco tiempo libre. Su madre había fallecido y sus abuelos no andaban bien de dinero. Su abuelo le había encontrado un empleo en el astillero, donde aprendió más de lo que jamás habría aprendido en los boy scouts.

–¿Dónde creciste? –preguntó Rachel.

Él la abrazó con más fuerza y ella dudó un momento, pero se apretó contra su pecho porque era lo más natural y lo que más le apetecía.

Finn podía sentir cada centímetro de sus curvas bajo la fina tela del vestido.

Si hubiera sido menos caballeroso, habría aprovechado la situación. Pero era un caballero y, por otra parte, no tenía preservativos.

–En Maine.

–¿Y dónde está eso?

–En la Costa Este de Estados Unidos.

–Cuéntame algo más.

–¿Qué quieres saber?

–Cualquier cosa que me quieras contar. Ten en cuenta que yo no he salido nunca de Australia... ¿Es muy grande? ¿Vivías cerca del mar?

Las preguntas de Rachel eran completamente inocentes, así que Finn hizo un esfuerzo por relajarse. Pero su calor y el contacto de su cuerpo estaban derribando las defensas que había levantado a lo largo de su vida.

–Mi abuelo se dedicaba a hacer barcos, de modo que siempre vivimos junto al mar. No había nada que no supiera hacer con sus manos... cuando no construía barcos, navegaba en ellos. Los barcos eran su vida. Me enseñó todo lo que sabía y, después, me buscó un trabajo como aprendiz en el mejor astillero de la zona.

–¿Y tú también navegabas?

–Por supuesto. Mi abuelo tenía un velero que se había hecho él mismo. Navegué con él desde mi más tierna infancia. Yo era su sombra. Su camarada de a bordo, como me decía.

–Suena bonito.

–Lo era.

–¿Lo era? ¿Es que ha muerto? –preguntó con inseguridad.

Finn asintió.

–Mi madre nació cuando mis abuelos ya tenían bastante edad.

Fue la hija que siempre habían querido –contestó–. Tras su muerte, mi abuela se hundió en una depresión profunda… Falleció cuando yo tenía cinco años. Mi abuelo murió poco después.

–¿Y no llegaste a conocer a tus otros abuelos, a los padres de tu padre?

Finn no hablaba nunca de esas cosas. Le resultaba demasiado doloroso. Pero curiosamente, su necesidad de hablar con Rachel era más intensa que su tendencia a ser reservado. Además, Rachel había dejado de ser una desconocida. Ahora era la mujer que le abrazaba en mitad de la noche.

–No, ni siquiera llegué a conocer a mi padre. Él no quiso.

–Yo tampoco llegué a conocer al mío. Quién sabe, puede que siga con vida.

–Mi padre está definitivamente muerto.

–¿Y eso es bueno? –preguntó con cautela.

–Supongo que sí. Trató muy mal a mi madre.

Ella asintió.

–Si quieres hablar de ello…

Finn estaba asombrado. Era la primera vez que mantenía esa conversación. Nunca lo había compartido con nadie.

–Mi madre siempre fue de salud frágil. A los diecinueve años, se acatarró y el catarro se convirtió en una neumonía. Cuando por fin se recuperó, mis abuelos la enviaron a un crucero por el trópico… en Maine era invierno y el médico dijo que le sentaría bien. Pero no tenían dinero suficiente para acompañarla, así que mi madre se fue sola.

–¿Y qué pasó?

–Que conoció a mi padre en el barco –respondió–. Volvió embarazada de un hombre que no quería saber nada ni de ella ni del bebé. Y como en aquella época no había pruebas de ADN, ni siquiera podían demostrar la paternidad del niño.

Rachel se quedó en silencio y lo miró de forma extraña, como si estuviera atando cabos y llegando a conclusiones.

Y de repente, dijo lo que estaba pensando.

–Me has mentido, Finn. Después de lo que me has contado, no puedo creer que tuvieras dos hijos de la misma forma que tu padre.

Finn lamentó haberse inventado esa historia. Había sido un error. Pero no estaba seguro de querer decirle la verdad.

–Piensa lo que quieras.

Rachel se quedó otra vez en silencio. Al cabo de unos segundos, le lanzó una mirada llena de inteligencia, como si hubiera solucionado el enigma.

–Te lo inventaste para quitarte de encima a Maud; para que renunciara a su idea de emparejarlos. Esos niños no existen, ¿verdad?
–Existen.
–¿Cómo se llaman?
–Connie y Richard.
–No me gustan los hombres que mienten... –le advirtió.
–Bueno, no es necesario que te guste.
–¿Ah, no? ¿Y qué me dices de esa conversación sobre preservativos? ¿Quieres que me acueste contigo sin que me gustes? No digas tonterías.
Esta vez fue él quien guardó silencio.
Lejos de darse por derrotada, Rachel lo miraba como si estuviera más que dispuesta a seguir con el interrogatorio. Y él se sentía incómodo, expuesto. Tenía la sensación de que ella podía ver el fondo de su alma.
–Dime, ¿qué estabas haciendo con esa cámara en el barco?
Finn tragó saliva. Rachel lo había pillado en una mentira y ahora iba por más.
–Fotografiar a los narcotraficantes.
–Eso ya lo sé. Pero, ¿qué hacías allí? ¿Sabías que iban a estar?
–Yo... sí, lo sabía –Finn decidió cambiar de estrategia y ser tan sincero como fuera posible–. Noté que los motores del barco se habían detenido y supe que pasaba algo extraño. Era la segunda vez en tres días. Decidí salir a investigar.
Rachel lo miró fijamente.
–¿Quién eres?
–Finn Kinnard. Ya lo sabes.
–¿Y seguro que no eres policía?
–No, soy policía.
–Entonces, algún tipo de investigador...
–Algo así.
Ella suspiró, exasperada.
–Por Dios, Finn... ¿a qué viene tanto secretismo? ¿Es que trabajas para el servicio de inteligencia de tu país? ¿Eres uno de esos espías que se ponen gafas y bigotes postizos?
Finn sonrió.
–No, jamás me he puesto un bigote postizo.
–Pero todo esto es muy extraño. Yo creo que...
–Tú no tienes que creer nada –dijo con suavidad–. Los dos sabemos que la gente no es siempre lo que parece. Te estoy diciendo la verdad... hasta donde puedo.

–Entonces, hay más.

–Sí, hay más –asintió–. Como en tu caso. Sé muy poco de ti, Rachel. ¿Por qué no bajas tus barreras de una vez?

–¿Qué quieres saber?

–Lo del bebé que perdiste, por ejemplo. Lo del hombre que te partió el corazón.

Capítulo 8

FINN pensó que Rachel no iba a hablar. Se le quedó mirando a la luz de la luna, como si no estuviera segura de poder confiar en él. Pero al final, se relajó un poco, soltó un suspiro largo y dijo:

–No has sido sincero conmigo. ¿Por qué debo serlo contigo?

–No estás obligada a decirme nada. En realidad, solo intentaba distraerte para que no pienses en el hecho de que nos quedan pocas barritas de cereales.

–Bueno, mañana desayunaremos lagarto asado...

–¿Sabes cocinar lagartos?

–Podemos buscar una receta por la Red –se burló–. Seguro que tienes una conexión de Internet en tu navaja de boy scout.

–Lamentablemente, no.

–En ese caso, usaremos uno de los métodos que me enseñó mi abuela.

–¿Tu abuela te enseñó a cocinar lagartos?

–En teoría –respondió, acurrucándose un poco más contra él–. Pero nunca lo pusimos en práctica... En los pisos donde vivíamos había escasez de lagartos. Y naturalmente, también de hogueras.

–Pero sabía cocinar lagartos...

Rachel soltó una carcajada.

–Maravillosamente bien. Y hacía unas hogueras magníficas... Si hubiera estado aquí, ni siquiera habría necesitado esa navajita tuya –se burló.

–¿Ahora vas a criticar mi navaja?

–No, claro que no.

Rachel se puso seria de repente y cambió de conversación.

–¿Quieres que te hable de la niña que perdí? ¿Te interesa de verdad?

A Finn le interesaba mucho. Ardía en deseos de saber más cosas de ella. Pero no quería presionarla.

–Solo si quieres hablar...

–Bueno, no hablo de ella muy a menudo –le confesó–. Pero hablar de ella sirve para que sea más real. No quiero que termine siendo un recuerdo que solo me pertenece a mí.

–Entonces, háblame de ella.

Finn no dejó de abrazarla mientras Rachel hablaba de su

exmarido, de su mal genio, de su breve y feroz matrimonio y del accidente que le había provocado el parto. La niña nació a las veintiocho semanas de gestación y murió poco después. La llamó Elizabeth, en honor a su abuela.

–La tuve entre mis brazos, ¿sabes? Recuerdo que cerró sus deditos alrededor del mío. Había sido un accidente grave, pero en ese momento no me dolía nada... Solo estaba ella. Los médicos fueron muy amables al retrasar mi operación y permitir que siguiera despierta el tiempo necesario para abrazarla.

Rachel se quedó en silencio, apretada contra él.

Finn supuso que seguía pensando en su difunta hija y odió a su exmarido por lo que le había hecho; pero sobre todo, deseó que no se alejara nunca de su lado.

Al cabo de unos minutos, cuando ya se estaba quedando dormida, Rachel dijo:

–Me alegra que estés aquí.

Después, cerró los ojos y se durmió.

Finn pensó que él también se alegraba, y se preguntó por qué insistía en mantener las distancias con ella.

Sin embargo, sabía que no las podría mantener durante mucho tiempo.

Finn se levantó varias veces a lo largo de la noche. Tenía que avivar los fuegos.

Cada vez que se levantaba, ella protestaba en sueños y él le daba un beso y empezaba su ronda. Por suerte, Rachel había dejado montones de leña junto a las hogueras y no tuvo que molestarse en bajar a la playa a buscar más.

Era una mujer asombrosa. A pesar de tener mal la cadera, había recorrido toda el islote en busca de combustible para el fuego y se había encaramado a una pared vertical para poner una camiseta junto a un nido de águilas.

No le extrañó que se hubiera quedado dormida con tanta rapidez.

Debía de estar agotada.

Rachel era pequeña, bonita y vulnerable; en ese sentido, le recordaba mucho a su madre y su abuela. Pero a diferencia de ellas, no tenía carácter de víctima. Había sobrevivido a un suceso tan doloroso como la pérdida de un bebé y seguía adelante con su vida. Era fuerte y muy inteligente. Le hacía reír. Y excitaba su deseo.

Mientras pensaba en ella, se dijo que tendría que haberle dicho

la verdad sobre Richard y Connie. A fin de cuentas, ya había llegado a la conclusión de que se lo había inventado para quitarse de encima a Maud Thurston.

Pero no era su único secreto.

Y no sabía si estaba preparado para decirle que era el dueño de la línea de cruceros del *Kimberley Temptress*. No lo sabía porque no estaba seguro de lo que sentía por ella. Ni siquiera lo entendía.

Además, sus experiencias con las mujeres habían sido tan malas que, al final, había tomado la decisión de no mezclar el amor con el dinero. Desde que heredó la fortuna de su padre, se había convertido en objetivo de mujeres sin escrúpulos que solo querían casarse con él para sacarle hasta el último céntimo.

Con el tiempo, se había puesto una especie de armadura emocional y se había acostumbrado a la idea de seguir solo. Pero Rachel había cambiado las cosas en menos de una semana. Y no le agradaba la idea de abrirle su corazón.

Era demasiado arriesgado.

Tenía miedo de sincerarse y de que Rachel resultara ser tan fría y calculadora como todas las demás. Tenía miedo de que el hechizo se rompiera.

–Qué puedo hacer –se dijo en voz alta–. Si le digo que soy rico y cambia de repente, no lo podría soportar... No sé. Es demasiado complicado. Será mejor que guarde el secreto hasta que salgamos de aquí.

Finn intentó convencerse de que había tomado la decisión correcta.

No en vano, era lo más sensato. Y un hombre inteligente tenía que ser sensato.

Despertaron poco antes del amanecer y se dirigieron a la poza. El nivel del agua había empezado a bajar, a pesar de la chaqueta de Rachel.

Y no podían hacer nada por impedirlo.

Bebieron y se comieron dos barritas más de cereales. Como no tenían nada que hacer, se sentaron con la espalda contra la pared de roca, en la posición más cómoda posible, y se dedicaron a mirar el mar.

Tenían que ahorrar energías.

–Háblame de tus niños –dijo ella, súbitamente.

–¿Qué quieres saber?

–¿Son tuyos?

Por fin había llegado el momento.
Y Finn decidió ser sincero.
–No, mis hermanastros. Son hijos de mi padre.
Ella asintió.
–Maud se alegrará de saberlo.
Él sonrió.
–Eso me temo.
–¿Y por qué están contigo? ¿Por qué no están con su madre?
–Con sus madres –puntualizó él.
–¿Sus madres?
–Sí, son de madres diferentes.
–Y dependen de ti...
–Sí, viven conmigo, aunque mi padre me dejó dinero suficiente para mantenerlos.
Finn prefirió no dar más explicaciones sobre el dinero que tenía y el que había heredado. Rachel no necesitaba saber que era rico.
–¿Dónde están ahora?
–En casa. Tenemos un ama de llaves. Es una gran profesional.
–Un ama de llaves... ¿no es demasiado lujo para un hombre que, según afirma, solo construye barcos pequeños? Hay muchas cosas que no me estás contando, Finn. Por ejemplo, lo de los narcotraficantes. Tú no estabas allí por casualidad.
Finn fue sincero.
–No, no fue casualidad.
–Pero prefieres no decirme por qué...
–En efecto.
Ella lo miró durante unos segundos y asintió.
–Bueno, supongo que puedo vivir con ello. Además, ya he decidido que trabajas para la policía secreta y que te dedicas a recorrer el mundo en un combate interminable contra el mal. Seguro que, bajo ese pecho bronceado, llevas un uniforme de licra con la *S* de Superman. Si me atacara un tiburón, le arrancarías la piel en las profundidades, saldrías a rescatarme con tus leotardos y me llevarías volando.
Él rompió a reír y sacudió la cabeza.
–Aquí no hay más superhéroe que tú. No sé cómo conseguiste reunir tanta leña, pero me descubro ante tu talento.
Ella sonrió.
–Gracias.
–De nada.
–¿Cómo son los barcos que construyes?
Finn arqueó una ceja.

–Te advierto que los barcos me apasionan tanto como las piedras a ti. Créeme, no quieres que empiece a hablar de ellos.

–¿No?

–No.

–Hum…

Rachel se inclinó hacia él y le miró las manos.

–¿Qué estás haciendo?

–Comprobar tu piel –contestó–. Sí, es verdad, se nota que has trabajado con las manos… pero también se nota que hace tiempo que no te dedicas a esos menesteres. Te estás volviendo blando, Finn.

–Eh…

–No te ofendas. Las ampollas que te hiciste ayer les han devuelto un poco de dureza.

–Rachel…

–Y hoy te vas a hacer unas cuantas más. Quedas nombrado responsable de buscar leña. Yo cuidaré del fuego.

–Sí, señora –se burló.

Finn pensó que se le ocurrían cosas más interesantes que buscar pedazos de madera por todo el islote.

Mucho más interesantes.

Pero estaban atrapados y en una situación peligrosa.

Y además, no tenía preservativos.

La mañana pasó lentamente. Demasiado despacio, teniendo en cuenta la cantidad de agua y de barritas de cereales que les quedaban.

En lugar de avivar los fuegos, les echaron madera húmeda para que hicieran más humo y concentraron sus esfuerzos en la caza.

–Necesitamos un buen palo –dijo ella–. Mi abuela siempre tenía uno por si entraban ladrones en casa… una mezcla de lanza y cachiporra.

Rachel sonrió al recordarlo. Estaba de buen humor, aunque ni siquiera sabía por qué. Su vestido era poco más que un harapo, su pelo era una mata aplastada y, para empeorarlo todo, el sol le había achicharrado la nariz.

Pero no podía dejar de sonreír.

–¿Estás seguro de que tu familia no nos buscará? –continuó.

–Completamente. Aunque Connie y Richard se enteraran de lo que ha pasado, son demasiado jóvenes y no sabrían qué hacer.

–Bueno, no te preocupes. Estoy dispuesta a compartir a Maud.

–Guau…–ironizó.

–No te quejes. Cuando nos encuentren, le diré que eres un canalla adorable y que necesitas una mujer que cuide de ti y de tus hermanastros. No sé quién eres, Finn Kinnard, pero sé que tus intenciones son buenas.

–Gracias… –dijo con timidez.

–Aunque nunca he sabido juzgar a los hombres. Pensándolo bien, no debería confiar en ti.

–Puedes confiar en mí.

Ella asintió.

–Sí, ya lo sé. Pero lamento que no seas más sincero conmigo… En fin, basta de cháchara. Necesitamos un buen palo.

Dos horas más tarde, cuando Rachel y Finn ya habían encontrado un palo lo suficientemente contundente como para cazar lagartos, oyeron un ruido que procedía del sur.

Era un helicóptero.

Al principio, solo vieron un punto pequeño que sobrevolaba unos islotes distantes. Pero el piloto debió de ver las columnas de humo de sus hogueras, porque el aparato cambió súbitamente de rumbo y se dirigió a su posición.

–¿Serán los equipos de rescate? –dijo ella, insegura–. ¿O serán… ?

Él le pasó un brazo alrededor de la cintura.

–No te preocupes. Son los buenos. Estoy seguro.

Poco después, Rachel sonrió de oreja a oreja.

–¡Es de color rojo! ¡El helicóptero es de color rojo!

–¿Y qué?

–Amy me dijo que Hugo pilotaba un helicóptero rojo…

–¿Hugo?

–Sí, el nieto de Maudie.

Finn calculó qué posibilidades había de que el novio de la hermana de Rachel fuera precisamente la persona que los iba a encontrar en mitad del océano. Pero sobre el color del aparato no había ninguna duda. Era rojo. Y volaba hacia ellos.

–¿Qué hacemos? ¿No deberíamos agitar los brazos? –preguntó Rachel.

–No tenemos opción. Si nos escondemos, no nos rescatarán; y francamente, creo que nos aburriríamos de comer iguana asada… –Finn le guiñó un ojo–. Además, me dejé la maquinilla de afeitar en el barco.

Rachel volvió a reír.

–Qué horror. Eso es inadmisible…

–Entonces, agitemos los brazos.

Salieron de la sombra y empezaron a mover los brazos como locos.

El helicóptero descendió y se detuvo exactamente encima de ellos, tan bajo que pudieron ver a un hombre y una mujer que les hacían señas desde el asiento de atrás.

–Son Amy y Hugo... –dijo Rachel, emocionada–. Son mi familia. Sabía que vendrían a buscarnos.

Su familia.

Rachel tenía gente que la quería y que era capaz de hacer cualquier cosa por ayudarla.

Finn pensó que debía alegrarse por ella. Y una parte de él, se alegraba. Pero otra parte sentía envidia.

Él nunca había tenido una familia de verdad.

Sin embargo, no quiso romper la felicidad del momento con pensamientos lúgubres. El equipo de rescate estaba allí. Los habían encontrado.

–Bueno, sospecho que las iguanas del islote agradecerán que nos marchemos. Ya no tendremos que comérnoslas... Pero lo siento por el palo; parecía bastante contundente –dijo Finn–. ¿Quieres que le diga a tu hermana que vuelvan mañana?

–No te preocupes por el palo. Nos lo llevamos con nosotros –respondió ella, sin dejar de sonreír–. Lo usaré para ablandar los filetes... Hum, filetes. Con patatas fritas. Y un helado de postre... ¿Nos vamos? Creo que nos están esperando.

Capítulo 9

EL HELICÓPTERO dio varias vueltas alrededor del minúsculo islote, pero no tenía espacio para descender ni el instrumental necesario para subirlos a bordo. Les lanzaron una caja con galletas, botellas de agua y frutos secos y, antes de alejarse, Amy y Hugo les hicieron señas para que supieran que tendrían que esperar.

Rachel se llevó una decepción.

–No tienen más remedio que irse. Su helicóptero es demasiado pequeño y tiene una autonomía limitada –le explicó Finn–. Pero descuida... la caballería se presentará dentro de poco. Ya lo verás.

Finn acertó. Al cabo de unos minutos, aparecieron dos helicópteros de la Armada, mucho más grandes y potentes. Un médico se descolgó sobre el islote y se acercó a ellos.

–Nos alegramos mucho de verlos –dijo–. ¿Están heridos?

–No, solo tenemos quemaduras de sol, unos cuantos arañazos y algunas ampollas –respondió Finn–. No es nada importante. Pero créame, nosotros nos alegramos mucho más de verlos a ustedes.

–Pues deberían agradecérselo a Maud Thurston... De no haber sido por ella y por su nieto, no habríamos dispuesto de los recursos necesarios para localizarlos. Sobre todo, porque el capitán del *Kimberley Temptress* y su tripulación insistieron en que habían muerto.

–Ahora que lo menciona, tengo que hablar urgentemente con la policía –dijo Finn–. No nos caímos del barco.

–¿Ah, no? Nos dijeron que tuvieron un encuentro amoroso a medianoche, que se excedieron un poco y que cayeron por la borda.

–No fue ninguna cita amorosa.

El médico arqueó una ceja y sonrió porque Finn y Rachel no se habían separado en ningún momento. Cualquier persona habría pensado que estaban locos el uno por el otro.

–Pues ahora se les ve muy acaramelados...

–Ahora, sí –intervino Rachel, sonriendo de oreja a oreja–. De hecho, hemos descubierto que el acaramelamiento es una gran técnica de supervivencia.

–Dígame una cosa... ¿la señora Thurston sigue a bordo del *Kimberley Temptress*?

–Tengo entendido que sí –contestó el médico–. Le ofrecimos que

viniera con nosotros, pero nos pidió que concentráramos nuestros esfuerzos en localizarlos. Pero si no se cayeron al agua, ¿qué les pasó?

–Que nos tiraron –dijo Finn–. Descubrimos que la tripulación traficaba con drogas.

–Dios mío…

El médico no había perdido el tiempo mientras hablaban; le había puesto un arnés a Rachel y ya estaba preparada para subir al helicóptero.

Segundos después, Rachel empezó a subir. Finn la miró y se preguntó qué iba a pasar con ellos. Su aventura había terminado.

Tenía que volver a la realidad.

Pero no sabía a qué realidad iba a volver.

Quizás, a la de los principios que había seguido durante toda su vida. O quizás, no; porque también era posible que las cosas hubieran cambiado para siempre.

Los llevaron a un campamento minero que se encontraba a unos cien kilómetros tierra adentro. Estaba en mitad de ninguna parte, pero era el lugar más cercano donde los aparatos podían repostar.

Cuando bajaron a tierra, descubrieron que el helicóptero rojo los estaba esperando. Una mujer que se parecía mucho a Rachel se acercó a ella y la abrazó entre sollozos. Finn supuso que sería Amy, su hermana.

Los miembros de los equipos de rescate se alejaron para darles un poco de espacio. El piloto del helicóptero rojo, al que Rachel presentó rápidamente como Hugo Thurston, estrechó la mano de Finn y miró a las dos mujeres.

–Menos mal que todo ha terminado bien –dijo Hugo–. Pero, ¿cómo diablos llegasteis a ese islote? Está muy lejos del rumbo que llevaba el *Kimberley Temptress*.

–Del rumbo oficial, sí; pero el crucero no estaba donde debía estar –respondió Finn.

–¿Eso tiene algo que ver con tu empeño en hablar con la policía antes notificar que os encontrabais a salvo?

–En efecto.

Finn pensó que Hugo Thurston era tan perspicaz como su abuela. Pero no le extrañó demasiado; en algún momento, durante el tiempo que habían pasado en el islote, Rachel le había contado que Hugo había sido miembro de un comando especial del ejército antes de hacerse cargo de la empresa de Maudie.

–Si descubro que ha sido culpa tuya; si resulta que eres responsable de que Rachel estuviera a punto de perder la vida, te prometo que...

–Tranquilo. Yo soy de los buenos –le aseguró Finn–. Además, puedes estar seguro de que haría cualquier cosa por Rachel.

Hugo lo miró y su expresión cambió de repente. Fue como si hubiera descubierto algo relevante en el tono de voz de Finn.

Se giró hacia Amy y Rachel y dijo:

–Esas mujeres te cambian, ¿verdad? Las hermanas Cotton... Son perfectamente capaces de cambiar la vida de un hombre. Y por tu aspecto, es obvio que tu vida ya ha cambiado. Bienvenido al club, compañero. Y buena suerte.

Las cosas se movieron deprisa. Finn usó sus contactos en las altas esferas y, en menos de dos horas, a pesar de estar en uno de los parajes más remotos de Australia, aparecieron un inspector de policía y varios agentes.

–Sabíamos que alguien estaba pasando droga por la costa –explicó el inspector–. Si esa operación es tan grande como creemos...

Rachel y Amy se habían ido a las duchas del complejo, tras advertir que tardarían un buen rato. Finn se había quedado con la policía; al igual que Hugo, que se mantenía en un segundo plano, escuchando y observando. Por lo visto, conocía a algunos de los presentes.

Cuando Finn les contó quién era, Hugo le lanzó una mirada de sorpresa, pero no dijo nada; siguió escuchando en silencio.

Alguien sacó un cable para descargar las fotografías del móvil de Finn. Lo conectaron a un ordenador y ampliaron las imágenes. El inspector, que hasta entonces había mantenido una expresión sombría, sonrió con satisfacción. Por su mirada, Finn supo que Esme y los suyos iban a pasar una buena temporada a la sombra.

–Organizaremos un equipo de asalto y los tomaremos por sorpresa, antes de que se puedan deshacer de las drogas –dijo el inspector–. Creen que ustedes han muerto, así que no tienen motivos para tirarlas por la borda. Si actuamos con rapidez, podemos detener a esos canallas y al capitán, porque no han podido organizar todo esto sin su consentimiento. Los interrogaremos, llevaremos el barco a Darwin y seguiremos con la investigación.

–¿Está seguro de que es lo mejor? No es necesario que el barco cambie de rumbo. Mi naviera tiene recursos de sobra para sustituir

a los involucrados y seguir con el crucero como si no hubiera pasado nada –dijo Finn.

–Pero es posible que haya más...

–Precisamente –lo interrumpió–. Yo podría volver a bordo, seguir allí como un pasajero normal y corriente e investigar.

–Pero tendríamos que sacar a Maud –intervino Hugo.

Finn se giró hacia él y lo miró a los ojos.

–Si es que se quiere ir... Por lo poco que la conozco, no me extrañaría que insista en quedarse.

–No, eso no es posible. Si Maudie se queda, Rachel querrá quedarse con ella. Sería demasiado peligroso.

–¿Cree que todavía hay peligro? –preguntó el inspector.

Se hizo un momento de silencio. Todos estaban calculando la propuesta de sacar a los delincuentes del barco y que el crucero siguiera como si no hubiera pasado nada.

–Sinceramente, no –contestó Finn.

–¿Rachel sabe que eres el dueño de la línea? –dijo Hugo.

–No. Y si se queda a bordo, preferiría que no lo supiera.

–¿Por qué?

–Porque no sabemos si Rachel y Maud son buenas actrices. Ahora mismo, soy un pasajero normal y corriente que ha sido víctima de un delito. Es una posición excelente para seguir investigando. Pero si les decimos la verdad y se les escapa...

–Comprendo.

–Además, Rachel ya sospecha algo. Cree que soy una especie de agente secreto. No quiero ponerla en una situación aún más difícil.

–No sé, me desagrada la idea de mentir...

–Les diremos la verdad en cuanto lleguemos a Broome.

–¿Y quieres que sigan tranquilamente en el crucero?

–Merecen tener las vacaciones por las que han pagado. Y por otra parte, ¿de qué serviría que supieran la verdad? Estarían sometidas a una presión que no necesitan.

En realidad, Finn tenía otro motivo para insistir en que Rachel permaneciera en el barco. Necesitaba más días para profundizar en su relación y explorar sus propios sentimientos; para descubrir si tenían futuro juntos.

Su vida no era precisamente normal. Jamás había imaginado que heredaría la fortuna de su padre y que tendría que hacerse cargo de Connie y Richard. Ni había imaginado que llegaría a sentir lo que sentía por Rachel.

Necesitaba tiempo.

Además, estaba preocupado por ella. Durante las largas noches

en el islote, había sido testigo de las pesadillas que sufría. Se despertaba de repente, entre sollozos, y hablaba en sueños. No había superado la pérdida de su bebé.

–Está bien –dijo Hugo–. Pero al menor problema...

–Descuida. Estaré en contacto con la policía en todo momento. Aunque todos sabemos que, si hay más delincuentes entre la tripulación, intentarán pasar desapercibidos.

–¿Y te mantendrás alejado de Rachel hasta que sepa la verdad?

–¿Qué eres tú? ¿Su ángel de la guardia?

–Soy el hombre que está enamorado de su hermana –le recordó con brusquedad–. Has puesto a Rachel en una situación peligrosa. Prefiero que mantengas las distancias con ella hasta que todo esto termine.

Finn pensó que debía estar de broma.

Pero la expresión de sus ojos no podía ser más seria.

En ese momento, vieron que Amy y Rachel volvían de las duchas. Rachel vestía unos pantalones de color caqui y una camiseta que le quedaban grandes porque se los había prestado uno de los trabajadores de la mina.

A Finn le pareció que estaba preciosa.

–Estás jugando con fuego –continuó Hugo–. No subestimes la inteligencia de esa mujer. Ni su reacción cuando se entere de que le has mentido.

–Yo no estoy mintiendo.

–Pero tampoco le estás diciendo la verdad. Es lo mismo.

A muchos kilómetros de distancia, dos helicópteros descendieron de improviso sobre el *Kimberley Temptress*. Eran comandos de los servicios especiales, armados hasta los dientes, y se deslizaron hasta la cubierta del barco antes de que la tripulación y los pasajeros pudieran reaccionar.

La búsqueda de las drogas y el arresto de los tripulantes involucrados causaron inquietud a los pasajeros, pero su inquietud disminuyó notablemente cuando les informaron de que Finn y Rachel se encontraban bien.

Esme y los suyos se rindieron sin oponer resistencia. Eran demasiado listos como para enfrentarse a un grupo de comandos. Y para entonces, Finn ya se había encargado de que sus sustitutos se encontraran de camino.

Finn pensó que, al final, el suceso sería beneficioso para la naviera. Los pasajeros hablarían de la aventura que habían vivido y

les harían publicidad sin pretenderlo. Incluso era posible que alguien rodara una película.

Pero no volvía al *Kimberley Temptress* por eso.

Volvía porque quería asegurarse de que no había más delincuentes entre la tripulación.

Y por otro motivo.

Volvía porque necesitaba un poco de normalidad. Unos cuantos días para estar con Rachel y no hacer nada salvo disfrutar de sus vacaciones. Unos cuantos días para seguir con ella sin que su riqueza y su estatus social se interpusieran en su relación. Unos cuantos días para ver si la podía ayudar con sus pesadillas.

Cuando el helicóptero rojo se preparó para llevarlos a bordo, Rachel dijo:

–Ardo en deseos de volver, pero ¿crees que es lo más adecuado?

–Por supuesto que sí. Hemos pagado por nuestras vacaciones.

–Eso no es cierto.

–¿Ah, no?

–No. Maud pagó por mí y por ella, pero estoy segura de que tú no has pagado nada.

–¿Por qué dices eso?

–Porque creo que trabajas para la seguridad de la línea de cruceros. Es lo único que tiene sentido. Estás en el *Kimberley Temptress* por si surgen problemas.

Fin dudó. No quería mentir más de la cuenta, así que cedió hasta donde pudo.

–Soy algo más que el responsable de la seguridad del *Kimberley Temptress*. Soy el responsable de la seguridad de todos los barcos.

–¡Lo sabía!

–Eres muy perceptiva... pero por favor, no se lo digas a nadie.

–¿Hugo lo sabe?

–Sí.

–Entonces, Amy también lo sabrá –dijo con satisfacción–. Sabrán que no estoy saliendo con otro mujeriego.

–¿Estamos saliendo? –preguntó, atónito.

–No estoy segura. Hace dos días, habría dicho que no; pero ahora... No sé, haces que me sienta tan... Bueno, es pronto para saber lo que siento por ti. Han pasado muchas cosas. La presión, el miedo... es demasiado pronto.

Él asintió.

–Sí, tienes razón.

–Pero tengo una pregunta que hacerte. Una pregunta importante.

–Adelante.

–Es sobre los niños...

–¿Te refieres a Connie y Richard?

–Sí. ¿Los quieres mucho?

La pregunta fue tan inesperada que Finn prefirió no responder de inmediato. Tenía que pensar. Calcular sus implicaciones.

–¿Por qué lo preguntas?

–Porque me preocupa. Estás al otro lado del mundo, haciendo un trabajo peligroso...

–Te aseguro que jamás pensé que mi vida pudiera estar en peligro.

–Pero, ¿los quieres?

Finn sonrió.

–Estoy aprendiendo a quererlos. Son algo... difíciles.

–Yo también era difícil.

–¿Tú? Me cuesta creerlo.

–Pues créelo –sentenció–. ¿Te has puesto en contacto con ellos? ¿Les has dicho que estás a salvo?

–¿Para qué? No tienen motivos para pensar que no esté a salvo.

A pesar de su afirmación, Finn se dijo que debía tomar precauciones. Al fin y al cabo, Connie y Richard eran responsabilidad suya. Si él desaparecía, se encontrarían en una situación muy delicada.

Pero el helicóptero los estaba esperando.

–¿Y bien? ¿Ya te has decidido? –siguió Finn–. ¿Ya has decidido si confías en mí lo suficiente como para pasar los próximos días conmigo, con cuarenta pasajeros más y con montones de rocas?

–Rocas –repitió ella, sonriendo–. No me lo perdería por nada del mundo.

Momentos después, Rachel dio un abrazo a su hermana, se despidió de ella y se dispuso a retomar sus vacaciones.

Capítulo 10

SI ALGUIEN hubiera dicho a Maud que la experiencia de Rachel le había sentado bien, habría pensado que le faltaba un tornillo.

Recibió a su joven amiga con inquietud, dando por sentado que estaría profundamente traumatizada. Aunque ya tenía motivos para sospechar que se había equivocado, porque había hablado con ella, por radio, antes de que volviera al crucero.

–¿Estás segura de quieres seguir? Si quieres, nos pueden llevar a Broome.

–No, nada eso –respondió Rachel, tajante–. No voy a permitir que esos narcos me estropeen las vacaciones.

–No estarás volviendo por mí, ¿verdad?

–En absoluto. Vuelvo por mí.

Cuando por fin se vieron, Maud se dijo que la sorprendente actitud de Rachel tenía mucho que ver con Finn Kinnard.

Por lo visto, no había nada mejor para la salud de una jovencita que arrojarla por la borda en compañía de un hombre impresionante. Ni nada más adecuado para devolver el color a sus mejillas que pasar dos días en un islote desierto.

Había sufrido una transformación asombrosa. Parecía otra mujer. Hasta el lenguaje de su cuerpo había cambiado.

Rachel la saludó con alegría y, después, por primera vez en muchos meses, durmió como un tronco. Incluso se saltó un par de excursiones porque quería descansar y recuperarse.

Y luego, se puso en marcha.

Estaba decidida a disfrutar del resto del crucero.

Sobre todo, en lo tocante a Finn.

Tenía que controlar sus emociones.

Rachel se lo repetía constantemente, pero no podía hacer gran cosa al respecto. No en vano, Finn Kinnard era el hombre que le había salvado la vida en el mar. El hombre que la había visto desnuda en un islote.

El hombre que la hacía reír.

Era una situación peligrosa. Una voz interna le repetía una y otra vez el nombre de Ramón y el error que había cometido al

casarse con un hombre al que en realidad no conocía y en el que no debía haber confiado.

Pero Finn no era Ramón.

Y sin embargo, sabía muy pocas cosas de él.

Si hubiera sido posible, habría preferido que se conocieran en Darwin, en la universidad donde estaba a punto de dar clases. Podría haber preguntado por él, haber investigado un poco. Pero los acontecimientos se habían desarrollado de otro modo y, además, Finn ni siquiera era de Darwin. Su vida estaba en los Estados Unidos.

Pensó que necesitaba un detective privado y se preguntó si desconfiaba de su juicio con los hombres hasta ese punto.

La respuesta fue afirmativa.

Especialmente, porque Finn Kinnard la hacía feliz. Cuando estaba con ella, las pesadillas de su pasado perdían fuerza y su futuro volvía a estar despejado, libre, sin un peso muerto que le impedía vivir.

–¿Te apetece escalar un poco?

Rachel se giró al oír la voz de Jason, que acababa de ser ascendido y había ocupado el puesto de Esme como jefe de los guías turísticos.

–¿Escalar?

–Voy a llevar a un grupo a unas cataratas. Puedes subir y nadar en las charcas que se forman en la parte superior... Por el camino hay unas formaciones rocosas impresionantes. Nos encantaría que nos acompañaras y que les hablaras de ellas a los pasajeros.

Finn, que estaba a su lado, decidió intervenir.

–Por supuesto que irá –dijo–. Pon a la señorita en la lista. Quiero oír todo lo que tenga que decir sobre esas rocas.

–¿Tú también vienes? –preguntó ella.

–Yo voy adonde tú vayas.

–Finn...

–Lo sé, lo sé, es muy pronto. Pero no tanto como para despreciar la subida a unas cataratas y un chapuzón.

Estaba allí para vigilar a la tripulación.

Y ya la había vigilado.

Había un par de tripulantes que estaban bastante nerviosos y a los que tendrían que interrogar cuando llegaran a Broome. Pero, en lo tocante a los demás, la investigación había terminado. Volvía a ser Finn Kinnard, un hombre que estaba de vacaciones y que había

conocido a la mujer de sus sueños.

Subió a las cataratas con ella y escuchó atentamente sus explicaciones sobre las formaciones rocosas. Rachel tenía talento con las piedras. Lograba que dejaran de ser objetos inanimados y cobraran vida.

Los pasajeros la adoraban.

Él la adoraba.

Al llegar arriba, Jason señaló las pozas de la zona, que estaban comunicadas entre ellas por una red de pequeños canales. La mayoría de los pasajeros decidieron seguir con él hasta unas cuevas que se encontraban a poca distancia; pero antes de marcharse, dio una explicación sobre el lugar.

–Esto es el hotel de los enamorados. Así es como lo llamamos en el barco –declaró entre risas–. Como ya habéis visto, consiste en una serie de pozas separadas... Es completamente seguro, pero hay una norma que debéis respetar: cada uno elegirá su propia poza y no se acercará a las de los otros. Pegaré un silbido antes de volver. Estad atentos, porque tendréis diez minutos para salir del agua y prepararos. Nos veremos dentro de una hora.

El grupo principal se alejó con Jason. Rachel se preguntó si debía acompañar a Maudie, pero su amiga la miró, sonrió y se despidió con un gesto, dejando claro que contaba con su beneplácito para quedarse.

Entonces, Finn la tomó de la mano y empezó a caminar, sin que Rachel pusiera el menor impedimento.

Habría ido con él a cualquier parte.

Finn ya había estado allí. Sabía que la mejor poza se encontraba en el lugar más alejado de la catarata y del silbido de Jason. Cuando llegaron a su destino, Rachel miró la poza como si le interesara más la estructura de las rocas que el agua.

–Sospecho que me vas a dar una lección de geología...

Finn se quitó la camiseta, se quedó en bañador y se metió en el agua. Rachel se quedó afuera, mirando las piedras.

–Adelante, soy todo oídos –continuó–. ¿Qué estás mirando?

–Piedras.

–¿Y qué más?

–Agua.

–¿Eso es todo lo que me vas a decir?

–Bueno, por algo hay que empezar...

–Pero eso ya lo sé. Pensé que me darías un cursillo sobre

formaciones rocosas.

–¿Para qué? ¿Para que te rías de mí?

–Yo no me río de ti.

–Por supuesto que te ríes.

–No me río de ti, me río contigo –dijo con suavidad–. Hay una gran diferencia.

Ella lo miró durante unos segundos interminables. Finn era consciente de que le estaba pidiendo que confiara en él, y de que eso era un gran paso para Rachel.

Se preguntó qué tendría en la cabeza. Cuánto daño le habría hecho su marido. Hasta qué punto le había dejado huella la muerte del bebé.

Finn no había sufrido tanto como Rachel.

Su madre había fallecido cuando él era pequeño y casi no se acordaba de ella. En cuanto a sus abuelos, ya eran tan mayores cuando se hicieron cargo de él que su muerte natural era más que previsible. Obviamente, había llorado su pérdida; pero ese dolor no tenía nada que ver con el de Rachel.

Súbitamente, la expresión de Rachel cambió. Fue como si hubiera tomado una decisión.

Antes de que se diera cuenta de lo que pasaba, se levantó y se metió en el agua completamente vestida.

Luego, le pasó los brazos alrededor del cuello.

–Sé que hay una gran diferencia; pero a veces, no lo puedo recordar. Necesito que me lo recuerden.

–¿Y cómo quieres que te lo recuerde?

–Eres un hombre inteligente. Adivínalo.

Finn no tuvo que pensarlo demasiado. Solo había una forma de demostrarle que iba en serio y que le parecía una mujer especial.

Darle un beso.

Así que la besó.

Y fue un beso muy distinto a los que se habían dado en el islote, porque en aquellos había un fondo de temor por la situación en la que se encontraban.

Fue un beso de exploración y de reconocimiento de que aquel gesto podía ser el principio de un futuro sin miedo, juntos.

Pero al mismo tiempo, fue mucho más.

Con Rachel, Finn sentía cosas que no había sentido nunca. Era una mujer excepcional en todos los sentidos. Ni siquiera se había molestado en llevarse un bañador a la excursión; como hacía calor, se había puesto su camiseta y sus pantalones cortos de costumbre y se había metido sin más en el agua porque sabía que la ropa se

secaría en pocos minutos. Y la tela de la camiseta era tan fina que transparentaba.

Finn le puso las manos en la cintura y la apretó contra él. Notaba todas y cada una de sus curvas; y ella se sentía como si se estuviera derritiendo.

Como si formara parte de él.

Poco después, Rachel soltó un gemido, le acarició el cabello y cerró las piernas alrededor de su cintura.

–Finn... –susurró con necesidad.

Finn siguió besándola.

–Oh, Finn, te deseo –insistió ella–. Quiero que...

Él también lo quería. Sus manos ya estaban por debajo de su camiseta, cerradas sobre las cazoletas de su sostén.

Nunca había deseado nada con tanta fuerza.

Nunca había deseado a nadie con tanta fuerza.

El agua estaba fría, pero le pareció bien porque al menos atemperaba el fuego que ardía en su interior.

–Finn –repitió, desesperada. ¿Podemos... ?

–Claro que podemos –dijo él en voz baja–. Mi cartera está ahí, encima de una piedra.

–¿Tu cartera?

–Esta vez, he venido preparado –admitió con una sonrisa–. He decidido que siempre hay que llevar preservativos. Por si acaso.

–Pero no los llevabas en el islote.

–Lo sé. Fue algo imperdonable. Debí hablar con los narcotraficantes y pedirles que me dejaran ir a mi camarote y alcanzar la cartera antes de que nos tiraran por la borda... ¿En qué estaría yo pensando? Pero hoy te voy a resarcir.

Ella sonrió.

–Si es verdad que llevas preservativos, te perdono.

–Bueno, solo llevo uno...

–¿Uno?

–Es que no tenía tantas esperanzas –le confesó.

–Qué se la va a hacer...

–Además, no tenemos mucho tiempo. Ya has oído a Jason. Quiere que salgamos del agua en cuanto oigamos su silbido.

–Pero tenemos casi una hora.

–Una hora, sí.

Finn gimió y se tumbó de espaldas en el agua, con Rachel flotando por encima de él. Tenían que dividir sus esfuerzos entre acariciarse, besarse y mantenerse a flote. Pero eran tan felices que ni se dieron cuenta.

–Tengo que alcanzar la cartera…

Rachel lo besó en la boca, hundiéndolo en el agua.

Cuando salieron nuevamente a la superficie, él añadió:

–Y también tengo que respirar un poco.

–Lo de respirar es opcional. Pero la cartera… ¿Ves ese banco de arena que está a unos metros de distancia?

–No lo veo muy bien.

–Pues mira mejor. Es importante.

–¿Por qué?

–Porque es el lugar de encuentro. Puede que yo no sea un boy scout, pero me gusta planificar las cosas… nos encontraremos allí.

Finn la besó otra vez.

–Me parece muy bien. ¿Quedamos a alguna hora?

–¿Qué te parece ahora mismo? En cuanto saques lo que llevas en la cartera y yo encuentre la forma de desabrocharme el sostén.

–Oh, no te molestes por eso… –declaró contra su boca–. Los boy scouts somos perfectamente capaces de abrir cualquier tipo de cierre.

–No hasta que hayas alcanzado la cartera… –Rachel lo empujó–. Vamos. Date prisa.

–Sí, señora.

Finn salió del agua, alcanzó la cartera y se giró hacia Rachel.

Para descubrir que ya se había quitado el sostén.

La visión de sus pechos lo dejó sin aliento. La mujer de sus sueños, la mujer a la que deseaba con toda su alma, se había desnudado y se había tumbado en el banco de arena.

Rachel sonrió de forma seductora.

–Recuerda que tenemos poco tiempo… Ven conmigo, Finn.

Y Finn obedeció.

El silbido llegó con retraso. Quizás, porque las cuevas resultaron más interesantes de lo que el grupo de Jason había imaginado o, quizás, porque Jason era un romántico y decidió darles más tiempo.

Fuera por el motivo que fuera, Rachel solo supo que sacaron el máximo rendimiento al preservativo de Finn Kinnard y que jamás había sido tan feliz.

Cuando terminaron, se quedaron tumbados en la arena, satisfechos.

–Tenemos tanta arena pegada al cuerpo que parecemos croquetas –dijo Finn con humor.

–Entonces, tendremos que hacer algo para remediarlo…

Se levantaron, se metieron en el agua y volvieron a salir. Rachel se sentía maravillosamente bien. Se sentía amada. Estaba entre sus brazos y podía sentir los latidos de su corazón. Se sentía como si hubiera descubierto el significado de la palabra *felicidad*.

Finn era real. Lo único verdaderamente real que había en su vida.

–Parece que el silbato de Jason se ha roto –susurró ella.

–Menuda tragedia... –ironizó–. Pero ya estamos acostumbrados a estas cosas. Si no vuelven, tenemos agua fresca, sabemos hacer fuego y tú puedes preparar lagarto asado. ¿Qué más podríamos desear?

Rachel se frotó contra su piel. Era la sensación más erótica del mundo.

–Crema solar, por ejemplo –contestó–. Y más preservativos.

–Bueno, es verdad que he sido algo modesto con mis expectativas, pero no puedes negar que esta vez he venido preparado. Además, no podía imaginar que encontraría una ninfa en este paraje.

–Claro que podías. La ninfa ha venido contigo.

Él la besó una vez más.

–Eso es cierto. Pero aun así, estoy más preparado de lo que supones. Tengo un teléfono móvil con conexión por satélite... llegado el caso, podría pedir que nos enviaran suministros.

–¿De preservativos?

–De qué si no.

Ella soltó una risita.

–¿Imaginas cuánto costaría que nos enviaran un paquete en helicóptero? Estamos en Kimberley, en uno de los sitios más remotos de Australia... ¿Y con qué lo íbamos a pagar? ¿Con barbacoas de lagarto?

–Dicho así...

–Nuestras tarjetas de crédito no alcanzarían ni para pagar la mitad del envío –continuó–. A fin de cuentas, no somos más que un agente de seguridad y una geóloga que, de momento, está en el paro.

Finn la dejó de besar, aunque no se separó ni un milímetro de su cuerpo. En el cielo, planeaba un águila. A su alrededor, fuera de la vista, había otras parejas que compartían sus propios momentos románticos.

Pero estaban lejos y no se oía nada.

Finn pensó que no le podía hacer eso.

Aunque había guardado un preservativo en la cartera, no esperaba que las cosas llegaran a ese punto.

Jamás habría imaginado que harían el amor.

Pero Rachel se había entregado sin inhibición alguna y, a diferencia de él, había sido completamente sincera.

Si estaba enamorado de aquella mujer, y lo estaba, había llegado el momento de decirle la verdad.

–¿Eres consciente de que podríamos ser el primer hombre y la primera mujer que... ?

Rachel dejó la frase sin terminar. La expresión de Finn se había vuelto tan seria que se detuvo en seco y preguntó:

–¿Qué ocurre?

–Tengo que decirte algo –contestó–. Sé que debería habértelo dicho antes. Te prometo que yo no pretendía...

–¿Me vas a decir que estás casado? –lo interrumpió.

–No, no estoy casado.

–¿Entonces?

–No soy un agente de seguridad.

Ella escudriñó su cara durante unos segundos.

–¿Qué eres? ¿Policía?

Él sacudió la cabeza.

–No, ya te dije que no. Soy el dueño de la línea de cruceros.

Rachel se quedó boquiabierta.

–¿El dueño de la... ?

–Soy propietario del *Kimberley Temptress* y de ocho buques más. Mi padre heredó barcos de mi abuelo. Barcos muy grandes. Malgastó casi toda la fortuna familiar, pero me dejó lo suficiente para consolidar la empresa.

Rachel dejó que las palabras de Finn empaparan poco a poco su mente. Se sentía como si el pasado se hubiera presentado de súbito y hubiera destrozado una mañana que, hasta entonces, le había parecido perfecta.

Sin poder evitarlo, se acordó de todas las mentiras de su exmarido. Siempre que lo pillaba en alguna, pedía disculpas e insistía en que esa vez decía la verdad.

Y luego, volvía a mentir.

Sistemáticamente.

–¿Me has mentido, Finn?

–No, yo no...

–Claro que me has mentido. Me hiciste creer que eras un agente de seguridad.

–No fue mi intención, Rachel.

–Pues explícate.

Él suspiró.

–Me embarqué como pasajero porque sabía que en el *Kimberley Temptress* pasaba algo raro y quería investigar; así que, en cierta forma, es verdad que he sido una especie de agente. Pero hay más. Tenía otro motivo para no ser completamente sincero contigo. Mi vida dio un vuelco cuando heredé la fortuna de mi padre... Y cuando te conocí, deseé volver a ser el hombre que era antes. Solo Finn Kinnard, un constructor de barcos.

Rachel no dijo nada. Le dejó hablar.

–Puede que para ti no sea relevante, pero mi fortuna siempre se ha interpuesto en mi felicidad. Me he cruzado con muchas mujeres dispuestas a hacer cualquier cosa con tal de acceder a mi dinero... Simplemente, preferí callar. Lo que había entre nosotros era demasiado importante. No quise ponerlo en peligro.

–Y me dijiste lo que yo quería oír.

–No, no es eso.

–Claro que sí –Rachel se había quedado pálida–. Pero descuida, estoy acostumbrada.

–Rachel...

–Tienes razón en una cosa. No es importante. Ni tu trabajo ni tu fortuna tienen la menor importancia para mí –declaró–. Aunque ahora mismo me sienta como si la tierra se abriera bajo mis pies.

Rachel se levantó, se acercó al lugar donde había dejado la ropa y se empezó a vestir con manos temblorosas.

–Rachel...

–No digas nada, Finn.

Ella cerró los ojos. Se sentía profundamente traicionada.

Finn intentó abrazarla, pero ella retrocedió.

–Aléjate de mí. Estoy cansada de mentirosos.

Él intentó razonar.

–Por Dios, Rachel, no es para tanto... tenía mis motivos.

–Puede que los tuvieras, pero ¿sabes una cosa? Cuando tuve el accidente y perdí el bebé por culpa de Ramón, me prometí que jamás volvería a enamorarme de nadie. Y no voy a romper esa promesa.

–Rachel, por favor...

–Ha sido una mañana mágica. Así es como la voy a recordar. Una mañana mágica en un lugar mágico. Me enamoré de tu cuerpo,

pero en cuanto a lo demás… No importa si tienes razón. Eso no cambia lo que siento.

Rachel respiró hondo y añadió:

–Estoy segura de que Maudie dirá que estoy loca y que estoy cometiendo una estupidez, pero tengo que alejarme. No quiero un hombre rico. No quiero un mentiroso. Y supongo que eso significa que no te quiero a ti.

Capítulo 11

FINN no logró que cambiara de opinión; Rachel se encerró en sí misma y mantuvo las distancias durante el resto del viaje. Desesperado, decidió acudir a Maud en busca de ayuda y de consejo. Le contó lo sucedido y esperó su veredicto.

Y cuando llegó, fue tajante.

–Comprendo que no le dijeras toda la verdad. Tenías buenos motivos. Pero estamos hablando de Rachel, de una mujer que ha sufrido mucho por culpa de las mentiras. Y de una mujer que ha aprendido a valerse por sí misma y que ya no necesita a nadie... Lo siento, Finn. Has traicionado su confianza; no puedes hacer nada por arreglarlo. Te sugiero que vuelvas a tus negocios y que la olvides.

–Pero estoy enamorado de ella...

Maud lo miró con afecto.

–No me extraña. Es una chica maravillosa, ¿verdad? Pero si es verdad lo que dices, tendrás que hacer un esfuerzo enorme y encontrar la manera de demostrárselo.

–Lo he estropeado todo, ¿no?

Ella asintió.

–Sí, me temo que sí.

Los arrecifes de Montgomery eran uno de los lugares más hermosos del mundo. Cuando la marea estaba alta, las aguas lo cubrían por completo y no se veía nada en absoluto; pero cuando bajaba, aparecían quince kilómetros cuadrados de arrecifes tan misteriosos como el monstruo del Lago Ness y mucho más interesantes que cualquier fantasía prehistórica.

Finn había estado varias veces y nunca se cansaba de verlo. Sin embargo, aquel día no estaba tan interesado por la belleza del paisaje como por la reacción de Rachel.

Maudie y ella se encontraban en la cubierta del crucero, apoyadas en la barandilla, contemplando la lenta aparición de los arrecifes. Rachel parecía embriagada por la emoción. Se giró para decirle algo a su amiga y a Finn le pareció increíble que pudiera sentirse celoso de una anciana de ochenta y tres años.

Pero estaba celoso.

Rachel no quería saber nada de él.

Le había pedido que la dejara en paz.

Tras reunir a los pasajeros para informarles sobre la manera de andar por los arrecifes sin dañar su delicada estructura, Jason y sus compañeros los ayudaron a subir a los botes. Maudie y Rachel ya estaban en el último cuando el guía turístico se giró hacia Finn.

–Te toca a ti.

–De acuerdo...

Finn bajó al bote y se sentó en el único hueco libre; casualmente, al lado de Rachel.

Jason sonrió a ver su cara de espanto.

–¿A qué vienen esas caras? Cualquiera diría que habéis tenido una riña de enamorados... –comentó con humor–. Venga, daos un beso y olvidadlo. En mi bote no permito riñas.

–Los besos transmiten gérmenes –declaró Rachel–. Prefiero darle la mano; es más seguro... Buenas tardes, señor Kinnard. Espero que disfrute de las vistas.

Los pasajeros del bote rompieron a reír.

Como Maudie se había sentado junto a Jason, Finn decidió aprovechar la ocasión para limar asperezas con Rachel.

–Lo siento –susurró al cabo de unos momentos.

–Yo también lo siento. Me gustaría que no me importara tanto, pero me importa –dijo–. ¿Ya habías estado en los arrecifes?

–Sí.

–Entonces, no son nada especial para ti.

–Todo este viaje ha sido especial.

–¿Insinúas que no estás acostumbrado a que te tiren por la borda?

–Ni a conocer a mujeres como tú.

–Qué lástima, ¿verdad?

Finn no dijo nada. Acababa de imaginarla en su nueva vida como profesora de universidad y le había parecido extrañamente sexy. Pero todo en ella era sexy.

Y de repente, Rachel rompió el silencio.

–Supongo que también sabes de rocas, ¿verdad? Seguro que me dejaste hablar por seguirme la corriente.

–Sí, lo confieso. También sé de rocas.

Ella arqueó una ceja.

–Eres un mentiroso incorregible.

–Es que soy incorregible.

–Finn...

–Pero estoy arrepentido, Rachel. Quizás, con el tiempo, si me concedes una oportunidad…

Rachel apartó la mirada.

–Sí, quizás.

A Rachel le encantaron los arrecifes. Solo tenían dos horas antes de que la marea volviera a subir, y Jason insistió en que respetaran las normas, no dejaran huellas, no pisaran donde no debían y no se llevaran nada salvo unas cuantas fotos. Al cabo de media hora, satisfecho con el comportamiento de los pasajeros, dejó que deambularan por su cuenta. Rachel aprovechó la ocasión para alejarse del grupo.

Necesitaba un poco de soledad.

Desgraciadamente, la belleza de los corales y de los peces y cangrejos que se habían quedado en las charcas no sirvió para que dejara de pensar en Finn Kinnard.

Se dio la vuelta y vio que estaba charlando con Maudie.

No le extrañó demasiado. A fin de cuentas, su amiga era la única otra persona del barco que conocía su verdadera identidad. Finn se sentía cómodo con Maudie.

Y Rachel lamentó que no se sintiera cómodo con ella.

–Eso es lo que pasa cuando bajas la guardia –se dijo a sí misma–. Te metes tú sola en una trampa y luego te convences de que estás enamorada.

Volvió a mirar a Maudie y a Finn y sintió una punzada en el corazón.

–No, no estás enamorada –continuó–. No lo estás. El amor es demasiado peligroso.

Justo entonces, bajó la vista y vio un pez minúsculo, de color naranja, que nadaba demasiado cerca de una almeja grande.

Cuando pasó entre el molusco, se cerró.

Rachel sintió un escalofrío.

–Olvídalo. Haz fotografías, diviértete un poco e intenta olvidar a Finn.

Y lo intentó.

Tenía que ser sensata.

Era lo único que podía hacer.

Capítulo 12

EL *Kimberley Temptress* atracó en Broome un domingo por la mañana. Los pasajeros desembarcaron y se marcharon a vivir más a venturas o a subir a aviones que los llevarían de vuelta a casa.

Finn observó a la tripulación mientras entregaban cestas de regalos a los pasajeros como disculpa por lo sucedido durante el viaje. Al final, todo había salido a pedir de boca. El caso de los narcotraficantes había llamado la atención de muchos medios nacionales y extranjeros y había servido como publicidad gratuita de la empresa. El futuro del *Kimberley Temptress* estaba asegurado.

Obviamente, la atención de los medios tenía sus desventajas. En cuanto los pasajeros desembarcaron, supieron que Finn Kinnard era en realidad Fineas J. Sunderson, el dueño de la naviera.

Pero no le importó. Rachel ya lo sabía.

Ahora, tenía que elegir entre subir a un avión y volver a los Estados Unidos o quedarse en Broome. Maudie y Rachel se iban a quedar una semana. Finn lo sabía porque Maud se lo había dicho.

–Bueno, será mejor que nos despidamos –dijo Rachel a su lado.

–No.

–Finn...

–Tengo que hablar con la policía. Me han pedido que preste declaración, y también quieren la tuya. Podríamos ir juntos.

–No hay necesidad.

Maudie decidió intervenir en la conversación.

–¿Dónde te vas a alojar, Finn?

Él le dio el nombre del hotel y la anciana sonrió de oreja a oreja.

–¡Qué coincidencia! Es el mismo hotel donde nos alojamos nosotras... En ese caso, te veremos en la piscina. O a lomos de un camello, porque me han dicho que organizan paseos en camello a última hora de la tarde.

–Vamos, Maud, estoy segura de que Finn tendrá cosas más importantes que hacer. Está en Broome por negocios.

Finn no se dejó desanimar por el comentario de Rachel. No se alojaba en el mismo hotel que ellas por casualidad, sino porque la propia Maud, que ahora parecía la inocencia personificada, se lo había dicho.

La anciana estaba de su parte. Y él sabía que se volverían a

encontrar. En un camello, en una piscina, por casualidad o por designio de Maudie Thurston.

–Me gustaría verte otra vez, Rachel.

Rachel se ruborizó.

–¿Para qué? No tiene sentido.

–¿Ah, no? –dijo Maudie con sorna.

Rachel se ruborizó un poco más.

–No sigas por ese camino, Maud –le advirtió.

–Está bien. Si es lo que quieres...

–Es lo que quiero –sentenció Rachel–. No voy a tropezar dos veces en la misma piedra.

–Está por toda la Red, Rachel. La prensa se está volviendo loca.

–¿Con quién? ¿Con Finn?

Rachel lo preguntó por preguntar. Estaba segura de que se trataba de él. Maud había encendido el ordenador y había empezado a navegar por Internet en cuanto llegaron a la lujosa suite del hotel.

–Claro. Según parece, nuestro amigo ha llevado una vida muy discreta; pero los medios se han puesto a investigar y están publicando todo tipo de cosas. ¿Sabes que no se llama Finn Kinnard? Su verdadero nombre es Fineas J. Sunderson.

–También tenía que mentir con eso –dijo con amargura.

–Eso parece... Aquí dice que su padre tuvo tres hijos con tres mujeres diferentes y que, cuando falleció, le dejó su fortuna y la naviera en herencia.

–Me alegro por él.

–El periodista que ha escrito el artículo no está seguro del motivo por el que le dejó la herencia a él. Supone que fue porque era el mayor o porque se dedicaba a la construcción de barcos y conocía el negocio. Pero en cualquier caso, se hizo cargo de la línea de cruceros y comparte las ganancias con sus hermanastros.

–Maudie, no puedes creer todo lo que publican...

–Ni desconfiar de todo lo que publican.

–Maud...

–¿Estás segura de que quieres renunciar a ese hombre?

–Me mintió.

–No te mintió –dijo con dulzura–. Solo estaba haciendo su trabajo.

–No estaba haciendo un trabajo cuando nos quedamos en aquel islote.

–¿Y cómo habrías reaccionado si te hubiera dicho la verdad? ¿Qué habrías hecho al saber que era el dueño del barco y que su propia tripulación te había arrojado al mar?

Rachel intentó encontrar una respuesta. E intentó ser sincera.

–No lo sé. Supongo que habría reaccionado mal.

–Exacto. Además, olvidas que ese hombre nos ha salvado la vida a las dos. Primero me salvó a mí cuando me caí de la pasarela y, después, te salvó a ti.

–Pero fue su tripulación la que...

–Se arriesgó por ti, Rachel. En lugar de salir corriendo en busca de ayuda, se plantó delante de los narcotraficantes y les hizo frente.

–Sí, bueno, pero...

–Te salvó la vida –insistió.

–¡Pero es rico!

–¿Y qué?

–Que no me lo dijo; que me mintió...

Maud se quedó pensativa. Después, bajó la cabeza y miró el bañador de color blanco y azul que se había puesto.

–¿Qué tal me queda? –preguntó a Rachel.

Rachel la miró con desconcierto.

–¿Por qué lo preguntas?

–Da igual por qué lo pregunto. Dímelo.

–Te queda muy bien.

–Ah, vaya... Soy una mujer de ochenta y tres años, pero tú afirmas que me queda muy bien. ¿Qué es eso sino una mentira, Rachel? Por culpa de tu exmarido, te has empeñado en creer que las cosas son siempre blancas o negras; pero a veces son grises y, de vez en cuando, el gris es el color más sensato y más necesario. Piénsalo bien –le recomendó–. Ya he dicho todo lo que tenía que decir. Me voy a la piscina. ¿Me acompañas?

–Yo... sí, claro.

–Si Finn está allí, ¿serás amable con él?

–Por supuesto.

–¿Y cariñosa?

–No tientes a la suerte.

Maud sonrió.

–No será necesario. Se dedica a construir barcos, ¿recuerdas? Sabe usar un martillo. Imagínatelo en un astillero, desnudo de cintura para arriba, con el sol brillando en su piel bronceada y...

–¡Maud!

–Solo estaba pensando en voz alta. Al fin y al cabo, el bronceado es un color más interesante que el gris –dijo–. Pero creo que

deberías reconsiderar tu decisión… Y ahora, basta de palabras. Nos vamos a la piscina.

Finn no estaba en la piscina.

Había estado en Broome para prestar declaración ante la policía; y más tarde, al volver al hotel, había subido a su habitación para llamar a Connie y a Richard y contarles lo sucedido antes de que se enteraran por la prensa.

En realidad, no tenía motivos para quedarse allí. Podía volver a los Estados Unidos cuando quisiera. Pero quería aprovechar su estancia para conocer más a fondo a la tripulación del *Kimberley Temptress* y, sobre todo, quería volver a probar suerte con Rachel.

Durante los dos días siguientes, se dedicó a hablar con los tripulantes y se aseguró de que la próxima vez que el crucero se hiciera a la mar, los pasajeros tuvieran una experiencia memorable.

Pero Rachel lo evitaba.

–Sabe que se está comportando de forma poco racional –le dijo Maud–. Pero está atrapada en sus sentimientos. Ramón le hizo mucho daño… Tiene miedo de arriesgarse otra vez.

–Y supongo que no entrará en razón en una semana, ¿verdad?

–No. Lo dudo mucho.

A última hora de la tarde, Finn salió del hotel para ver los camellos. La playa estaba llena de gente que iba y venía; pero cuando divisó a Maudie y a Rachel, la mujer de sus sueños se limitó a saludarlo con frialdad y a seguir su camino.

Cenó con el capitán del *Kimberley Temptress* y regresó al hotel. Había tomado la decisión de marcharse por la mañana y de despedirse antes de Rachel, pero la casualidad quiso que se cruzara con ella y su amiga cuando salían del restaurante del establecimiento, así que cambió de planes.

–Me alegro de veros. Me voy mañana, al mediodía.

Rachel se mantuvo en silencio.

–Siento lo que te hice, Rachel –insistió él, mirándola a los ojos–. Siento haberte hecho daño.

–Tú no le has hecho daño –murmuró Maud–. Se está portando como una cabezota.

–Bueno, tiene derecho a…

–¿A ser una cabezota? –intervino Rachel–. Muchas gracias.

Finn prefirió no insistir más.

–Espero que nos veamos en Darwin. Es posible que…

–Sí, es posible.

Finn pensó que no quedaba nada por decir. Solo podía darse la vuelta y marcharse.

Pero entonces, se oyó una voz.

–¡Finn!

Una chica rubia, con un vestido de todos los colores, corrió hacia Finn, se arrojó a sus brazos y lo empezó a cubrir de besos.

–No lo beses tanto, que lo vas a ahogar –bromeó el chico que lo acompañaba.

El chico era tan rubio como ella, pero más alto; tenía un pendiente en la oreja y llevaba botas militares y una camiseta y un pantalón de color negro. Cuando sonrió, Rachel pensó que le resultaba extraordinariamente familiar.

–Venga, Connie, déjamelo un rato...

La chica se apartó y el chico se acercó a Finn y le dio un abrazo.

–¿Qué estáis haciendo aquí? –preguntó Finn con asombro.

–Teníamos que venir. Cuando leímos lo que la prensa ha publicado... Connie se puso de los nervios. Ya sabes cómo es.

–¿Es verdad que papá no nos dejó nada? –preguntó Connie.

–Espera un momento. Todavía no os he presentado... Maud, Rachel, os presento a Connie y a Richard, mis hermanos.

–No sois niños... –dijo Rachel, sorprendida.

–No, claro que no, aunque Finn se comporta como si lo fuéramos –declaró Richard, sonriente.

–¿Lo que dice ese periodista es verdad? ¿Es cierto que papá no nos dejó ni un céntimo a Richard y a mí? –insistió Connie.

–Bueno...

–La prensa dice que papá te dejó todo el dinero y que fuiste tú quien quisiste compartir la herencia y los beneficios de la empresa con nosotros. Incluso te llaman Fineas Sunderson *el Magnánimo*...

–¿Magnánimo? ¿Yo? –Finn intentó sonreír–. Vamos, Connie, me conoces de sobra...

–¿Por qué nos mentiste? ¿Por qué nos hiciste creer que papá había repartido su fortuna entre los tres?

Finn suspiró.

–Porque no era justo, Connie; porque yo no tenía más derecho a ese dinero que vosotros. Además, los dos estabais prácticamente en la calle cuando os conocí... no quise que pensarais que os ayudaba por caridad. Sabía que ya estabais hartos de caridad.

Finn se giró hacia Rachel y la tomó de la mano.

–Estos chicos son geniales, Rachel –siguió hablando–. Connie es

diseñadora de modas y Richard casi ha terminado sus estudios de informática. Me siento muy orgulloso de ellos.

–Y nosotros nos sentimos orgullosos de ti –dijo Richard–. No sabes el susto que nos diste cuando nos llamaste para decir que habías estado a punto de morir...

–Nos asustamos tanto que decidimos gastar parte del dinero que nos das y comprar dos billetes de avión a Australia –explicó Connie.

–No es el dinero que yo os doy. Es vuestro.

–Tonterías –Connie miró a su hermanastro mayor y sonrió–. Nos mentiste, pero te queremos aún más por ello... Sí, claro, habríamos preferido que papá fuera más justo y que nos dejara la herencia a los tres, pero eso carece de importancia. Nos hiciste un gran regalo; nos hiciste creer que nuestro padre nos quería y que su dinero era tan nuestro como tuyo. Hiciste lo correcto, Finn. Tienes razón al decir que no habríamos aceptado tu caridad.

–Pero no queremos que nos mientas más –intervino Richard–. Y sobre todo, no queremos que te vuelvas a jugar la vida en una aventura...

–Bueno, ya basta de conversación. Estoy hambrienta –dijo Connie–. ¿Quién se viene al restaurante? Invito yo... ¿Rachel? ¿Maud?

–No, gracias, nosotras ya hemos cenado –respondió Rachel–. Además, no queremos interrumpir vuestra reunión familiar.

–Bueno, tú también eres familia, ¿no? En el periódico dicen que mi hermanastro y tú...

–No –dijo Rachel.

–¿No?

–No –repitió Finn

–¿Te vas mañana de todas formas? –intervino Maudie.

–No estoy seguro.

–Bueno, eso es mejor que estarlo –sentenció, animada–. En el mundo hay demasiadas personas seguras, demasiadas personas convencidas de que todo es blanco o negro... Desde mi punto de vista, deberíais apreciar la gama de colores intermedios.

–Te dije que era un buen hombre, Rachel –dijo Maud cuando Rachel y ella llegaron a la suite–. ¿Qué vas a hacer ahora?

–¿Hacer?

Maudie suspiró.

–Sí, claro, hacer. ¿Te vas a arrojar a sus brazos? ¿Lo vas a derribar con una de tus llaves de kárate? Porque algo tendrás que

hacer.

–Ya no puedo hacer nada. He sido horrible con él; he sido tan injusta...

Maud la miró con enfado.

–Eso lo debería decidir Finn, no tú. Por todos los diablos, jovencita... Si quieres a ese hombre, tienes que hablar con él. Acuéstate, reúne las fuerzas que necesitas y afronta tu problema mañana por la mañana. No pretenderás que yo lo haga todo...

Rachel siguió el consejo de Maudie y se acostó. Fue una noche muy larga; tan larga, que a las cuatro de la madrugada, cansada de dar vueltas en la cama, se levantó y decidió salir a dar un paseo por la playa.

Dejó una nota a Maudie para que no se preocupara y salió de la suite. La luna se estaba ocultando en el océano y por levante se veían las primeras luces del alba.

Al final de la playa había un acantilado sobre el que se alzaba un faro. Rachel sabía que en las formaciones rocosas del acantilado había huellas de dinosaurios, de modo que empezó a caminar hacia ellas.

Jamás habría imaginado que Finn había tenido la misma idea. Pero al llegar, lo descubrió sentado en una peña.

–Eh, esa peña es mía –dijo.

Finn se giró y sonrió.

–¿Qué haces aquí?

–No podía dormir. ¿Y tú? ¿Has querido ver las huellas de dinosaurios antes de volver a los Estados Unidos?

–Ya no me voy. Richard y Connie se han empeñado en montar en camello.

–¿Y qué vas a hacer? ¿Verlos montar como nos viste a Maudie y a mí?

–Exacto.

–Me parece un poco... solitario.

–Estoy acostumbrado a estar solo.

–Y yo, a desconfiar –dijo–. Pero la gente cambia.

Los dos se quedaron en silencio, mirándose a los ojos. De repente, compartían un sentimiento tan profundo que no necesitaban palabras para expresarlo.

–¿Has encontrado las huellas de dinosaurios?

–En realidad, te estaba esperando a ti.

–¿Y si no hubiera venido?

–Te habría buscado en otra parte. Esas huellas llevan millones de años en esas piedras. Seguro que las puedo ver en otro momento.

Finn se levantó de la peña, se acercó a Rachel y la tomó de la mano. Ella no se resistió. Simplemente, caminó con él hacia el lugar donde estaban las huellas. Y hacia el futuro que los esperaba.

Minutos después, Rachel apartó la vista de las rocas y la clavó en los ojos de Finn. Sabía que le debía una disculpa.

–Lo siento mucho, Finn –dijo–. Siento haber insinuado que eres como Ramón. No te pareces nada a él.

–Ah, ¿no era guapo?

Ella lo miró con desconcierto.

–Sí… lo era.

–Entonces, ¿estás insinuando que no soy guapo?

–Oh, no, no. En ese sentido, eres como Ramón.

–Pero yo soy un bailarín desastroso.

–Y mientes muy mal. Te pillan siempre.

–Sí, eso es verdad… Lo siento, Rachel. Compliqué demasiado las cosas.

–Tenías buenas intenciones.

–Intenciones que no sirvieron de nada… –declaró con amargura.

–Yo no estaría tan segura. Los narcotraficantes están entre rejas.

–Sí, bueno…

–Y pasamos unos días muy emocionantes en un islote. Se lo contaré a todo el mundo cuando vuelva a casa.

–No te creerán.

–Entonces, tendrás que acompañarme y ser mi testigo.

Finn sonrió.

–Estoy dispuesto a hacer algo más que ser tu testigo.

–¿Ah, sí?

–Sí. ¿Quieres casarte conmigo, Rachel Cotton?

Rachel se quedó perpleja.

–Finn, yo…

–Si es demasiado pronto, dime que espere un poco. Dime que te lo tienes que pensar. Dime lo primero que se te ocurra; cualquier cosa menos una negativa –le rogó–. Necesito tener esperanzas.

Rachel cerró los ojos durante unos segundos.

–Pero… ¿por qué quieres casarte conmigo? Soy una mujer demasiado problemática. Una mujer que, además, ya ha estado casada.

–Eso no es del todo cierto. Estuviste casada con Ramón, sí, pero no fue un marido de verdad. No te amaba; no te quería. Vuestro matrimonio fue un fraude. Lo único bueno que salió de él fue tu

hija.

–Eso es cierto.

–Mi abuelo habría matado a mi padre con mucho gusto, ¿sabes? Pero lo dejó vivir porque había hecho algo bueno... yo. Hagamos lo mismo con Ramón. Hagamos como si no existiera, porque no tiene importancia. Y ahora, te volveré a repetir la pregunta. ¿Quieres casarte conmigo?

–Yo...

–Rachel, puedes confiar en mí. Me enamoré de ti cuando te vi en aquella cueva, con el pelo manchado de tierra roja, admirando las pinturas rupestres del techo. Y me enamoré aún más cuando nos tiraron por la borda y tú nadaste con todas tus fuerzas, sabiendo que nuestra vida dependía de ello. Y me enamoré del todo cuando nos metimos en la poza de la cascada y sentí los latidos de tu corazón en tu pecho desnudo.

Rachel se apartó de él y se quedó mirando uno de los botones de su camisa. Lo miraba fijamente, como si su vida dependiera de ello.

–Si necesitas tiempo, lo comprenderé –continuó–. Sé que tengo obligaciones. Mis hermanastros, la naviera...

–He conocido a tus hermanastros y he estado en uno de tus barcos. Me parecen maravillosos –afirmó.

–Si Amy se va a quedar a vivir en Darwin... no sé, tal vez podría mudarme a Australia y vivir contigo aquí. Pero, en parte, depende de Connie y Richard. No son tan seguros como parecen... Puede que deba pasar una temporada en los Estados Unidos.

–Tus hermanos te necesitan. Y yo te necesito –dijo ella con suavidad–. Pero no te preocupes por eso, Finn. Iría contigo al fin del mundo. Además, soy geóloga, ¿recuerdas? Hay piedras en todos los países.

Él la tomó de la mano.

–Entonces, ¿estás considerando la posibilidad de casarte conmigo?

Rachel lo miró a los ojos.

–Eres un canalla honorable. Y Maudie y yo hemos decidido que los canallas honorables son los mejores hombres del mundo.

–Oh, Rachel... Te amo.

Ella lo abrazó.

–Lógico, porque yo también te amo a ti. Pero prométeme que no habrá más mentiras ni subterfugios. Solo amor.

–Te lo prometo. –Finn cerró los brazos alrededor de su cuerpo–. Cásate conmigo, Rachel...

–Sí, Finn. Me casaré contigo. Porque te amo con toda mi alma.

Finn estaba en la base del Uluru, esperando a la novia. Cuando le preguntó a Rachel dónde quería casarse, su prometida fue tajante; dijo que en la tierra de sus antepasados, muy cerca del lugar donde habían esparcido las cenizas de su bebé y de su abuela.

Y por fin, llegó el día.

Maudie iba a ser la dama de honor; Amy, la madrina y Matty, un amigo de Finn que había llegado a Broome poco después de que aparecieran Connie y Richard, el padrino. La responsabilidad de oficiar la ceremonia recayó en una amiga de Rachel, Dorothy, que había llegado de Darwin y que estaba tan radiante como todos los demás.

Como todos, menos la novia, que apareció con el pelo suelto, un vestido de seda y un ramillete de plumerias.

Cuando llegó a su altura, Finn se dio cuenta de lo que pasaba. Se estaba acordando de su desafortunada experiencia con Ramón.

Instintivamente, la tomó de la mano y la giró hacia el grupo de amigos y familiares.

–Dentro de un momento, Dorothy nos casará. Pero antes, quiero decir algo.

Rachel lo miró a los ojos con sorpresa. Finn sonrió y siguió hablando.

–Quiero declarar aquí, ante todos los presentes, que si alguna vez hago daño a esta mujer, a la que amo con todo mi corazón, Hugo tiene mi permiso para dejarme en un islote de Kimberley sin nada más que un chubasquero y un palo. Y por si Rachel no me cree, estoy dispuesto a ponerlo por escrito.

La gente rompió a reír. Incluso la propia Rachel sonrió.

–Te lo prometo, amada mía. No te haré daño. Nunca.

–Oh, mi canalla honorable... ya lo sé, Finn.

–¿Y tú? ¿Quieres decir algo antes de que Dorothy nos case?

–Solo que, si Hugo te lleva a ese islote, te acompañaré. Dudo que tú fueras capaz de asar lagartos y de poner banderas en lo alto de un promontorio.

–Entonces, si no tienes nada más que decir, te haré una pregunta... Rachel Cotton, ¿confías en mí lo suficiente como para que tu amiga Dorothy nos case?

Rachel sonrió de oreja a oreja.

–Sí, confío en ti, Finn Kinnard –dijo, ya sin sombra alguna de preocupación–. Y estoy dispuesta a afrontar cualquier cosa que la vida nos depare. Lo que sea. Mientras estemos juntos.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

